UN ROMANCE DE HARÉN INVERSO CON LA MAFIA RUSA



EL CLUB DE LOS MILLONARIOS BRATVA

La Madre Sustituta DEL JEFE Bratva

CELESTE RILEY

La Madre Sustituta del Jefe Bratva

Romance de harén inverso

El Club de los Millonarios Bratva - Libro 2

por

Celeste Riley

Copyright © 2024 por Celestine Publishing Ltd.

Contacto: Celeste-Riley@mail.com

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito de la autora, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Contenido:

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
SOBRE LA AUTORA

Capítulo 1

Sofía

Estoy sentada en este acogedor café, nerviosa por la expectativa. Finalmente ha llegado el momento de conocer a Jason, el hombre para el que acepté ser madre sustituta. Hemos hablado por Internet. Parecía una persona amable y, si todo sale bien, firmaré el contrato hoy mismo. Además, va a pagarme una buena suma.

Todo parece correcto. Quiero decir, no revisé exactamente cada palabra de ese contrato, pero bueno, mi agencia es bastante seria, ¿cierto? Ellos deben haberlo comprobado.

Jason. Ese es su nombre. Miro mi reloj. Las tres de la tarde fue la hora en la que habíamos acordado reunirnos. Lleva un retraso de quince minutos y contando. No puedo quedarme aquí sentada sin hacer nada. Afuera está helando, el tipo de invierno de Nueva Jersey que te hiela hasta los huesos. Necesito algo caliente.

— Hola, ¿podría traerme el especial de invierno, por favor? Gracias.

Una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios. Si siguiera sirviendo café como camarera, esa bebida no estaría en mi menú. Ese trabajo... era agotador, no está hecho para todo el mundo. Al igual que para mí. Y es exactamente por lo que estoy aquí, lista para ser una madre sustituta. Un nuevo capítulo, una nueva esperanza. Solo esperando que Jason abra las páginas.

Sostengo mi café de nuez y caramelo, y me retiro a un rincón más acogedor. La cafetería está tranquila, con la gente inmersa en sus ordenadores portátiles, trabajando o estudiando. El ambiente es cálido, en contraste con el intenso frío del exterior. Empiezo a relajarme, el aroma de mi bebida me reconforta.

En ese momento, la puerta se abre de golpe. Entra una mujer de cabello negro, muy segura de sí misma y con sus tacones resonando en el suelo. Desafiando al frío con una falda que no puedo dejar de admirar. Ella examina la cafetería y su mirada se fija en mí.

Se dirige hacia mí con una gran sonrisa en los labios. — Hola, soy Stacey. Tú debes ser Sofía, la madre sustituta.

¿Quién podría ser? Jason nunca mencionó a una mujer.

Le tiendo la mano, imitando su sonrisa. — Encantada de conocerte, Stacey. ¿Tú eres la donante?

Su sonrisa se ensancha, pero niega con la cabeza. — Oh, no.

Nos sentamos, y ahora tengo aún más curiosidad.

— Entonces, ¿quién eres tú? — le pregunto. — Jason nunca mencionó a nadie que se llame Stacey.

La sonrisa de Stacey se muestra paciente mientras rebusca en su bolso y saca una tarjeta elegante y profesional.

— Stacey Jones, Directora de la Agencia de Gestación Subrogada Bright Futures — me dice.

Mis ojos se abren de par en par al ubicarla. Por supuesto. Stacey Jones, el nombre que he visto en correos electrónicos y sobre la que he oído en conversaciones mantenidas en voz baja en la agencia. ¿Cómo no me di cuenta antes?

— ¡Oh, Srta. Stacey! — exclamo con una mezcla de vergüenza y sorpresa tiñendo mi voz. — Lo siento, no la había reconocido.

— Tranquila. Debería haber mencionado quién era al presentarme, solo pensé que me había reconocido.

Estoy avergonzada. Por supuesto, debería haberlo hecho.

— Entonces, ¿dónde está Jason?

Stacey se inclina. — Jason no se unirá a nosotras. Está... fuera de la jugada.

Frunzo el ceño. — ¿Qué quiere decir? ¿Está enfermo? ¿La ha enviado a usted en su lugar?

Ella niega con la cabeza. — No. Ha rescindido el contrato.

Se me encoge el corazón. — ¿Qué? Pero si él me había dicho...

Stacey interrumpe con delicadeza. — Lo hemos compensado. Lo más probable es que ahora busque en otro sitio. Pero no se preocupe, tiene un nuevo cliente, Sofía.

Hago una pausa para asimilarlo. ¿Un nuevo cliente?

— Entonces, ¿dónde está el cliente del que me está hablando?

Los ojos de Stacey no se apartan de los míos. — Ellos no vendrán hoy. Están bastante... ocupados. — Sonríe, pero no llega a sus ojos.

Esto parece poco claro, tengo una maraña de preguntas arremolinándose en mi cabeza.

Sigo indagando. — ¿Ha dicho «ellos»? ¿Estamos hablando de una pareja?

— No, no es una pareja — aclara Stacey. — Son tres prestigiosos hombres de negocios.

— ¿Tres? — Mis cejas se disparan. — ¿Cómo es posible...? Quiero decir, ¿estamos hablando de tres bebés diferentes?

Sacude la cabeza. — Solo un bebé, pero con tres padres. Uno de ellos será el donante, y también habrá una donante de óvulos. Su único papel será gestar al niño.

Respiro hondo, intentando procesar esta extraña situación. — Bien, entonces... — vacilo, sabiendo que esta parte siempre es incómoda. — ¿Cuánto están ofreciendo? — Me llevo el café a los labios, buscando refugio momentáneo en su calor.

Stacey se inclina hacia delante, con voz firme. — Un millón de dólares.

Balbuceo, atragantándome con el café. — ¿Un millón de dólares?

Stacey parece preocupada. — ¿No es suficiente? Puedo negociar una cantidad mayor.

¿Una cantidad mayor? Mi mente se acelera. Es un dinero que me podría cambiar la vida. ¿Qué podría hacer con él? ¿Un coche? ¿Varios coches? ¿Una casa? ¿Pero esto es real? Stacey es la directora de la agencia, así que debe ser real, ¿cierto?

— Sofía, la eligieron por una razón. Es joven, y los resultados de sus pruebas demuestran que es más que capaz de gestar un niño sano. Pidieron específicamente por usted.

Una mezcla de orgullo y nerviosismo bulle en mi interior. — Entonces... ¿los conoceré en algún momento?

— Sí, lo hará — desliza un contrato por la mesa hacia mí.

Le echo un vistazo. Las primeras secciones son bastante normales, se centran en la salud y en el bienestar del bebé. Pero entonces, encuentro algo inesperado. El contrato dice que tendré que vivir con ellos.

Levanto la mirada, sorprendida. — Entonces, ¿debo vivir con ellos?

— Así es — confirma Stacey. — Seguirá una dieta prescrita por su médico, pero no se preocupe, tendrá un chef personal que se encargará de todas sus comidas.

Vacilo, con la voz llena de dudas. — Srta. Stacey, yo... no creo que pueda hacer eso de vivir con ellos. Ni siquiera los conozco.

La expresión de Stacey permanece tranquila pero firme. — Son clientes muy prestigiosos. Es poco probable que se retracten de esa decisión. Sin embargo, podría negociar un pago mayor para usted.

— No sé si... realmente creo que lo mejor es que me quede en mi casa.

Hay un cambio en el comportamiento de Stacey, su tono se vuelve más autoritario. — No lo aceptarán.

Aunque el aliciente de un millón de dólares es innegable, las incógnitas se ciernen sobre mi

mente. La idea de que tres hombres quieran compartir la paternidad de un solo niño hace saltar todas las alarmas en mi cabeza. Es demasiado peculiar, tan lleno de incertidumbre. Y, aunque la Srta. Stacey parece confiable...

— Necesito pensar sobre este trato, Srta. Stacey — le digo con firmeza.

— Hablaré con ellos sobre sus preocupaciones. Es importante que se sienta cómoda con todos los aspectos de este acuerdo.

Me muestro escéptica, pero su tono flexible me da una pizca de esperanza. — ¿De verdad cree que podrían considerar la posibilidad de quedarme en mi propia casa?

Stacey me evalúa con una mirada a la vez comprensiva e inquebrantable. — Sofía, sé que esto es mucho para asimilar. Pero estos clientes, no son solo prestigiosos, son individuos extremadamente reservados. Sus condiciones son específicas por una razón.

Me remuevo incómoda. — Pero es una gran exigencia, vivir con ellos. Me parece... invasivo.

Stacey se inclina, su voz se suaviza. — Lo entiendo, de verdad. Pero piense en la oportunidad que esto le brinda. No es solo un trabajo, es la oportunidad de cambiar su vida. Y estaremos aquí para apoyarle en cada paso del camino. Además, el aumento de la retribución puede ser bastante significativo.

Sus palabras empiezan a resquebrajar mi determinación. La idea de un dinero que puede cambiar mi vida es difícil de ignorar.

— ¿De cuánto más estamos hablando?

Stacey abre su maletín y me pasa un contrato modificado. — Están dispuestos a ofrecer hasta 1,2 millones. Y recuerde, tendrá los mejores cuidados, un entorno confortable, todo lo que necesite.

1,2 millones. La cifra resuena en mi cabeza. Es una cantidad impresionante, una que podría dar un verdadero giro a mi vida.

— ¿Y usted garantizará mi seguridad y mi bienestar? — pregunto, buscando una última garantía.

— Por supuesto — responde Stacey, con tono firme. — Su seguridad y su comodidad son nuestra máxima prioridad. Estaremos en comunicación constante y tendrá acceso a todo lo que necesite.

Respiro hondo, con la mano sobre el contrato. Esta decisión es trascendental, aterradora, pero también potencialmente transformadora. Tomo el bolígrafo, mi corazón se acelera mientras firmo en la línea de puntos. Esto es todo, un nuevo capítulo, lleno de incertidumbre, pero también de grandes posibilidades.

Todo este día se ha vuelto extraño. ¿Quién hubiera pensado que una oferta como esta se cruzaría en mi camino? ¿Un millón de dólares por gestar un niño para tres acaudalados hombres de negocios? Es casi demasiado bueno para ser verdad. Pero hay algo en toda esta situación que no me cuadra y no puedo deshacerme de la extraña sensación que se ha instalado en mis entrañas.

La voz de Stacey me saca de mis pensamientos. — Hace mucho frío ahí fuera. ¿Quiere que la acerque a algún sitio?

Asiento con la cabeza, agradecida por el gesto en medio de esta turbulenta confusión. — Sí, gracias.

Tiene un elegante sedán negro. ¿Cuánto ganará?

Una vez dentro del coche, Stacey enciende la calefacción, llenando el espacio de calor. — ¿Dónde vive, Sofía? — pregunta, con tono neutro. — Puedo llevarla.

— En el 1425 de Walnut Street — le digo, observando que asiente atentamente mientras introduce los datos en el sistema de navegación de su coche.

El trayecto es corto, y me alegro de que no quiera entablar conversación.

Llegamos a mi casa, un edificio que ha tenido tiempos mejores.

Los ojos de Stacey se fijan en el edificio y un gesto de sorpresa cruza su rostro.

— ¿Vives aquí? — me pregunta.

— Sí.

Sus siguientes palabras escuecen, aunque no lo pretendan. — No me extraña que firmaras el contrato.

Su comentario me parece una puñalada, involuntaria o no. Pienso en todas las réplicas que podría lanzarle, pero me muerdo la lengua. Al fin y al cabo, ella es mi conexión con la agencia.

Sin mediar palabra, salgo del coche y me dirijo a mi casa. La puerta se cierra tras de mí con un chirrido familiar y la cerradura encaja en su sitio.

Parada en el pasillo poco iluminado de mi apartamento, las paredes parecen cerrarse a mi alrededor. Un millón de dólares. Es una cifra que podría borrar tantas preocupaciones, y abrir tantas puertas.

Vivir con ellos, sin saber siquiera quiénes son, es extraño. No es solo una alerta; es como todo un desfile de ellas. ¿Y su negativa a conocerme? Eso no es solo raro, es francamente absurdo.

Me sacudo los pensamientos inquietantes y saco mi teléfono. Necesito saber los motivos de la decisión de Jason. Nunca pensé que renunciaría a mí.

Escribo un mensaje rápido. — Hola Jason. Escuché que cambiaste de opinión sobre la gestación subrogada.

Su respuesta es rápida. — ¿Qué? No. Me dijeron que fuiste tú.

La confusión se dispara. ¿Le dijeron que me había echado atrás? Pero Stacey dijo... me quedo ahí parada, con el teléfono en la mano, mientras las piezas se niegan a encajar. ¿Qué está pasando?

Nada tiene sentido y una persistente sospecha se instala en mi mente. Tecleo rápidamente «*Stacey Jones, Agencia de Gestación Subrogada Bright Futures*» en Google, con el corazón latiéndome en el pecho.

Se cargan los resultados de la búsqueda y ahí está, pero no es la Stacey que acabo de conocer. La Stacey que aparece en mi pantalla es mayor, pelirroja, nada que ver con la mujer de cabello negro que me trajo a casa. No es la mujer que se sentó frente a mí, hablándome sobre un contrato de un millón de dólares y de mansiones.

El pánico me eriza los pelos de la nuca. Esa no era mi jefa. Esa no era la Stacey Jones de la agencia. ¿Entonces quién era? ¿Y qué quería de mí? No solo eso, sino que además dejé que me trajera a casa. Ahora sabe mi dirección. El corazón me martillea en el pecho mientras intento reconstruirlo.

Pero mis pensamientos se ven interrumpidos al oír que llaman a mi puerta.

Capítulo 2

Maxym

Llamo a la puerta golpeando la madera insistentemente con los nudillos. Lo único que quiero es que todo salga bien, sin dramas innecesarios. No estoy de humor para lidiar con complicaciones.

Es la candidata perfecta para nuestro plan. Sin lazos familiares, sin nadie que la busque si desaparece por un tiempo. Solo unos pocos amigos en línea, y eso es todo. Es duro, pero es la verdad. Si desapareciera durante nueve meses, nadie se daría cuenta.

Necesitamos un heredero, simple y claro. El amor no está en mis planes, ni de Ivan, ni de Viktor. Esto no se trata de eso. Es una transacción de negocios, nada más. Estoy aquí por una sola razón, el bebé. Los deseos de la madre sustituta, sus necesidades, son secundarios. Mientras pueda darnos un heredero, nada más importa.

Finalmente, abre la puerta, con los ojos muy abiertos. — ¿Quién... es usted?

No pierdo el tiempo con cumplidos. — Has tenido una conversación con Stacey, ¿cierto? ¿Y firmaste un contrato?

Su rostro pierde el color y parece realmente asustada. No puedo decir que me sorprenda; no es el tipo de visita que nadie espera.

Me tomo un momento para mirarla de verdad. Se ve incluso mejor que en sus fotos. Sana, radiante. Tiene una cintura delgada, y la curva de sus caderas… perfectamente preparadas para dar a luz.

Y también es hermosa, más de lo que esperaba. Su cabello rubio parece exuberante, sus labios deseables. Pero entonces me recuerdo a mí mismo que nada de eso importa en el panorama general de las cosas.

— Siento aparecer sin avisar, pero tenemos que empezar este proceso lo antes posible. Estoy aquí para llevarte a casa — le digo, intentando sonar más tranquilizador que amenazante.

Ella traga saliva. — Oh... sí, claro. Pasa.

Entro y la puerta se cierra tras de mí con un suave chasquido.

Ella hace un gesto torpe hacia la sala de estar. — Por favor, tome asiento, señor...

— Maxym — le digo.

— Sr. Maxym — repite, con voz temblorosa. — Gracias por venir. Ojalá hubiera llamado antes.

Está parada cerca de la encimera de la cocina, con el cuerpo tenso, como si fuera a salir corriendo en cualquier momento.

— Sí, debería haber llamado. Lo siento — le digo, intentando aliviar la tensión.

Pero me doy cuenta de que está nerviosa. Esto no va a ser fácil, pero es necesario. Necesitamos un heredero, y ella es la clave.

— Entonces, um, Sonya, ¿verdad? — pregunto, tratando de recordar su nombre.

— Sofía, en realidad — me corrige, con un deje de nerviosismo en la voz. — ¿Me concede cinco minutos para hacer la maleta?

— Claro — respondo, intentando parecer complaciente. — Solo trae lo estrictamente necesario. Tendrás todo lo que necesites en casa.

— Mhm, ahora vuelvo — me dice, desapareciendo rápidamente en otra habitación.

Tomo asiento en el sofá y saco el móvil para mirar los mensajes mientras espero. Nada de Ivan ni de Viktor. El más reciente es de Kayla: **Todo arreglado, aquí está la dirección.** *Buen trabajo haciéndote pasar por Stacey, Kayla*.

Envío un mensaje rápido a Ivan y a Viktor: **Ella estará lista para partir en un momento.**

Están en el coche afuera, listos para intervenir si fuera necesario. No quería traerlos aquí, dos extraños más podrían haberla asustado aún más. Por ahora, solo se trata de sacarla de aquí sin inconvenientes y llevarla a la casa. Ahí es donde empieza el verdadero trabajo.

Pasan los minutos y empiezo a inquietarme. Algo no está bien. Me levanto y me dirijo a la habitación donde Sofía había ido a hacer las maletas. Pero no está haciendo las maletas, sino que está al teléfono.

— ¿Con quién estás hablando? — pregunto, con un deje de sospecha en el tono.

— Um... con nadie — balbucea, pero su voz la traiciona.

Oigo una voz al otro lado de la línea y mis instintos se activan. No puedo correr riesgos. Con un movimiento rápido, le arrebato el teléfono de las manos. Es el 911. Por supuesto, ha llamado al 911.

Y yo aquí, siendo suave con ella.

De repente, se abalanza sobre mí, empujándome con fuerza en un intento desesperado por escapar.

Consigo colgar la llamada, oyendo la voz de la operadora desvaneciéndose. — Señora, señora, ¿está usted ahí?

Ella está casi en la sala de estar, a punto de escapar. Pero no puedo permitirlo.

Con cierta renuencia en cada movimiento, saco mi Glock y la apunto. — Detente, o estás muerta.

Sofía se queda paralizada, con los ojos abiertos por el terror al ver la pistola apuntándole. Lentamente levanta las manos en señal de rendición y respira entrecortadamente.

— Lo siento — tartamudea, con lágrimas en los ojos. — No pretendía... me entró el pánico.

Mantengo mi arma firme, con el corazón golpeándome el pecho. No es así como quería que fueran las cosas. Mi plan era llevar a Sofía tranquilamente a casa, explicárselo todo y asegurarle de que cuidaríamos de ella. Pero ahora, la situación se ha descontrolado.

Ella suplica. — No, por favor, no.

— Pon tus manos en la espalda — le ordeno, con voz fría y autoritaria.

No podemos permitirnos más sorpresas.

Ella obedece, baja lentamente las manos y las entrelaza detrás de la espalda. Se desploma, derrotada. Nunca quise hacerla sentir así, pero ya no hay vuelta atrás.

Con cautela, me acerco a ella y busco en mi bolsillo un par de esposas. Cuando se las pongo en las muñecas, da un pequeño respingo y se le escapa un suave gemido.

Así no es como había imaginado que usaría las esposas con ella...

Me trago el nudo que tengo en la garganta y el corazón se me hunde al oír su gemido. Esto no debería haber sido tan cruel, tan frío. Pero ahora estoy demasiado metido y tengo que seguir con el plan.

— Levántate — le digo, esta vez con voz más suave. — No quiero hacerte daño. — Se levanta despacio, su cuerpo tiembla bajo mi contacto.

La conduzco hacia la puerta, sujetándola firmemente por el brazo para impedir que vuelva a intentar escapar.

Salimos al aire fresco de la noche, la calle poco iluminada proyecta largas sombras sobre el pavimento. Ivan y Viktor nos esperan en un elegante coche negro a pocos metros. Saben lo que hay que hacer.

Los ojos de Sofía se abren de par en par al verlos, y su pánico se hace aún más evidente. — Por favor — suplica con voz desesperada. — No puedo ir con ustedes. Tiene que haber otra manera.

Me detengo un momento a considerar sus palabras. Una parte de mí quiere escuchar, encontrar un acuerdo que no implique arrastrarla a este peligroso submundo. Pero entonces recuerdo lo que está en juego, la presión que pesa sobre nuestras cabezas.

— No — respondo con firmeza, apretando con fuerza su brazo. — No hay otra salida. Aceptaste el trato, Sofía, y ahora tienes que cumplirlo.

Agarro a Sofía por el brazo y la conduzco hacia el coche donde esperan Ivan y Viktor. En cuanto está dentro, las puertas se cierran, encerrándonos en una tensa burbuja.

Ivan me lanza una mirada de desaprobación. — Te dije que la trajeras voluntariamente.

— Nos ha denunciado a la policía — respondo, sintiendo que el cuerpo de Sofía tiembla bajo mi agarre.

Viktor maldice en voz baja. — Maldición. Tenemos que movernos, ahora, antes de que aparezcan.

Entonces, el inconfundible sonido de las sirenas surca el aire, cada vez más fuerte, cada vez más cerca.

— ¡Conduce, maldición! — le grito a Viktor, que está en el asiento del conductor. — ¿Qué estás esperando?

El cuerpo de Sofía se queda inerte junto a mí y su cabeza cae sobre mi hombro. Debe haberse desmayado, pobrecita.

— Se desmayó.

— Será porque le diste un susto de muerte — responde Ivan, con tono acusador.

— Tal vez tú la habrías persuadido mejor, ¿cierto? — replico, con la frustración a flor de piel.

Viktor, que ha estado concentrado en la carretera, chasquea la lengua. — ¿Pueden callarse, por favor?

El viaje hasta la costa es largo, pero es un alivio que no haya señales de la policía siguiéndonos. Sofía sigue inconsciente, con el cuerpo pegado al mío. No puedo evitar sentir una punzada de culpabilidad. ¿Por qué reaccionó así? Pensé que Kayla lo había resuelto sin inconvenientes.

Cuando llegamos al muelle aislado donde está amarrado el yate, levanto con cuidado a Sofía del coche. El aire frío del mar nos golpea, cortante y mordaz. Tiembla un poco mientras la llevo hasta el yate.

Al subir a cubierta, la siento removerse en mis brazos y sigo adelante. Sus párpados se agitan, señal de que está volviendo en sí. Me preparo para la reacción que sé que va a producirse.

Cuando Sofía abre los ojos, la confusión y el miedo nublan de inmediato su mirada. Intenta moverse, apartarse, pero mantengo firme mi agarre, asegurándome de que no se haga daño en su estado de desorientación.

— ¿Dónde... dónde estoy? — Su voz es débil, apenas por encima de un susurro, sus ojos miran de un lado a otro, intentando darle sentido a su entorno.

La sitúo en un sofá.

— Estás bien — le digo, aunque sé que mis palabras pueden sonarle vacías. — Estamos en un yate, dirigiéndonos a un lugar seguro.

Su pánico es palpable, su respiración se acelera, y puedo ver su mente acelerada, tratando de procesar todo. — ¿Por qué? ¿Por qué están haciendo esto?

— Necesitábamos garantizar la seguridad y la privacidad.

— ¿Seguridad? ¿Llamas a esto seguridad? — Vuelve a forcejear, intenta ponerse en pie, pero es inútil.

— Cálmate — la insto. — Sé que es difícil de entender, pero es lo mejor. Cuidaré de ti, te lo prometo.

— ¿Cuidarme? ¿Tú? ¿Crees que voy a confiar en ti después de esto? ¿Después de todo lo que has hecho?

Me cuesta un esfuerzo supremo mantener la compostura. — Tú llamaste a la policía, Sofía. No habríamos tenido que recurrir a esto si no lo hubieras hecho. Y déjame recordarte que firmaste el contrato. Creíamos que estabas dispuesta a venir.

Su réplica es inmediata, llena de amargura. — ¡Pero me engañaron con una falsa Stacey y me secuestraron! Estoy literalmente esposada aquí.

Tiene razón, pero ¿cómo podría haber sido diferente?

Viktor se acerca con un vaso de agua, pero Sofía aún tiene las manos esposadas.

Ella replica. — ¿Cómo voy a beberme eso? Aún tengo las manos esposadas.

Dudo un momento y saco las llaves del bolsillo.

Viktor me mira, inseguro. — ¿Crees que...?

— No es como si ella fuera a escapar nadando — lo interrumpo.

Le quito las esposas y le suelto las manos. La tensión de sus hombros disminuye ligeramente, pero sus ojos siguen mostrando desconfianza, señal inequívoca de que esta odisea dista mucho

de haber terminado. Le tiendo el vaso de agua, un gesto amistoso para calmar nuestro tenso encuentro. Necesito mantenerla calmada, cooperativa. Esto es solo el principio de un largo viaje.

Intento que comprenda la gravedad de la situación. — Mira, Sofía. Ya no hay vuelta atrás. Nos has visto las caras, y no podemos dejarte marchar a menos que...

— ¿A menos qué?

— A menos que cooperes y tengas a nuestro hijo. Eso es todo. Te prometo que nadie te hará daño. Tienes mi palabra — afirmo, intentando sonar lo más convincente posible.

Se queda callada un momento, visiblemente agitada, con las manos temblorosas. — ¿Adónde vamos? — pregunta finalmente.

— Lejos — respondo. — A un lugar donde nadie pueda encontrarnos.

Sus ojos escrutan los míos, buscando un atisbo de engaño, una razón para no creerme. Pero todo lo que puedo ofrecerle es la verdad tal como es.

Su petición me toma desprevenido. — Bien, si vamos a hacer esto... quiero dos millones de dólares. No solo un millón. Y quiero la mitad ahora.

Me desafía con la mirada, esperando que me resista a su petición.

Pero no me inmuto. — Que sean tres —contraataco— por las molestias que has tenido que pasar. Y te lo daremos todo en cuanto lleguemos.

Sus ojos se abren de par en par, sorprendida, porque no esperaba que accediera tan fácilmente. Veo los engranajes girando en su cabeza, reevaluando la situación, reevaluándome a mí.

Es un precio muy alto, pero es poco para lo que necesitamos de ella. Se trata de algo más que dinero; se trata de asegurar un futuro, de conseguir un heredero. Y si pagarle más es lo que se necesita para asegurar su cooperación, que así sea.

Su expresión cambia, una mezcla de alivio y desconfianza. Es un comienzo, una pequeña grieta en el muro que ha levantado entre nosotros. Tengo que seguir trabajando en ello, asegurarme de que entienda que mientras coopere, cuidaremos de ella.

Capítulo 3

Sofía

Todavía estoy aturdida por lo absurdo de mi situación. ¿Quién hubiera pensado que firmar un contrato me llevaría a esto? Me están llevando en un yate quién sabe a dónde.

Una prisión. Eso es lo que parece, a pesar de sus promesas de pago y seguridad. El dinero es algo bueno, sin duda, ¿pero la libertad? Eso no tiene precio. Y ahora mismo, siento como si la hubiera cambiado por unos pocos millones de dólares.

¿Puedo confiar en ellos? ¿En sus palabras y en sus promesas? La duda me corroe. Escapar es un pensamiento fugaz, pero sin teléfono, sin idea de cómo manejar un yate, y sin tener idea de dónde estoy, es solo una fantasía. ¿Acaso querría escapar de millones de dólares?

Dejo escapar un fuerte suspiro.

Entonces, entre la maraña de mis pensamientos, vislumbro algo: una isla. No es muy grande, pero tampoco es pequeña. Aparece como una silueta enigmática en el horizonte. ¿Qué me espera allí? ¿Una jaula dorada?

El yate atraca y enseguida me impresiona el tamaño de la casa. Es enorme, como sacada de una película, y no puedo evitar preguntarme por qué necesitan todo este espacio solo para tenerme aquí.

— ¿No es un poco exagerado solo para que no me escape? — pregunto, con un deje de sarcasmo en la voz.

Viktor, el más alto de ellos, responde. — No es porque puedas escapar. Es porque no queremos que te hagan daño.

— ¿Qué me hagan daño?

Maxym, el que parece estar al mando, añade. — Tenemos muchos enemigos, Sofía. No nos gustaría que acabaras liada con ellos.

— ¿Ustedes son... de la mafia?

No contestan. Ni siquiera me miran. Eso solo lo confirma.

Me tiende la mano para ayudarme a bajar del yate. Dudo, mirando su mano extendida. Finalmente, la tomo, dándome cuenta de que no tengo elección. Su mano es sorprendentemente

cálida, en marcado contraste con el aire frío que nos rodea.

Al pisar la isla, mil pensamientos se agolpan en mi mente. ¿Qué clase de vida me espera aquí? ¿Qué peligros acechan en las sombras por parte de sus enemigos? Y lo más importante, ¿cómo voy a lograr sobrevivir a esto?

Entonces la veo. Ahí está, justo en la puerta. La falsa Stacey, con las manos entrelazadas. Lleva la misma ropa que antes, con una sonrisa de satisfacción en la cara. La rabia bulle en mi interior. No soporto verla, la mujer que me engañó, la razón por la que estoy atrapada en este lío.

— Por fin. La prostituta de alquiler está aquí — dice burlonamente.

La furia me impulsa hacia delante y acorto la distancia que nos separa en unas pocas zancadas.

Mi mano golpea su cara con una sonora bofetada. — ¡Zorra! Me mentiste.

Se tambalea por la bofetada y sus ojos brillan con intención de venganza. Pero antes de que pueda reaccionar, Maxym interviene.

Atrapa su mano en el aire, con voz severa. — Apartar tus manos de ella, Kayla. — Se coloca entre nosotras, una barrera de músculos y autoridad.

— Kayla. ¿Ese es tu nombre?

La mirada de Maxym se vuelve más severa, atravesándome, mientras retiene a Kayla. — Ya basta, Sofía — advierte, con voz grave e imperiosa.

Luego voltea hacia Kayla. — La necesitamos viva e ilesa. Recuerda nuestro trato.

— Entonces, ¿cuál era nuestro trato exactamente? Porque hasta donde yo sé, ser abofeteada no formaba parte de él.

— Tú eres la responsable del bienestar de Sofía y del bebé — interviene Viktor, y Maxym suelta a Kayla.

La ironía no pasa desapercibida. Kayla, la mujer que me metió en esta situación, es ahora responsable de mi bienestar.

— De ninguna manera, no la quiero cerca de mí.

— Vamos a dejarlo claro — empieza Maxym, con voz firme. — Estás aquí con un propósito, Sofía. Coopera y recibirás la compensación acordada. Pero no toleraremos más arrebatos como éste — hace una pausa y mira brevemente a Kayla.

— De acuerdo — digo apretando los dientes, sin ver otra opción más que ceder. — Pero que se quede en el otro lado de la casa. No quiero verla a menos que sea absolutamente necesario.

Entonces, el que ha estado callado todo este tiempo finalmente habla. — Eso se puede arreglar — dice.

Su voz es calmada, casi tranquilizadora.

— Déjame llevarte a tu habitación — me ofrece, haciéndome un gesto para que lo siga.

Aliviada por haber dejado atrás aquella situación tan tensa, lo sigo, dejando a Maxym, a Kayla y a Viktor en la habitación.

Mientras caminamos, el silencio nos envuelve.

Entonces decido romperlo. — No he oído tu nombre.

Acabo de preguntarle a este hombre, uno que muy probablemente forma parte de la mafia, su nombre. Gran jugada, Sofía.

No me mira, pero esboza una ligera sonrisa.

— Soy Ivan — contesta, con un tono informal, como si fuéramos dos personas conversando educadamente y no estuviéramos en medio de una situación extraña y estresante.

Su despreocupación me desconcierta. ¿Cómo puede estar tan tranquilo? ¿Y qué papel juega en todo esto?

Ivan me conduce a la que aparentemente será mi habitación, y no puedo evitar quedarme sorprendida por su tamaño y lujo. Es más espaciosa y lujosa que todo mi apartamento.

— Entonces, ¿vas a encerrarme aquí? — pregunto, medio en broma, medio en serio.

— No — responde Ivan con una risita seca. — Eres libre si quieres irte.

— ¿Qué?

— De eso he venido a hablarte — continúa Ivan, con un tono inusualmente suave. — Sé que en cierto modo te hemos obligado a venir, pero te ofrezco una opción. Ya viste que somos auténticos. Podemos proporcionarte lo que quieras, casi al instante. Entiendo que te trajimos aquí en contra de tu voluntad, así que te doy una oportunidad, Sofía. De marcharte. Si quieres irte, esta es tu oportunidad. Pero no tendrás nada de esto.

Justo cuando estoy procesando su oferta, se abre la puerta y entran tres hombres. Visten de forma similar, como si fueran sirvientes o empleados de esta suntuosa mansión.

Cada uno lleva un maletín y lo dejan con una precisión que sugiere que no es la primera vez que lo hacen.

Ivan se acerca a los maletines mientras los hombres retroceden. Los abre uno a uno, revelando un

montón de dinero, perfectamente ordenados y llenando cada maletín por completo. El espectáculo es asombroso: es más dinero del que había visto en mi vida.

— Son tuyos si decides quedarte — dice Ivan con naturalidad, indicando los maletines.

Por un momento, la idea de abandonar todo esto; el lujo, el peligro, lo desconocido, me resultan tentadoras. Pero entonces, mi mente piensa en los tres millones de dólares, en la libertad y la seguridad que podrían brindarme. Las cosas que podría hacer con ellos.

Tras un momento de intensa reflexión, tomo una decisión. — De acuerdo — le digo, con palabras pesadas pero decididas. — Me quedo.

Me siento en la enorme cama, observando la habitación. Quizá esta situación no sea tan terrible como pensaba al principio. No me harían daño, no si llevo a su hijo, ¿verdad?

— ¿Puedo preguntarte algo, Ivan? — pregunto, mirándolo.

— Claro — responde, cerrando la puerta para dejar atrás a los hombres que trajeron el dinero.

— ¿Por qué necesitan un hijo? Necesito saberlo — insisto, necesitando algo de claridad en este mar de confusión.

— Necesitamos un heredero — responde a secas.

— ¿Un heredero? ¿Para qué?

Ivan se acerca y se sienta a mi lado en la cama. — Venimos de una larga estirpe de hombres poderosos — empieza Ivan, su voz lleva el peso de la historia. — En nuestro mundo, el linaje lo es todo. Representan fuerza, lealtad e influencia. Sin un heredero que continúe nuestro legado familiar, corremos el riesgo de perderlo todo.

A pesar de mi reticencia inicial a creerle, hay una sinceridad delatadora en su mirada. — ¿Y me ven a mí como el medio para asegurar ese legado?

El rostro de Ivan se suaviza y su mano acaricia suavemente mi mejilla. — Sofía… — empieza a decir, con una voz llena de auténtica preocupación. — Entiendo que esto sea completamente abrumador para ti. Pero créeme cuando te digo que haremos todo lo que esté en nuestras manos para mantenerte a salvo.

Me aparto de su contacto. ¿Cómo puedo confiar en él? ¿Cómo puedo confiar en cualquiera de ellos? Me han quitado mi libertad, mis opciones, y ahora esperan que juegue a su juego sin cuestionarlo.

Recobro la compostura y decido dirigir la conversación hacia los aspectos más prácticos de todo este asunto. — Entonces, ¿cómo será esto del embarazo?

Sonríe, con un deje de burla en su tono. — Pensaba que eras lo suficientemente mayor para saber cómo funciona un embarazo. ¿Necesitas que te lo demuestre, princesa?

Me ruborizo ante la insinuación de Ivan, pero enseguida recupero la compostura. Su intento de avergonzarme solo refuerza mi determinación de mantenerme centrada y profesional.

— No, no. Me refiero al aspecto médico — aclaro con firmeza. — Como el procedimiento de implantación, los protocolos sanitarios, el tipo de cuidados que recibiré, cosas así.

La sonrisa de Ivan se desvanece un poco cuando se da cuenta de que estoy hablando en serio de la logística y no solo de la mecánica básica del embarazo.

— Ah, ya veo. Bueno, hemos contratado una atención médica de primera para ti. La implantación correrá a cargo de un equipo altamente cualificado. Se asegurarán de que todo se desarrolle con normalidad y de que el embarazo sea lo más cómodo posible para ti.

Luego, inclinándose más hacia mí, baja la voz hasta un susurro, su aliento cálido contra mi oído. — Pero si lo prefieres, siempre podemos seguir el camino tradicional, por supuesto.

— ¿Qué implica esta forma tradicional?

Sus ojos se clavan en los míos, un destello de algo ilegible en sus profundidades. — Te lo enseñaré más tarde, si quieres. De momento, deberías descansar, acostumbrarte a esto. — Sonríe.

Al menos se toman en serio lo de mi bienestar. Pero aún me queda una duda en el fondo de mi mente, una voz que cuestiona sus verdaderas intenciones.

— ¿Y después del embarazo? — pregunto, con voz firme pero llena de curiosidad y cautela. — ¿Qué pasará conmigo entonces?

La expresión de Ivan se suaviza, sus ojos se llenan de algo parecido al arrepentimiento. — Luego de que nazca el bebé, serás libre de irte — dice, su voz suave pero teñida de tristeza. — Habrás cumplido tu propósito y no nos interpondremos en tu camino.

Serás libre de irte. Las palabras resuenan en mis oídos, un rayo de esperanza en medio del caos. Pero ¿de verdad puedo creerle? ¿Puedo confiar en que no me rastrearán, que no me utilizarán de nuevo o algo peor?

Ivan se levanta, su comportamiento vuelve a ser más formal. — Descansa. Lo necesitarás mañana para cuando lleguen los médicos.

— ¿Puedo, uh, llavear mi puerta? — pregunto tímidamente, buscando algo de privacidad y control en esta abrumadora situación.

Ivan se ríe, pero no llega a sus ojos. — Claro, pero ten la seguridad de que nadie te tocará —

luego añade con una sonrisa— a menos que tú quieras.

Su insinuación me produce escalofríos y noto que el calor vuelve a subir por mis mejillas.

¿Cómo será la forma tradicional que él ha mencionado?

Capítulo 4

Ivan

Mientras me apoyo en la pared de la opulenta sala de estar, mis pensamientos son un enredo. Toda esta situación parece surrealista, como sacada de una novela dramática. El secuestro de Sofía, la gestación subrogada, los millones en juego... es mucho para asimilar.

No puedo creer que estemos pasando por todas estas molestias solo para tener un heredero. Podríamos haber encontrado a una persona más dispuesta, más complaciente, pero no, terminamos con una mujer a la que había que coaccionar. Y ahora, nos está costando una fortuna. Perfecto, simplemente perfecto.

Kayla ha sido parte de nuestro equipo desde hace años, es nuestra asistente de confianza. Ella fue la primera opción para gestar al bebé. Incluso estábamos dispuestos a pagarle más, pero Maxym había rechazado la idea, diciendo que no quería que se encariñara con el bebé. Entonces, ahora nos toca lidiar con una total desconocida.

Al menos es un espectáculo para la vista.

Maxym entra en la habitación a grandes zancadas, con su habitual aire de confianza algo disminuido. Siempre me ha parecido un hombre de acción, alguien que no vacilaría a la hora de tomar decisiones difíciles. Pero ahora, mientras me acompaña en la barra y se sirve un trago, hay una visible inquietud en su comportamiento.

— No estoy seguro de esto, Ivan — dice, con el peso de nuestras acciones evidente en su tono. — Ella no está hecha para nuestro estilo de vida. ¿La estamos arrastrando al infierno para qué? ¿Por un hijo?

Considero sus palabras, sabiendo la gravedad de nuestra situación. — Fue idea tuya.

Bebe un sorbo, con los ojos distantes. Evitando mi afirmación.

***

— ¿El médico ha hecho su parte? Cuanto antes esté embarazada, mejor.

— Sí, esta mañana le ha hecho unas pruebas e hizo lo que tenía que hacer. Dentro de una semana

comprobaremos si está embarazada — respondo, manteniendo la voz uniforme.

Maxym asiente, con el ceño fruncido. — Bien. Mientras tanto, tenemos que hacer que se sienta cómoda aquí.

— ¿Cómo?

Suspira, pasándose una mano por el cabello. — ¿Cómo diablos voy a saberlo? No me gustan las conversaciones triviales con las mujeres. Soy más de acción y menos de charlas, especialmente fuera del dormitorio.

— Bien, pensaré en algo para que se relaje.

— Tengo algunas ideas sobre cómo hacer que se relaje — dice Maxym, con un tono sugerente en la voz. — Solo que no estoy seguro de si ella estaría abierta a ellas.

Suelta una risita, claramente divertido con sus propios pensamientos. Es un sonido que transmite una mezcla de confianza y un toque de picardía, clásico de Maxym.

Decidido, me dirijo a la habitación de Sofía. En el fondo, sé que sus deseos y necesidades son secundarios con respecto a nuestro objetivo principal, el bebé. Pero la preocupación de Maxym hacia ella es también por la seguridad del bebé.

Me acerco a su puerta y llamo, algo que normalmente no haría, pero le hice una promesa a Maxym.

Mientras espero su respuesta, me cuestiono el papel de Sofía en todo esto. ¿Será una buena madre? No es que eso importe mucho, pero su cuerpo parece adecuado para el parto. Definitivamente no es frágil ni delicada como las mujeres con las que he estado antes. No puedo evitar imaginarme cómo sería pasar tiempo a solas con una mujer como ella.

Sofía abre la puerta, sus ojos se abren de par en par cuando me ve parado frente a ella. — ¿Ivan? — pregunta. — ¿Pasa algo?

Sacudo la cabeza, intentando parecer lo más indiferente posible. — No, no pasa nada. Maxym solo quería que viniera a verte, a ver si necesitabas algo.

Me mira escéptica, con los brazos cruzados sobre el pecho en señal de defensa. — ¿Y qué cree que necesito?

Doy un paso más hacia ella, acortando la distancia que nos separa. — Cree que estarías más cómoda si tuvieras a alguien con quien hablar — le digo, con voz baja y suave. — Para que te tranquilices.

Me mira con desconfianza. Tengo que ir con cuidado si quiero ganarme su confianza.

— Mira, sé que toda esta situación es… bueno, poco convencional —bajo la voz a un susurro— pero Maxym y yo queremos que te sientas cómoda aquí, aunque solo sea hasta que nazca el bebé.

Se burla, una risa amarga escapa de sus labios. — ¿Cómoda? ¿Cómo puede alguien estar cómoda en este tipo de situación?

Me acerco un paso, con la mirada clavada en la suya. — Entiendo que esto no sea una situación ideal para ti, Sofía. Pero créeme cuando te digo que no estamos aquí para hacerte daño. Te necesitamos para una cosa: para gestar a nuestro hijo.

— Eso ya lo sé.

Le hago un gesto para que se siente en la cama y tomo asiento a su lado, dándome cuenta de que lleva una falda corta.

— ¿Cómo te fue en la cita con el médico? — le pregunto.

Mientras nos sentamos, mis dedos rozan su pierna casi sin pensar. Para mi sorpresa, no se aparta. Es una pequeña señal, quizás, de que no está completamente cerrada a mí.

— Me fue... ehm... me fue bien.

Noto que su mirada se posa en mis dedos. Se muerde el labio, una reacción sutil, pero que lo dice todo. Está claro que está nerviosa, en conflicto, quizá incluso curiosa.

Me acerco más, con voz baja e íntima. — ¿Quieres hablar de ello?

Sofía vacila un momento, con la mirada entre mi rostro y mi mano, que sigue rozándole el muslo.

Finalmente, respira hondo y asiente. — Supongo que hablar de ello podría ayudar.

Esto es exactamente lo que Maxym quería. Hacerla sentir cómoda, ganarme su confianza. Y si soy honesto conmigo mismo, hay una pequeña parte de mí a la que eso le parece bien.

Dejo que mis dedos recorran la longitud de su muslo expuesto, disfrutando de la forma en que su respiración se entrecorta en respuesta a mi tacto.

— ¿Estás de acuerdo? — susurro.

Duda un momento antes de asentir, separando ligeramente los labios. — Sí.

Con el permiso concedido, subo lentamente los dedos por su muslo, y el suave tejido de su falda se frunce bajo mi contacto.

— Cuéntame más sobre tu cita con el médico.

— Bueno —empieza ella, susurrando— el médico me dijo que todo va bien por el momento. Me hizo unas pruebas, comprobó mis niveles hormonales y se aseguró de que fuera fértil.

Inclino ligeramente la cabeza y rozo con las yemas de los dedos la piel sensible justo debajo del dobladillo de su falda. — ¿Y lo eres?

Se muerde el labio, conteniendo un pequeño gemido mientras aplico una suave presión. — Sí — exhala. — Dijo que no debería haber ningún problema.

— ¿Y te dolió? — mis dedos suben por debajo de su falda.

— Solo un poco.

— ¿Te dolió aquí? — le pregunto, mientras mis dedos rozan el encaje de sus bragas.

Sofía respira entrecortadamente.

— Sí, justo ahí.

Su respuesta es una exhalación temblorosa, una súplica silenciosa de más. Empiezo a acariciarle el clítoris hinchado con precisión y mis dedos encuentran hábilmente el ritmo que le produce placer.

Mi corazón se acelera de excitación al ver a Sofía rendirse ante mis caricias. Arquea la espalda, apretándose contra mi mano, y su respiración agitada ante cada caricia. Noto el calor que irradia de su interior, una señal tangible de su deseo.

Sigo acariciándole el clítoris en círculos lentos y deliberados, mis dedos se deslizan bajo el encaje de sus bragas, acercándola cada vez más al límite. Sus gemidos son cada vez más fuertes y escapan de sus labios en breves estallidos de placer.

— Sofía, deja que me ocupe de ti.

Sofía cierra los ojos cuando mis palabras la inundan. Me inclino hacia ella y mis labios quedan a escasos centímetros de los suyos.

— Confía en mí — susurro contra su boca, mi cálido aliento rozando sus sensibles labios. — Te haré sentir muy bien.

Sus labios se abren en respuesta, una invitación silenciosa a la que no puedo resistirme. Capturo su boca en un beso abrasador. Sofía gime y sus dedos se enredan en mi cabello mientras tira de mí.

Me separo un momento para recuperar el aliento y recorro con besos ardientes la línea de su mandíbula, mordisqueando suavemente la piel sensible bajo el lóbulo de su oreja. Noto cómo su pulso se acelera contra mis labios.

Sofía se aferra con las manos a la tela de mi camisa y me clava las uñas mientras tira de mí, desesperada por más. Mis dedos se deslizan por sus resbaladizos pliegues, provocándola y seduciéndola.

Sus gemidos se intensifican a medida que aumento la presión, mis dedos giran y giran hasta que ella tiembla al borde del éxtasis. Las uñas de Sofía se clavan en mi cuero cabelludo, pero eso solo aviva mi deseo de provocarla aún más.

Deslizo dos dedos en su interior, enroscándolos hasta alcanzar el punto ideal. El cuerpo de Sofía se convulsiona de placer, su espalda se arquea sobre la cama mientras grita de éxtasis. El sonido es música para mis oídos.

— Ivan — jadea.

Los gemidos de Sofía se hacen más fuertes, más urgentes a cada segundo que pasa.

Se aprieta contra mis dedos y sus paredes palpitan cuando alcanza el clímax. Con una última embestida de mis dedos y un movimiento del pulgar, la empujo hasta el límite. El cuerpo de Sofía tiembla por la fuerza del orgasmo y una capa de sudor cubre su piel enrojecida.

Mientras baja de su subidón, la observo con ojos satisfechos.

— Eso te aliviará el dolor — sonrío.

Retiro los dedos lentamente, dándole un momento para ordenar sus pensamientos. Sofía abre los ojos, vidriosos de deseo y satisfacción. Me mira con una mezcla de incredulidad y asombro.

— Eso no me lo esperaba… — balbucea.

Se remueve un poco en la cama, se reajusta la falda y se la baja para cubrirse. Su respiración sigue siendo agitada, su pecho sube y baja con cada respiración entrecortada.

Me acerco a la mesita, tomo un pañuelo y se lo ofrezco. — Toma —le digo suavemente— para que te limpies.

Sofía toma el pañuelo, se limpia con cuidado antes de tirarlo a una papelera cercana. Me mira, sus ojos buscan algo. Reconocimiento, tal vez. Comprensión.

Aprovechando el momento, decido dejar la puerta abierta para futuros encuentros, intentando parecer indiferente. — Cuando necesites desahogarte, puedes venir a mi habitación — le digo con una sonrisa en los labios.

Su respuesta es inmediata. — Um... gracias, Ivan. — Se sonroja profundamente.

— De nada, Sofía — le respondo con un tono seductor en la voz. — Siempre estaré aquí para cuidarte.

Me levanto y me dirijo a la puerta.

Capítulo 5

Sofía

Una de mis cosas favoritas, algo que siempre he querido hacer pero que rara vez podía permitirme, es darme una larga ducha caliente, depilarme las piernas y meterme entre sábanas limpias. En mi estrecho apartamento, este sencillo lujo era a menudo un sueño lejano. Pero aquí, en este lugar tan extravagante, me siento como una auténtica reina. Envolverme en la suave bata de cachemira es un placer pecaminoso.

Esto es absolutamente ridículo, pero en el mejor de los sentidos.

Nunca imaginé que experimentaría tal lujo. Para ser sincera, mentiría si dijera que lo odio. Diablos, es increíble estar aquí. Tengo mi propio chef personal, comida a domicilio siempre que quiero, y si deseo obtener algo de placer físico, la habitación de Ivan no está lejos.

Pero ha pasado una semana desde ese día. Desde que Ivan me tocó. No puedo negar que me sentí bien. Más que bien, incluso genial.

Tal vez no debería haber dejado que sucediera, pero eso no cambia el hecho de que, realmente, lo necesitaba.

No he ido a su habitación después de eso. Quizá sea timidez, o quizá sea porque no ha vuelto a mencionarlo. Creo que ahora quiere que yo dé el primer paso. ¿Voy a hacerlo? Sinceramente, no lo sé. La tentación está ahí, un susurro constante en el fondo de mi mente. Pero también hay una parte de mí que duda, que no está segura de volver a cruzar esa línea.

Suspiro, ensimismada en mis pensamientos.

Alejando mis pensamientos de Ivan y de las complicadas emociones que despierta en mí, me recuerdo a mí misma la verdadera razón por la que estoy aquí. Es hora de hacerme la prueba de embarazo.

Mientras me preparo para la prueba, pienso brevemente en la donante de óvulos. Me pregunto quién será. ¿Lo habrá hecho voluntariamente o la habrán obligado, como a mí? La idea me deja un sabor amargo en la boca, pero intento no pensar en ello. Ahora tengo que concentrarme.

Me dirijo al baño con la prueba de embarazo en la mano. Este pequeño pedazo de plástico tiene tanto peso, tantas implicaciones para mi futuro. Respiro hondo y lo hago, con el corazón latiéndome fuerte en los oídos.

Dejo la prueba a un lado y espero, observando cómo los minutos pasan lentamente, cada segundo se alarga de manera interminable.

Mientras espero el resultado de la prueba de embarazo, mi mente divaga, reflexionando sobre el extraño giro que ha dado mi vida. Todas estas experiencias parecen como unas extrañas y retorcidas vacaciones. A ratos, casi olvido que me secuestraron y me trajeron aquí en contra mi voluntad. Pero entonces recuerdo el primer día, el momento en que me dieron a elegir. Y elegí quedarme. Por el dinero, por la oportunidad que aquello representaba para mí. Y, a decir verdad, no me arrepiento de esa decisión.

El lujo de esta casa, la forma en que se atienden todas mis necesidades, es difícil sentirse constantemente como una víctima cuando estoy rodeada de tanta comodidad. Es una batalla constante entre la gratitud y la culpa, la libertad y el confinamiento.

Me permiten salir de la casa, dar paseos por la playa. Pero claro, siempre me están vigilando. La realidad es que no tengo adónde ir, aunque quisiera escapar. ¿Y por qué lo haría? Aquí estoy a salvo y me prometen un futuro que nunca había imaginado. Pero esa seguridad tiene un precio. Mi libertad y una parte de mi alma, cambiadas por el lujo y la seguridad.

Entonces miro fijamente la prueba de embarazo, y hay una sola línea.

Negativo.

— Mierda — murmuro en voz baja.

Este resultado negativo significa más procedimientos, más espera, más incertidumbre. También significa tener que enfrentarme a Maxym, a Ivan, a Viktor y a sus reacciones. ¿Estarán frustrados, enfadados, o simplemente lo verán como un pequeño contratiempo en sus planes?

Al salir del baño, con el resultado negativo en la mano, me preparo para la conversación que me espera.

Me doy cuenta de que sin bebé no hay dinero, y con ello, me asalta una cierta sensación de urgencia. No puedo permitirme perder este lujo.

Unos golpes en la puerta me sacan de mis pensamientos.

— ¡Adelante! — grito, esperando que sea uno de los de seguridad o, menos probablemente, uno de los hombres.

En lugar de eso, es uno de los sirvientes. — Su almuerzo está listo, señorita — dice él con una cortés inclinación de cabeza.

— Oh, gracias. Enseguida voy — respondo, un poco distraída.

No me molesto en quitarme la bata de cachemira. A esta hora, normalmente los hombres ya no están, quedándome en la inmensa casa únicamente con el equipo de seguridad.

Al bajar las escaleras hacia el comedor, reflexiono sobre la comida de aquí. Siempre pensé que la comida sana significaba opciones sosas y sin sabor. Pero los chefs, en colaboración con una nutricionista, han cambiado por completo mi perspectiva. Han diseñado un plan de comidas a mi medida, teniendo en cuenta mi peso y mis necesidades nutricionales, y han preparado platos sanos y deliciosos.

Y todo esto, a pesar de que aún no estoy embarazada.

Sentada a la mesa, me cautivan de inmediato los tonos vibrantes del salmón a la parrilla y el tentador aroma que emana del plato. La ensalada de quinoa adornada con una variedad de verduras frescas es una explosión de colores. Está muy lejos de la aburrida comida sana que había imaginado.

Estoy a mitad del salmón, con su sabor explotando en mi boca, cuando una profunda voz corta el silencio. — Buenos días, Sofía.

Me quedo paralizada, con el tenedor en el aire. Maxym está allí parado, llenando la puerta con su imponente presencia.

— Maxym. No esperaba verte aquí a estas horas — consigo decir, dejando el tenedor.

Él entra con paso decidido. — Quería ver cómo estabas.

Su cercanía es inquietante. Siento el calor que irradia, casi demasiado intenso. De repente, la habitación parece más pequeña.

— Estoy bien — respondo, intentando sonar despreocupada, pero mi corazón me traiciona, latiendo con fuerza.

Se apoya en la mesa, su mirada es penetrante. — ¿Te hiciste la prueba?

Asiento con la cabeza, con un nudo en la garganta. — Sí, me la hice.

— ¿Y?

— Salió negativo.

— Volveremos a intentarlo — dice con voz firme, pero puedo notar la tensión subyacente.

— Sí, supongo. — Frunzo el ceño, asimilando la noticia. — ¿Volveremos a intentarlo?

— Sí, por supuesto — confirma Maxym, como si fuera lo más natural del mundo.

Una pregunta me ha estado rondando la cabeza, y ahora parece el momento de hacerla.

— ¿Puedo preguntarte algo?

— Claro — responde, su postura relajada pero atenta.

— ¿Quién es la donante? — indago, con la curiosidad apoderándose de mí.

— Es Kayla. — Su respuesta es directa, pero me produce un estremecimiento.

— ¿Kayla? — No puedo ocultar mi sorpresa. — Entonces, ¿llevaré el bebé de esa molesta mujer dentro de mí?

Se ríe un poco. — ¿Por qué la odias tanto?

Cruzo los brazos, sintiendo una mezcla de frustración y confusión. — Bueno, ella me mintió sobre todo este asunto.

Se inclina hacia mí, con un tono serio pero curioso. — ¿Preferirías que no lo hubiera hecho?

Hay un breve silencio mientras reflexiono sobre su pregunta. Es complicado. El engaño de Kayla fue el principio de todo este drama, pero si ella hubiera sido sincera, ¿habría accedido a esto?

— Supongo que no — admito finalmente, asimilando la verdad.

A pesar de todo, la mentira de Kayla me trajo aquí, a esta vida tan extraña, lujosa y complicada.

— Sin embargo, sigue sin gustarme la idea. También me llamó prostituta.

— Ella está un poco celosa.

— ¿Celosa?

— Sí — admite Maxym. — Ella quería llevar al bebé. Pero no queríamos que se encariñara con el bebé ni nada por el estilo. Por eso te elegimos a ti.

— ¿Quién es ella para ustedes realmente?

Maxym hace una pausa, como si sopesara sus palabras. — Ha sido nuestra asistente desde hace años. Es de confianza.

Su breve respuesta deja lugar a dudas. Confiable en su línea de trabajo podría significar muchas cosas.

— ¿Es solo una asistente? — pregunto, escéptica.

La dinámica aquí es demasiado compleja para etiquetas tan simples.

Asiente con la cabeza. — Sí, nos ha acompañado en muchas cosas. Se encarga de nuestras agendas, reuniones y otros... asuntos delicados.

Me inclino hacia atrás, tratando de armar este rompecabezas. Kayla, la donante de óvulos, la

asistente fuertemente arraigada en sus vidas; ahora está resentida por mi culpa. No se trata solo de negocios; sino de algo muy personal.

— De acuerdo — digo, aún sin estar del todo convencida, pero decidiendo dejarlo pasar por ahora.

Hay demasiadas capas y no estoy segura de querer descubrirlas todas.

— En cuanto a lo de ignorarla... ¿cómo voy a ignorarla si está todo el tiempo en la casa? Y no tengo nada para distraerme más que este televisor con tres canales.

Maxym vuelve a reírse, un sonido que empieza a gustarme. Es extrañamente reconfortante ver su lado amable.

— Dime lo que necesites y lo haré realidad — me ofrece, sorprendiéndome con su disposición a complacerme.

Hago una pausa, sorprendida por su inesperada generosidad. — Quiero un teléfono. Definitivamente. E internet. Quizá también un portátil. Ah, y necesito libros. Muchos.

Su respuesta es rápida y directa. — Solo tienes que darme una lista y lo compraré todo.

— ¿Cualquier cosa?

— Compraría un avión entero si me lo pidieras.

Lo absurdo de su afirmación me hace soltar una risita. La risita se convierte en una pequeña y genuina carcajada, un breve respiro de la constante mezcla de emociones que he sentido desde mi llegada.

Mientras observo el comportamiento tranquilo de Maxym, una parte de mí se pregunta por su pasado. ¿Quién era antes de todo esto? No puede haber sido siempre esta figura compleja, mezcla de dureza y amabilidad inesperada. Mi conocimiento sobre él es limitado, enmarcado solo por los acontecimientos recientes, pero hay una profundidad en él que no esperaba.

Quizá me he precipitado al juzgarlo, me he apresurado en pintarlo con una sola brocha basándome en nuestras interacciones iniciales. Hay más en él de lo que parece, capas que apenas estoy empezando a descubrir. Es una revelación que me deja curiosa y, lo admito, un poco confusa. Comprender a Maxym es como intentar resolver un rompecabezas sin todas las piezas.

— Haré que un médico te revise mañana a primera hora — me dice.

Asiento con la cabeza. La idea de volver a ver al médico no es precisamente reconfortante, pero es necesaria.

Entonces, Maxym añade algo que no esperaba. — Y, te traeré a alguien que no sea Kayla, si

quieres.

Su oferta me toma desprevenida, pero es bienvenida. — Sería estupendo, la verdad. — Sonrío. — ¿Dónde están Viktor e Ivan? — pregunto, intentando cambiar de tema.

— Estarán aquí mañana. Por esta noche, solo estoy yo. ¿Por qué? ¿No soy suficiente? — bromea Maxym, con un tono juguetón en su voz.

Trastabillo con las palabras, no quiero ofenderlo. — Oh, no, no me refería a eso. Quiero decir, yo...

— Tranquila, solo estaba bromeando. — Luego añade. — Esta casa tan grande puede resultar bastante solitaria. — Se inclina un poco más. — Sabes, he estado pensando — comienza, su voz es un susurro tentador. — Tal vez hay maneras de hacer que tu estancia aquí sea más ... agradable.

Levanto una ceja, curiosa a mi pesar. — ¿Ah, sí? ¿Y cómo sería eso? — pregunto, con el mismo tono que él.

Acorta la distancia entre nosotros, su presencia nos envuelve. — Bueno, para empezar, podría enseñarte la casa. Hay habitaciones que aún no has visto. Lugares que podrían... despertar tu interés.

Siento el calor subir a mis mejillas ante su insinuación. Maxym siempre ha tenido la habilidad de despertar en mí una mezcla de emociones: frustración, intriga y, ahora, una innegable chispa de excitación.

— ¿Y luego del recorrido?

Maxym sonríe y se inclina tanto que siento su aliento sobre mi piel. — Digamos que soy bastante bueno asegurándome de que nuestros invitados se sientan bien atendidos. En todos los sentidos posibles. O quizá —continúa, bajando el tono de su voz a uno más ronco— podríamos encontrar otras formas de entretenerte. Me han dicho que tengo un don para descubrir lo que la gente realmente quiere.

Trago saliva, sus palabras me producen un escalofrío. Este juego es peligroso, pero hay una parte de mí que está intrigada, atraída por la emoción.

Alarga la mano y sus dedos acarician ligeramente el cuello de mi bata. — Verás, Sofía, en una casa como ésta, hay innumerables formas de encontrar... distracción.

Apenas puedo respirar, su tacto enciende un fuego dentro de mí. Es un juego de tentaciones, y Maxym es todo un maestro. Se da cuenta del efecto que causa en mí y sus labios se curvan en una sonrisa de satisfacción.

Se inclina aún más, su aliento caliente contra mi oreja. — Deberías ver la forma en que me estás mirando en este momento.

Me toma desprevenida su cercanía, sus palabras. — ¿Cómo te estoy mirando?

— Como si tuvieras hambre de algo que solo yo puedo darte.

Dios, me está haciendo sonrojar.

Se aparta de mí y me observa con una mirada desafiante y seductora a la vez. — Sabes, Sofía, siempre he admirado a una mujer que sabe lo que quiere. Y ahora mismo, casi puedo leer tus pensamientos.

Me rodea lentamente, como un depredador que acecha a su presa.

— Pero el tema es que no soy un hombre que se entrega tan fácilmente. Si quieres algo —hace una pausa, parado detrás de mí, con su voz como un suave rumor en mi oído— tienes que venir y tomarlo.

Capítulo 6

Maxym

Estoy ahí parado, justo detrás de ella, esperando mi momento. Es una pelea silenciosa, un juego de voluntades, y estoy seguro de que ella cederá primero. Sé que ella también lo siente; es solo cuestión de tiempo.

Está justo delante de mí, de espaldas, pero puedo sentir cada uno de sus movimientos, cada respiración. Estoy cerca, tan cerca que capto el aroma de su perfume mezclado con su champú, cereza y fresa, una fragancia dulce y tentadora que parece personificarla.

Huele suave y delicada, tal como es ella. Frágil y aparentemente vulnerable, como si necesitara protección. Pero también hay fuerza en ella, resistencia. Es una mezcla embriagadora que me atrae aún más.

Entonces, se da la vuelta y sus ojos se encuentran con los míos. Maldición, qué ojos tan bonitos. Tiene las pupilas dilatadas y los labios ligeramente entreabiertos mientras me mira.

No sé cómo empezó, pero de repente estamos así, cara a cara. Nuestras miradas se entrecruzan, cargadas de fatiga y de algo más primitivo. Entonces, sin previo aviso, nos besamos, y no es solo un delicado beso. No, nos devoramos el uno al otro como si hubiéramos estado hambrientos de este contacto durante años.

Es intenso, como esos reencuentros desesperados que se ven en los aeropuertos, en los que cada segundo de separación parece una eternidad. No me contengo, y ella tampoco.

Me empuja hacia el sofá y yo me echo hacia atrás, dejándola tomar el control. La veo sentarse a horcajadas sobre mí, con los ojos llenos de deseo y determinación. Se inclina para besarme de nuevo y nuestros labios se encuentran en un abrazo desesperado.

Entonces siento el calor entre sus piernas. La humedad allí, empapada de lujuria. Es embriagador, como una droga a la que no puedo resistirme.

Me roza los muslos, sus caderas se mueven a un ritmo lento y seductor.

Maldición.

Siento que me pongo duro mientras ella sigue moviéndose encima de mí.

Levanto las manos para acariciarle la cara y cierro los labios mientras ella gime en mi boca.

Gime y dice algo que no logro entender. Se aprieta más contra mí, sus caderas se mueven más deprisa, creando una fricción que me vuelve loco. Siento la necesidad creciendo en mi interior como si no hubiera nada más en el mundo que este momento.

Está a punto, lo sé. La noto tensa, lista para liberarse.

Debo decir que tiene el cuerpo más increíble que he visto en mi vida. Mirar nuestros cuerpos entrelazados hace que mi corazón se acelere aún más.

Sus caderas siguen moviéndose frenéticamente contra mí; mientras empapa mis pantalones con su esencia. Sus gemidos resuenan por toda la habitación, llenándola de una atmósfera electrizante. La sensación de su humedad sobre mi piel me produce escalofríos y no puedo evitar impulsar las caderas en busca de más contacto.

Sus uñas se clavan en mi espalda, dejando pequeñas marcas rojas que solo sirven para avivar mi deseo. Está tan receptiva, tan deseosa de más, que me vuelve loco.

Se muerde el labio inferior, un reflejo nervioso que la vuelve aún más seductora. Sus pechos rebotan al moverse y no puedo evitar alargar la mano para tocarlos. Deslizo las manos bajo la cachemira y su piel es tan suave y tersa bajo mis dedos; al igual que la tela, y no puedo saciarme.

Recorro su espalda con las manos, sintiendo cada centímetro de su suave piel. Ella responde arqueando la espalda y clavándome las uñas en los hombros de un modo que me produce escalofríos.

— Eres tan jodidamente hermosa — susurro, con la voz ronca por el deseo.

Su boca forma una «O» perfecta y entonces esos preciosos ojos verdes se ponen en blanco cuando se corre.

Observo hipnotizado, cómo se estremece junto a mí, cómo su cuerpo se retuerce en éxtasis. Es como ver una obra de arte cobrando vida. La forma en que su cuerpo se mueve, la forma en que su rostro se contorsiona de placer, la forma en que su piel brilla por el sudor.

Y entonces me pierdo. Me pierdo en el sonido de sus jadeos, en la sensación de su cuerpo vibrando contra el mío, en su sabor en mi boca.

Durante el siguiente medio minuto, su cuerpo sigue estremeciéndose, sus gemidos siguen resonando suavemente en la habitación mientras ella disfruta de las réplicas de su clímax.

Su mano se introduce en mis calzoncillos. No rompe el contacto visual mientras lo hace. Rodea mi polla dura con los dedos y gimo en el aire cuando empieza a masturbarme. Es intenso, como nada que haya experimentado antes. No solo es hermosa, sino también increíblemente hábil en el arte del placer.

Su otra mano baja hasta tocarme los huevos, masajeándolos suavemente mientras me acaricia la polla. Es como un sueño, como si hubiera entrado en otro reino donde se cumplen todos mis deseos.

Se me corta la respiración. Estiro la mano, le agarro la nuca y tiro de ella para que me bese con fuerza. Sus labios son suaves, su lengua ávida, y responde a mis avances con una desesperación que coincide con la mía.

Noto su mano moviéndose, explorando, y es todo lo que puedo hacer para no lanzarme sobre ella. La deseo tanto que me duele, y no puedo creer lo lejos que hemos llegado en tan poco tiempo.

Sigue tocándome, explorando mi excitación. Es increíble, y siento que estoy llegando a un punto sin retorno.

Estoy tan cerca. Y entonces, sin previo aviso, se detiene, sorprendida.

— Espera — dice, con voz temblorosa. — No podemos desperdiciarlo.

Si se queda embarazada ahora, conmigo, ella será la madre biológica, no Kayla. Es un cambio en el plan, una complicación que no había previsto.

Su voz es seductora. — Sí. Cuanto antes quede embarazada, mejor.

Estudio su rostro, buscando cualquier signo de duda, cualquier indicio de vacilación. Pero todo lo que veo es certeza, una firmeza que no esperaba de ella.

— De acuerdo — digo finalmente, con la decisión tomada.

Y con eso, se sienta a horcajadas sobre mí una vez más, con los ojos llenos de determinación y deseo. Esta vez, cuando desciende sobre mí, sé que vamos a llegar hasta el final.

Nuestros labios se encuentran en un beso apasionado mientras ella empieza a montarme, sus caderas se mueven con una intensidad que me produce escalofríos. La humedad entre sus piernas es intensa, y no puedo evitar empujar hacia arriba para encontrarme con ella, buscando más contacto.

— Dios mío, Maxym, qué rico se siente — gime ella, con una mezcla de placer y urgencia en la voz.

Le acaricio la cara, nuestros labios se funden apasionadamente mientras ella sigue moviéndose encima de mí. Sus caderas se mueven como un torbellino y sus gemidos llenan la habitación mientras profundiza más en mí.

Puedo sentir el placer aumentando, y sé que ella lo desea tanto como yo. No se contiene, se

entrega a mí por completo.

Me clava los dedos en los hombros mientras arremete con más fuerza, arqueando su cuerpo de placer. Siento su humedad rodeándome, sus músculos apretándose a mi alrededor, empujándome más adentro.

Gime, con la voz ronca por el deseo, mientras se empuja contra mí. Sus uñas se clavan en mis hombros, pequeñas punzadas de dolor que solo sirven para avivar aún más la pasión. No puedo evitar rodearle las caderas con las manos y sentir cómo su piel se calienta bajo mis caricias.

Con una última embestida, siento que su cuerpo se estremece a mi alrededor y sé que ha alcanzado su punto álgido. Su cara se contorsiona de éxtasis y sus gemidos llenan la habitación mientras aguanta las olas de su orgasmo.

No puedo contenerme más. Con una última embestida, yo también lo siento. Mi cuerpo tiembla mientras olas de placer me inundan y sé que es el momento que estaba esperando.

Ambos jadeamos, intentando recuperar el aliento, con la intensidad del momento aún flotando en el aire.

Me paso una mano por el cabello, con la frustración y la confusión revoloteando en mi interior. — Mierda, esto no debería haber pasado — murmuro, con un sabor amargo.

Ella me mira, con la respiración agitada. — ¿Por qué? ¿Esto no es lo que querían? ¿Que fuera una madre sustituta?

Su pregunta me afecta mucho. Sí, ese era el plan, pero la realidad es mucho más complicada.

— Sí, pero no era mi decisión. No solo mía — admito, con el peso de esta decisión presionándome.

No se trata solo de lo que yo quiero o de lo que ella quiere. Se trata de todo el plan, de los demás implicados, de las consecuencias de este momento. Siempre se me ha dado bien mantener las emociones fuera de la ecuación, pero esta vez es diferente, más complicado.

Estoy en conflicto, mi mente se acelera con las posibles consecuencias. Sé que me eligieron para ser el padre biológico, pero Kayla se pondrá furiosa. Ella tenía tantas ganas de ser la madre biológica. Nos dejamos llevar por el calor del momento y ahora Sofía podría ser la madre biológica, y no se lo consulté a los demás.

Hago una pausa, con el peso de la situación sobre mis hombros. — Mierda, seguro se pondrán furiosos cuando se enteren. Y Kayla se pondrá como una fiera.

Su respuesta es inmediata, con una actitud desafiante que me toma por sorpresa. — ¿A quién diablos le importa lo que ella quiera? Y ese método no funcionó de todos modos. Así que

prefiero tener mi propio bebé biológico que el suyo.

Sus palabras me golpean con la fuerza de una bofetada. En cierto modo, ella tiene razón. El método que elegimos no dio los resultados que queríamos, y aquí está ella, ofreciendo una solución, aunque complicada. Su voluntad de tomar las riendas de la situación, de tomar una decisión que la afecta directamente; es algo que no me lo esperaba.

— Mira, si vas a ser la madre biológica, tienes que entender que no tendrás la... — empiezo, pero mis palabras se interrumpen cuando la puerta se abre de golpe.

Ivan está allí parado, con una expresión ilegible. Contempla la escena; nosotros, semidesnudos en el sofá, y por un momento nadie habla. ¿Nos habrá oído?

Capítulo 7

Ivan

Ahí están, semidesnudos y claramente tan sorprendidos de verme como yo de encontrarlos en esta situación. Maldito Maxym. Sabía que tiene un carácter salvaje, ¿pero esto? Es algo imprudente, incluso para él.

Teníamos un plan. Kayla como la madre biológica, era una elección en la que todos habíamos estado de acuerdo porque la conocíamos, confiábamos en ella. ¿Y Sofía? Ella es un comodín, una extraña que apenas estamos empezando a conocer. ¿Cómo podemos confiar en ella para cargar con nuestro futuro, con nuestro legado?

¿Y si decide reclamar sus supuestos «derechos» sobre el bebé? Ese pensamiento me produce una oleada de ira. Cierro el puño, intentando controlar la repentina ráfaga de frustración.

Permanezco en silencio, observando cómo se apresuran a vestirse, con una sensación de urgencia en sus movimientos. Me cruzo de brazos, como un centinela silencioso, esperando a que terminen, a que reconozcan la situación que han provocado.

Finalmente, cuando están decentes y se me pasa el shock inmediato, exhalo profundamente, preparándome para afrontar el caos que han generado. Han abierto la caja de Pandora y ahora todos tendremos que afrontar las consecuencias.

Mi ira es como un cable de alta tensión, chispeando con cada segundo que los miro. — ¿Cómo pudiste? — Finalmente exploto, con una mezcla de incredulidad y rabia en la voz. — Habíamos elegido a Kayla para que fuera la madre biológica. Teníamos un plan, Maxym.

Maxym, aún intentando recuperar la compostura, responde. — Lo sé, lo sé. Simplemente sucedió, en el calor del momento.

— En el calor del momento, ¿eh? — Mi voz destila sarcasmo. — ¿Entonces ahora tomas decisiones por tu cuenta? ¿Sin consultarnos? Pensaba que éramos un equipo, una familia.

Los ojos de Maxym se entrecierran, señal inequívoca de que está dispuesto a defender sus actos. — No fue así, Ivan. Las cosas se nos escaparon de las manos, y...

— ¿Se nos escaparon de las manos? — lo interrumpo, alzando la voz. — ¡Has puesto en peligro todo por lo que hemos trabajado, todo lo que hemos planeado! ¿Por qué? ¿Por un momento de debilidad?

La postura de Maxym se endurece, su mandíbula se aprieta. — No es tan sencillo, y lo sabes. Sí, me equivoqué, pero podemos arreglarlo. Siempre lo hacemos.

Me burlo, con la incredulidad y la rabia mezcladas en un cóctel tóxico. — ¿Arreglar esto? ¿Te estás escuchando? ¿Y qué pasa con la confianza, Maxym? ¿Qué pasa con el maldito acuerdo que todos hicimos?

Da un paso adelante, con un brillo peligroso en los ojos. — ¿Y qué me dices de sus derechos, Ivan? Ella no es solo cualquier recipiente para nuestros planes. Es una persona, con voluntad y elecciones.

Me río amargamente. — Oh, ¿ahora te importan sus derechos? Eso es muy gracioso, viniendo de ti. Tú fuiste quien la metió en este lío.

De repente, ella se interpone entre nosotros y su voz corta la acalorada discusión como un cuchillo. — ¡Basta ya! Los dos. — Los ojos de Sofía se ven fieros, y su postura desafiante. — Yo decidí hacer esto. Acepté ser una madre sustituta, pero nadie me preguntó nunca por los padres biológicos. Y como soy básicamente una rehén aquí, creo que puedo opinar.

Miro a Sofía a los ojos, buscando algo, cualquier cosa que pueda indicar la conexión que creía que teníamos. Pero lo único que veo es determinación y una pizca de ira.

Mi mente grita, los pensamientos se agolpan y chocan. — Pensé que había algo entre nosotros, pero creo que me equivoqué, Sofía. — Las palabras son amargas, una mezcla de decepción y dolor arremolinándose en mi interior.

Pensé que yo la entendía, que había un respeto mutuo, tal vez incluso algo más. Pero estando aquí ahora, está claro que me equivoqué.

La ira hierve en mi interior, los celos también, aunque nunca lo admitiría en voz alta. Quizá esperaba algo más con Sofía, algo íntimo. Pero ahora, al verla mantenerse firme, me siento atrapado entre la rabia y el respeto.

— Bien, haz lo que te dé la maldita gana — suelto, con las palabras más amargas de lo que pretendía.

Sofía me mira, su expresión se suaviza. — Ivan, yo...

— Lo que sea que haya pasado entre nosotros, no fue nada, Sofía — la interrumpo, las palabras son como ácido en mi lengua.

No lo digo en serio, no realmente. Pero ha elegido a Maxym, y eso me escuece más de lo que esperaba. Nunca se me dio bien compartir lo que considero mío. Y por un momento fugaz, pensé que ella podría ser mía, no suya. Los celos me corroen, pero los reprimo.

Volteo hacia Maxym, con la mirada severa. — Tú eres quien ha causado esto. Así que, serás tú quien se lo cuente a Kayla y a Viktor.

Se queda ahí parado, sin muestras de remordimiento. Y eso me enfurece aún más. Salgo furioso, con la mente convertida en un torbellino de ira, celos y una amarga sensación de traición. La decisión de Sofía, la imprudencia de Maxym, todo es demasiado.

La voz de Maxym es calmada, demasiado calmada. — Está bien. Se lo diré a Kayla. Solo porque eres demasiado cobarde para decírselo tú mismo. — Se acerca, desafiándome con su presencia.

Siento que me hierve la sangre y aprieto los puños. Cuando se acerca, algo se quiebra.

Lo empujo hacia atrás, con fuerza. — No te me acerques, Maxym.

Se tambalea, pero recupera el equilibrio, con una sonrisa en los labios. — ¿Qué? ¿Estás celoso, Ivan? ¿No puedes soportar que me haya elegido a mí?

Esa burla, esa maldita sonrisa, es todo lo que puedo soportar. Mi puño impacta en su mandíbula antes de que pueda darme cuenta de que he lanzado el puñetazo. Contraataca y, de repente, estamos en medio de una verdadera pelea, intercambiando golpes como si fuéramos enemigos, no aliados.

Nuestros gruñidos y maldiciones llenan la habitación, cada puñetazo alimentado por una mezcla de ira, celos y frustración contenida. Ya no se trata solo de Sofía o del bebé. Se trata de nosotros, de nuestra hermandad fracturada, de las tensiones que han estado hirviendo a fuego lento bajo la superficie durante demasiado tiempo.

Mientras peleamos, no puedo evitar preguntarme cómo hemos llegado a esto. Se suponía que estábamos juntos en todo esto, pero ahora nos estamos destrozando mutuamente. Y en el fondo de mi mente, una vocecita me susurra que, gane quien gane esta lucha, ya hemos perdido mucho más.

Oigo que se abre una puerta, pero no volteo para ver quién es.

Lo único que oigo es un grito ahogado y la voz familiar de Kayla. — ¿Qué demonios está pasando aquí? — pregunta, corriendo hacia delante para apartarme de Maxym.

Apenas puedo notar el dolor al sentir el cálido goteo de sangre que sale de mi nariz, pero eso no es importante ahora.

Sofía está en la esquina, con el cuerpo temblando. Mierda. Nunca quise que viera esto, que se asustara así. La culpa me golpea con fuerza, pero no hay tiempo para pensar en ello.

La voz de Kayla vuelve a cortar la tensión. — Ambos me deben una explicación. ¿Qué demonios está pasando aquí?

Ahora está parada entre nosotros, con las manos en la cadera, con toda la fuerza que se necesita. La habitación está cargada, cada uno de nosotros al límite, una mezcla volátil de emociones arremolinándose a nuestro alrededor.

— Sí, Max. ¿Por qué no se lo dices tú? — lo desafío, limpiándome la sangre de la nariz con el dorso de la mano.

Es un escape, una forma de evadir la responsabilidad, porque no me atrevo a decir las palabras, a revelar la verdad que nos ha vuelto el uno contra el otro.

Maxym se limpia la sangre del labio y me dedica una sonrisa irónica antes de mirar a Kayla. La sala está llena de expectación, todos contenemos la respiración ante lo que está a punto de suceder.

— Sofía decidió ser la donante de óvulos, Kayla. Así que ya no tendrás que ser la madre biológica — afirma con voz firme, pero noto la tensión en su mandíbula.

Kayla reacciona lentamente. Su rostro permanece inquietantemente tranquilo mientras procesa sus palabras, pero sus ojos son una tormenta a punto de estallar. Abre la boca y luego la cierra, luchando por encontrar las palabras adecuadas.

Finalmente, dice. — ¿Qué? — con tanta calma que me recorre un escalofrío.

Pero la conozco demasiado bien. No es calma. Es el ojo del huracán, la calma que precede al caos. Kayla siempre ha insistido, casi obsesivamente, en ser la donante de óvulos. Ella quería este rol más que nada, y era perfecta para ello, hasta ahora.

Mientras ella está allí parada, con la compostura tambaleándose al borde del abismo, yo me preparo. Kayla no se toma este tipo de noticias a la ligera. Ha invertido demasiado, ha luchado demasiado como para aceptarlo sin más. Y a medida que el silencio se alarga, casi puedo sentir la furia creciendo en su interior, un maremoto de emociones a punto de desplomarse sobre todos nosotros.

Kayla se muestra incrédula y alza la voz. — Esto es una broma, ¿verdad? Dime que es una maldita broma.

Sacudo la cabeza, con una expresión sombría en el rostro. — No. Esto no es una broma. — Miro a Maxym, gesticulando con comillas al aire. — Maxym se dejó «llevar por el momento».

Sofía habla, con voz firme. — No, fue mi decisión.

Kayla voltea hacia ella, esa expresión burlona tan familiar en su rostro, las cejas ladeadas, una sonrisa retorcida jugueteando en sus labios. — ¿Pensaste que podías venir aquí e intentar seducirlos y sustituirme?

La réplica de Sofía es rápida, su tono asertivo. — No intentaba sustituirte. Pero puedo decidir de quién será el bebé que llevaré dentro.

— ¡No puedes decidir eso! — Kayla responde, con la cara desencajada por la ira.

Sofía se mantiene firme, con voz segura pero llena de una rabia silenciosa. — Si tanto lo querías, quizá deberías haberlo cargado tú misma.

El aire crepita de tensión, cada uno de nosotros al límite.

La voz de Kayla es fría, su ultimátum claro. — Es ella o yo.

— ¿Qué? — No puedo ocultar mi sorpresa.

Esto va demasiado rápido.

— Ya me oíste — repite, con voz firme. — O ella o yo. No aceptaré esto. No pienso seguir de esta manera.

Hay un silencio sepulcral, luego Maxym, sin dudarlo, dice. — Ella.

Estoy desconcertado. Vaya. Si Maxym realmente la eligió tan rápido, debe estar sintiendo algo por Sofía. Esto ya no es solo por el bebé; es personal.

— Kayla, no tiene por qué ser así — intento mediar, con la esperanza de calmar la situación.

— No, desde luego que tiene que ser así. Elegiste a esta zorra, así que yo... — Ahora escupe veneno, pero ya es demasiado.

— ¡No puedes hablarle así! — la interrumpo, alzando la voz, con la ira a flor de piel.

Una cosa es discutir y otra insultar.

Kayla voltea hacia mí, con los ojos brillando de traición. — ¿De verdad? ¿Tú también te pondrás de su lado?

La furia de Kayla es como una tormenta, implacable y destructiva. — No pueden simplemente reemplazarme. ¡He estado con ustedes durante años!

La postura de Maxym es firme. — No se trata de reemplazar a nadie, Kayla. Se trata de tomar la mejor decisión para el heredero.

Ahora está furiosa, sus palabras son afiladas como cuchillos. — ¿La mejor decisión? ¿Traicionándome? ¿Dejando que esta... esta mujer venga y ocupe mi lugar?

Sofía, que ha estado callada hasta ahora, habla. — No he venido aquí para ocupar el lugar de nadie. Me trajeron aquí en contra de mi voluntad, ¿recuerdas?

Eso enfurece a Kayla. Se lanza hacia Sofía, con una mirada salvaje en los ojos.

Me acerco rápidamente, bloqueando su camino. — ¡Kayla, detente!

Intenta pasar a mi lado, pero la detengo. Furiosa, me da una bofetada. El sonido resuena en la habitación, un fuerte sonido que aturde momentáneamente a todos. No tomo represalias, solo le sujeto la muñeca con firmeza, impidiéndole causar más daño.

— Deberías irte — le digo, con voz firme a pesar de mi agitación interior.

— ¡Bien! — Kayla aparta la muñeca y se da la vuelta para marcharse.

Pero no puede resistirse a un último golpe. — Disfruta de tu pequeño cuento de hadas con la rompehogares, Ivan. Espero que valga la pena.

Sus palabras calan hondo, pero no dejo que se me note. Cuando sale dando un portazo, un gran silencio se apodera de nosotros.

Cuando los pasos de Kayla se alejan, ambos nos volteamos hacia Sofía. Sus ojos brillan con lágrimas no derramadas, el peso de la confrontación es demasiado para ella.

— Sofía, ¿estás bien? — le pregunto preocupado.

Ella no responde, solo nos lanza una mirada llena de dolor y confusión antes de correr hacia su habitación. Maxym intenta seguirla, pero instintivamente sé que no es lo correcto. Lo sujeto de la muñeca para detenerlo.

Maxym y yo acabamos de pelearnos, pero eso no cambia nuestra conexión. Eso es imposible.

— Maxym, probablemente esté enfadada con los dos. Lo mejor es dejarla tranquila — le aconsejo, intentando mantener la calma.

— No, no puedo dejar que esté triste — protesta, su preocupación por ella es evidente.

— Lo sé, yo tampoco quiero que esté triste, pero que vayamos allí solo hará que se enfade aún más — argumento, esperando que lo entienda.

— ¿Qué sugieres entonces?

— Tal vez debería hablar con Viktor — sugiero, pensando que una parte neutral podría ser lo que necesita en este momento.

Maxym hace una pausa, considerando mis palabras.

Después de un momento, se libera de mi agarre y asiente. — Bien, llama a Viktor.

Capítulo 8

Viktor

La llamada de Maxym fue una maldita bomba. Kayla se ha ido, y honestamente, nunca me importó mucho. Era parte de nuestro entorno, leal pero no alguien por quien perdería el sueño. ¿Pero la mierda que le hizo a Sofía? Eso es lo que me tiene furioso.

Sofía, la chica a la que arrastramos a este lío, está ahora atrapada en un fuego cruzado al que no se apuntó. Y está enojada con Maxym e Ivan, lo que tiene mucho sentido. Toda esta situación es un desastre.

Mientras me dirijo a solucionar esto, me invaden los recuerdos. Cuando trajimos a Sofía por primera vez, parecía como paralizada en este lugar. La he visto por ahí, siempre sola, como si llevara el peso del mundo. Es una visión dura.

Luego está Kayla. Cuando se unió, era todo fuego y acero, lista para conquistar el mundo con nosotros. Pero nunca llegué a verla de verdad. Solo estaba allí, haciendo su trabajo, nada más.

Ahora se fue, y una parte de mí siente que debería haberlo visto venir. ¿Podría haber cambiado las cosas? Maldición, no lo sé. No es que yo sea del tipo sentimental.

Parado ante la puerta de Sofía, llamo con fuerza. — Sofía, soy Viktor. ¿Puedo entrar?

Silencio. No me sorprende. Pero no me iré hasta que solucionemos esto.

— Escucha, sé que estás enojada. Tienes todo el derecho de estarlo. Pero excluirnos no lo arreglará. ¿Podemos hablar?

Le digo con voz firme. No estoy aquí para consentirla, pero tiene que entender que estamos intentando arreglar las cosas.

— Hey — le digo cuando abre la puerta.

Tiene los ojos rojos, hinchados de tanto llorar. Mierda. Odio verla así, desearía haber hecho algo para evitarlo.

— ¿Puedo pasar? — pregunto, con voz más suave que de costumbre.

Se limita a asentir, conteniendo las lágrimas. Maldita sea, esto es más difícil de lo que pensé.

Dejo la puerta ligeramente entreabierta detrás de mí y miro a mi alrededor, tratando de encontrar la manera de aligerar el ambiente, aunque sea un poco. — ¿Así que esos imbéciles han herido tus

sentimientos? No te preocupes, los he echado de casa — digo, intentando hacer una pequeña broma.

Suelta una risita, y es como una pequeña victoria. Pero sé que no es suficiente. Tengo que hacer que se sienta segura, que sepa que no está sola en esta jodida situación.

Nos sentamos en el borde de la cama, la tensión es palpable. Tiene una lágrima rodando por su mejilla, y eso me retuerce algo en las entrañas.

— Nunca quise que fuera así, Viktor — dice, su voz apenas supera un susurro.

Me mira con esos preciosos ojos verdes. Son como un puñetazo en el pecho.

Sin pensarlo, mis manos se mueven hacia su cara, los pulgares secan suavemente sus lágrimas. — Oye, ninguno de nosotros tenía planeado esta telenovela, pero aquí estamos, ¿verdad? — Intento relajar el ambiente, pero mi voz delata la preocupación que siento.

Suelta una pequeña risita. — ¿Una telenovela? Más bien una mala película de la mafia.

No puedo evitar reírme, a pesar del lío en el que estamos metidos. — Bueno, si te sirve de consuelo, definitivamente serías la estrella del espectáculo.

Sacude la cabeza, con una leve sonrisa. — Gracias, Viktor. A pesar de ser un tipo rudo, no lo haces tan mal.

Me encojo de hombros, tratando de mantener mi apariencia ruda. — No dejes que eso se sepa, o arruinará mi reputación.

Me muevo ligeramente, intentando encontrar las palabras adecuadas. — Entonces decidiste ser la madre biológica, ¿eh?

Ella asiente, con una mirada decidida. — Sí, lo hice. No quería el bebé de Kayla dentro de mí.

Suelto una risita, no se me escapa la ironía de la situación. — Sí, es comprensible.

— ¿De verdad? — Sofía parece sorprendida, tal vez incluso un poco aliviada.

— Sí. Probablemente esté recogiendo sus cosas ahora mismo y luego se irá — digo con naturalidad.

La mirada de Sofía se vuelve contemplativa. — ¿No te sientes mal por eso?

— No. ¿Por qué iba a estarlo? — respondo.

Mi relación con Kayla siempre fue más de negocios que personal. Su partida no me afecta mucho. Hay un breve silencio mientras ambos asimilamos el peso de todo lo que ha sucedido.

Noto que otra lágrima brota de sus ojos e, instintivamente, extiendo la mano para secársela. Hay

dulzura en el gesto, una suavidad que no suelo permitirme mostrar.

— Entonces dime — le insisto en voz baja.

— ¿Decirte qué? — me mira, con un atisbo de curiosidad en su rostro bañado en lágrimas.

— Dime qué cosa que te animaría ahora mismo.

Hace una pausa, piensa, y luego una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios. — Uh, no sé. ¿Un sándwich de queso?

Me echo a reír, el sonido llena la habitación, cortando la tensión. — Eres una chica bastante sencilla, ¿lo sabías?

Ella sonríe, esta vez de verdad. — ¿Por qué?

— Porque la mayoría de las chicas pedirían diamantes y bolsos Prada, no es que haya nada malo en quererlos. Y te los conseguiría de inmediato. Pero es que, ¿en serio? ¿Sándwich de queso?

Se ríe, el sonido es cálido y ligero. — Todas las comidas que le ordenan a los chefs que me preparen son demasiado sanas para que pueda disfrutarlas. Necesito algo menos sano, supongo. Y grasiento. Definitivamente grasiento.

— Bien, ordenaré a los chefs que te lo preparen — le ofrezco, pensando ya en qué instrucciones dar.

Ella sacude la cabeza, con un brillo travieso en los ojos. — No, quiero que lo prepares para mí.

— ¿Qué? — Estoy realmente sorprendido. — Puedo quemar el agua, Sofía.

Ella se ríe, con un sonido ligero y burlón. — Vamos, ¿qué tan difícil puede ser? Es solo pan y queso.

Me froto la nuca, sintiéndome un poco superado. — Nunca he preparado sándwich queso antes.

— ¿Qué? ¿En serio?

— Sí — admito, un poco a la defensiva.

Cocinar nunca ha sido lo mío. Soy más de dar órdenes que de seguir recetas.

Su sonrisa se ensancha y suelta una suave carcajada. — Bueno, siempre hay una primera vez para todo, Viktor. Vamos, será divertido.

La miro, esta mujer que ha conseguido traer un poco de luz a la sombría situación en la que nos encontramos. Y a pesar de mi buen juicio, a pesar de la voz en mi cabeza que me dice que es una mala idea, me encuentro asintiendo.

— Muy bien, vamos a hacer un maldito sándwich de queso.

Entramos en la cocina y, maldita sea, es como entrar en el paraíso de un chef. Encimeras relucientes, todos los artilugios que te puedas imaginar y esas altas ventanas que dejan pasar la luz del sol. La vista exterior es impresionante, los jardines se extienden más allá del cristal. Pero no estoy aquí para admirar las vistas; tengo una misión.

— De acuerdo, ¿dónde demonios guardan el pan? — murmuro, abriendo y cerrando armarios como si buscara un tesoro escondido.

Sofía está apoyada en el mostrador, con una sonrisa en la cara. — Normalmente suele estar donde está el resto de la comida — bromea, claramente disfrutando de esto.

Le lanzo una mirada, pero es difícil seguir frustrado cuando se está riendo. — Muy útil, gracias. — Finalmente, encuentro el pan, y es una pequeña victoria.

A continuación, el queso. Estoy parado delante de la nevera, con las puertas abiertas de par en par, mirando un surtido de quesos.

— ¿Cuál es el queso para el «sándwich de queso»? — pregunto, sintiéndome totalmente perdido.

Sofía se acerca y señala un simple queso cheddar. — Ese. No te puedes equivocar con el cheddar.

Armado con el pan y el queso, me dirijo a los fogones. — ¿Cómo se enciende esto? — lo digo medio en broma, pero la cocina parece una nave espacial, con todos sus botones y mandos.

La risa de Sofía llena la habitación y no puedo evitar sonreír. — Deja que te enseñe, chef Viktor — dice, acercándose para ayudar.

Mientras me lío con los fogones, Sofía se acerca para ayudarme y, de repente, está justo delante de mí. Estoy cerca, tan cerca que siento el calor de su cuerpo y el suave ritmo de su respiración. Alarga la mano hacia los pomos y no puedo resistir la atracción. Me acerco, mi pecho casi roza su espalda, mi respiración se mezcla con la suya.

— Así — murmura, su voz es una suave caricia en el aire que nos separa.

Me está enseñando a controlar el calor, pero lo único en lo que puedo concentrarme es en su cercanía y en el sutil aroma de su champú que invade mis sentidos.

Sus manos guían las mías, con sus dedos ligeros y seguros sobre los míos. El mundo se reduce a esto, a nosotros dos preparando un simple sándwich en una cocina demasiado grande para nosotros solos.

Sofía toma mis manos y las guía a su alrededor. Mi mano derecha se posa en su lado derecho y la izquierda en el izquierdo, como si nos abrazáramos. Ella está de frente a la encimera y yo detrás de ella, nuestros cuerpos casi tocándose.

Se concentra en preparar el bocadillo, sus manos colocan hábilmente el queso entre las rebanadas de pan. Me muestra cada paso, pero mi mente apenas puede concentrarse en la tarea. Solo puedo pensar en cómo se sentirían bajo mis manos, la curva de su cintura, la suavidad de su cabello a escasos centímetros de mi cara.

— Estás muy callado ahí detrás, Viktor — bromea Sofía, su voz me hace cosquillas en el oído como si fuese un secreto.

Me aclaro la garganta, intentando sonar despreocupado. — Solo estoy concentrado para asegurarme de que el sándwich esté bien hecho. — ¿Quién diría que el sándwich de queso podría ser tan intenso?

Se ríe, un sonido ligero y melodioso que me produce extrañas sensaciones. — Si estás tan concentrado, entonces puedes hacerlo tú mismo — dice, alejándose y dejándome a mi suerte.

Cuando se da la vuelta para mirarme, la proximidad me toma desprevenido. Está justo ahí, tan cerca que podría contar las motas de color de sus ojos verdes.

— Estás justo delante de mí — le digo, con voz grave. — ¿Cómo puedo concentrarme en el sándwich?

Su sonrisa se ensancha, y se inclina hacia mí, sus ojos brillan con picardía. — ¿El gran y malvado Viktor está distraído por culpa mía?

Intento mantener la compostura, pero su cercanía me desarma. — No, de ninguna manera — replico, aunque cada parte de mí es plenamente consciente de su presencia.

— Demuéstramelo — me reta, acercándose aún más, su aliento mezclándose con el mío.

El aire que nos separa está cargado y su desafío está ahí suspendido como un guante arrojado. Dejo de hacer lo que estamos haciendo y me concentro totalmente en ella. Mi mano derecha encuentra la encimera y me inclino hacia ella, tan cerca que puedo ver destellos dorados en sus ojos.

En ese momento, algo dentro de mí se quiebra. Mi mano encuentra su cintura y tira de ella con una urgencia que no puedo controlar. Nuestros rostros están a escasos centímetros, nuestros labios casi rozándose.

Sus ojos se clavan en los míos, abiertos y expectantes, y puedo sentir su aliento en mi piel, cálido y rápido.

Pero entonces, el agudo pitido de la estufa corta el silencio. Ambos nos quedamos paralizados y miramos hacia la fuente del sonido. El sándwich de queso. Mierda.

En un instante, nos separamos y me apresuro a salvar lo que queda de nuestra aventura culinaria.

— Maldición — murmuro mientras levanto el sándwich ennegrecido de la sartén, el olor a pan quemado llena el aire.

Sofía se echa a reír, con un sonido claro y brillante.

Se seca una lágrima y bromea. — Bueno, Viktor, tenías razón en una cosa.

Levanto una ceja, con curiosidad. — ¿Ah, sí? ¿En qué?

Sonríe, con un brillo travieso en los ojos. — Realmente puedes quemar el agua o, en este caso, el sándwich de queso.

Suelto una carcajada, sacudiendo la cabeza ante sus palabras. — Sí, sí, ríete. Nunca dije que fuera un chef.

Se apoya en la encimera y sigue sonriendo. — Mejor dedícate a los asuntos de chico rudo. Y deja la cocina a los profesionales.

Cruzo los brazos, fingiendo ofenderme. — Oye, te aseguro que soy un hombre con muchos talentos. Pero cocinar no es uno de ellos.

Su risa vuelve a llenar la habitación y es un sonido al que empiezo a acostumbrarme y del que quiero oír más. — Lo creeré cuando lo vea, Viktor.

Me encuentro abriéndome más de lo que pretendía. — Sabes, en realidad me alegro de que seas tú la madre biológica del bebé y no Kayla.

Su sonrisa es suave, sincera. — Me alegro de que pienses así. — Hay una calidez en sus ojos que me atrae, y nos acercamos, la atracción entre nosotros es innegable.

Pero justo cuando nuestros labios están a punto de encontrarse, el sonido de la puerta cerrándose resuena en toda la casa. Los dos nos quedamos paralizados, el momento se rompe.

— ¿Quién era? — pregunta ella.

— Probablemente Kayla — respondo, con un matiz de fastidio en mi voz. — Estaba recogiendo sus cosas.

Sofía se muerde el labio, con el ceño fruncido. — ¿Crees que nos ha oído?

Me encojo de hombros, intentando parecer indiferente. — Bueno, en realidad no me importa que lo haya hecho o no. — Pero en el fondo, una parte de mí desconfía.

Kayla es impredecible y nunca se sabe cómo puede reaccionar.

Capítulo 9

Sofía

Ha pasado una semana desde aquella intensa noche y, sorprendentemente, las cosas se han calmado. Me he reconciliado con casi todos los hombres de la Bratva, y hemos llegado a una especie de acuerdo. Van a pasar tiempo conmigo, al menos una vez a la semana. Porque, admitámoslo, me estaba muriendo de aburrimiento en esta lujosa pero aislada mansión.

Pero aún sigue mostrando una línea ese maldito palillo rosa. Sigo sin quedarme embarazada.

También me han dado la libertad de elegir de quién quiero el bebé. Es una decisión difícil que, sinceramente, no sé cómo tomar. Soy terrible tomando decisiones incluso en los mejores momentos, ¿y este? Definitivamente no es el mejor momento.

Todos son tan... atractivos. Guapos, altos, y a pesar de sus áreas moralmente grises, hay algo innegablemente atractivo en cada uno de ellos. Viktor con su exterior rudo y su inesperada amabilidad, Ivan con su intensidad y sus sorprendentes momentos de dulzura, Maxym con su imponente presencia y sus profundidades ocultas.

Y no se trata solo del aspecto, aunque eso bastaría para atraer a cualquier chica. Es la forma en que se comportan, el poder y la confianza que transmiten. Son peligrosos, sí, pero de una forma emocionante, no aterradora.

Me pongo a pensar cómo sería tener un hijo con cada uno de ellos. Ver qué cualidades de ellos brillarían en un hijo o una hija. Es un pensamiento extraño, pero lo tengo ahí, rondando en el fondo de mi mente.

Pero, por el momento, me centro en el aquí y ahora.

Esta noche vamos a ver la televisión. Es algo sencillo, ver una película, pero es una pequeña dosis de normalidad en mi caótica vida. Y puedo elegir la película. Genial, otra decisión.

¿Qué me pasa con todas estas decisiones que debo tomar? Soy Libra, por el amor de Dios. Las decisiones son la pesadilla de mi existencia.

De niña, cuando me preguntaban qué quería ser de grande, mis respuestas eran muy variadas. Un día, doctora; al siguiente, bailarina. Luego quizá abogada, azafata de vuelo, modelo. Todo era posible. Y ni hablemos de elegir un color favorito. Morado, verde, amarillo, azul, ¿por qué limitarse a uno solo?

Pero, sinceramente, elegir una película es un respiro bienvenido frente a la decisión más grande y abrumadora que se cierne sobre mí: elegir al padre del bebé que llevaré en mi vientre. Comparado con eso, elegir una película es pan comido.

Al ver las opciones, me doy cuenta de que es algo más que una noche de cine. Es una oportunidad de opinar, de ejercer un poco de control sobre mi situación. Y aunque es algo insignificante, me siento bien. Es un recordatorio de que no soy solo un peón en su juego; soy una persona con mis propios pensamientos, mis propias preferencias, mi propia vida.

Así que elegiré la película esta noche, y la disfrutaré. ¿Y en cuanto a la otra decisión? Bueno, eso puede esperar un día más. Por ahora, voy a centrarme en el presente, en el simple placer de una noche de cine con los hombres de la Bratva.

Tomo el bol de palomitas de la encimera, cuyo aroma a mantequilla inunda el aire, y me dirijo hacia donde ellos están sentados. Maxym, Ivan y Viktor están uno al lado del otro en el sofá, parece que se están preparando para ver una película en serio.

Ocupo mi sitio justo entre Maxym e Ivan, el mejor asiento de la casa, en mi opinión.

— Bueno. — Empiezo haciendo una pausa para que surta efecto mientras me acomodo en los cojines. — Todos se inclinan un poco, como si se estuvieran preparando para un gran anuncio. Prácticamente puedo verlos conteniendo la respiración. — Sobre la película…

El suspiro colectivo que sigue es casi cómico. No puedo evitar reírme de sus reacciones.

— ¡Oh, vamos! — Ivan se ríe, sacudiendo la cabeza. — Por un segundo nos tomaste por tontos.

— Sí, Sofía, eres una maestra de la pausa dramática — añade Maxym, con una sonrisa juguetona en la cara.

Pongo los ojos en blanco y me encojo de hombros, tratando de ocultar que estoy bastante orgullosa de mí misma. — Bueno, tenía que hacerlo interesante de alguna manera.

— Me parece justo — murmura Viktor, con la atención aparentemente fija en la pantalla.

Me inclino hacia delante para agarrar el mando a distancia y, al hacerlo, mis dedos rozan accidentalmente los de Viktor. No se inmuta, pero me mira un instante, un reconocimiento tácito. Pulso el botón de play y empieza la película.

Elegí «*El diario de Noa*». Un romance clásico, y sí, uno bastante cursi. Cuando el título aparece en la pantalla, los chicos emiten un quejido colectivo.

— Oh, vamos, ¿de verdad elegiste una película romántica? ¿Y además cursi? — se queja Ivan, levantando las manos en señal de desesperación.

— ¿Qué tiene de malo un poco de romanticismo? — me burlo, preguntándome en secreto si realmente les gustará.

Maxym resopla. — Nada, si va acompañado de algo de acción o suspenso.

Viktor sacude la cabeza, con una media sonrisa en los labios. — Veamos la maldita película.

Durante la película, echo un vistazo a los hombres de la Bratva, con expresiones que van desde la diversión al ligero interés. Es surrealista ver «*El diario de Noa*» con tres de los hombres más temidos del hampa. No se me escapa la ironía.

A los pocos minutos, Ivan se mueve incómodo. — Así que esto es lo que les gusta a las chicas, ¿eh? ¿Chicos construyendo casas para sus chicas?

Me río entre dientes. — No a todas, pero sí, a algunas les parece romántico.

Maxym, que ha estado observando la película en silencio, interviene. — Construir casas, escribir cartas, remar en botes en lagos llenos de cisnes. ¿Ése es el estándar que no cumplimos?

Viktor, siempre discreto, añade secamente. — En mi opinión, somos más del tipo de «proteger y sobrevivir». Construir casas está un poco fuera de nuestro alcance.

Me río, disfrutando de sus bromas. — Bueno, tal vez después de todo esto, podrías considerar un cambio de oficio. ¿De Bratva a constructor?

Ivan resopla. — ¿Te lo imaginas? «*De las armas a los martillos, al estilo Bratva*». Sería un reality de éxito.

Seguimos viendo y, a medida que la película alcanza sus escenas más emotivas, noto que intentan enmascarar sus reacciones. La mandíbula de Maxym se aprieta en una parte especialmente triste, el pie de Ivan empieza a golpear rápidamente, e incluso los ojos de Viktor parecen un poco más brillantes de lo habitual.

— No sabía que fueran tan sensibles — me burlo, dándole un codazo a Maxym.

Me lanza una mirada entre molesta y divertida. — No somos sensibles. Solo apreciamos el arte.

— Sí, el arte de incomodar a hombres adultos — añade Ivan, pero lo sorprendo secándose rápidamente el ojo.

A medida que avanza la película, sus comentarios disminuyen y su atención se fija más en la pantalla. Al final, cuando aparecen los créditos, se hace un gran silencio.

— Bueno —dice finalmente Viktor— eso fue... interesante.

Ivan se estira, tratando de actuar con indiferencia. — Sí, interesante. Como una lección de dos horas sobre lo que no se debe hacer.

Maxym sacude la cabeza. — Necesito un trago.

No puedo resistir el impulso de burlarme de ellos un poco más. — Oh, vamos, admítanlo, no fue tan malo.

Maxym hace una pausa, con una sonrisa en la comisura de los labios. — No fue lo peor que he visto —concede— pero no esperes que vaya a verlo de nuevo.

Ivan, que estaba recogiendo el bol de palomitas vacío, interviene. — Sí, y si alguna vez empiezo a escribirte cartas de amor todos los días durante un año, dispárame.

Viktor, parado junto a la puerta, añade. — O construir una casa con nuestras propias manos. Eso también está descartado.

Me río, disfrutando de su incomodidad. — Bien, es bueno conocer sus límites. Pero admítanlo, los ha afectado. Aunque sea un poco.

Maxym pone los ojos en blanco, pero su tono es algo ligero. — Puede que un poco. Pero si se lo cuentas a alguien, lo negaré.

Ivan sonríe, algo poco frecuente. — Sí, lo que pasa durante la noche de cine se queda en la noche de cine — y sin dejar de sonreír, añade. — La próxima vez veremos algo con persecuciones de coches y explosiones. Necesito equilibrar todo este sentimentalismo.

Estoy cómodamente acurrucada entre ellos, el calor y las risas compartidas hacen que la habitación parezca más acogedora que nunca. Es extraño cómo una película puede unir a la gente de esta manera.

La mirada de Maxym se vuelve seria de repente. — Entonces, ¿finalmente has tomado una decisión?

Levanto la vista, desconcertada. — ¿Qué decisión?

— De quién te gustaría que fuera el bebé — aclara, con tono uniforme.

Oh. Esa decisión. Hago una pausa, tomándome un momento antes de responder.

— Oh, sobre eso... estaba pensando que... de todos ustedes.

Ivan se ríe, con la incredulidad dibujada en el rostro. — ¿Qué? Solo necesitamos un bebé. No... tres.

Me apresuro a explicarle. — Lo sé. Será solo un bebé. Es solo que... realmente no quiero tener que elegir.

La voz de Viktor es firme. — Pero debes elegir.

Los miro, cada rostro muestra una reacción diferente. — ¿De verdad les importa quién de los tres sea el padre?

La respuesta de Maxym es inmediata. — No, la verdad es que no, mientras sea nuestro.

— De acuerdo, en ese caso, serán los tres — declaro, un poco más audaz de lo que me siento.

Ivan, siempre bromista, se ríe mientras da un sorbo a su bebida. — Bueno, la biología no funciona así, cariño.

Pongo los ojos en blanco, no estoy de humor para lecciones. — No me des lecciones de biología. Ya lo sé. Lo que intentaba decir es que, si me acuesto con los tres, no podrán estar seguros de quién es realmente el padre, entonces técnicamente sería hijo de todos ustedes. ¿No es así?

Hay un breve silencio mientras espero su reacción, observándolos de cerca. Casi puedo jurar que veo un atisbo de rubor en sus duros rostros.

Finalmente, Viktor rompe el silencio. — Entonces, ¿estás sugiriendo un cuarteto?

Maxym e Ivan intercambian una mirada, claramente tratando de procesar este nuevo descubrimiento. Puedo ver el deseo y la curiosidad en sus ojos, pero también el miedo a adentrarse en territorio desconocido.

— Bueno, esa es una forma de decirlo — respondo, tratando de aligerar el ambiente.

Ivan habla, con voz un poco vacilante. — Nunca hemos hecho algo así antes. No forma parte de nuestras reglas.

— Sí, lo entiendo — respondo, comprendiendo la gravedad de lo que acabo de sugerir. — ¿Pero no hemos roto ya tantas reglas? Ya hemos salido de lo tradicional.

Maxym, que ha estado escuchando en silencio, habla por fin. — Es poco convencional, por no decir otra cosa. Pero —hace una pausa, reflexionando— podría ser la solución más equitativa.

Antes de que pueda procesar las palabras de Maxym, se me revuelve el estómago. Algo no está bien. Un débil sonido, casi como un grito, corta el aire y se silencia abruptamente. Es escalofriante, y me eriza la piel.

Entonces, antes de que pueda pronunciar una palabra, se desata el infierno.

En un instante, el ambiente de calma se hace añicos, literalmente. El sonido de cristales rompiéndose violentamente llena la habitación, seguido del eco inconfundible de disparos procedentes del exterior. Es un caos, repentino y aterrador. Es un sonido tan horrible, tan real, que no se parece a nada que haya oído antes.

Las balas atraviesan las ventanas rotas, incrustando golpes de muerte en las paredes, lanzando

columnas de yeso y escombros al aire.

La reacción de Maxym es inmediata. Me empuja al suelo, cubriéndome con su cuerpo, un escudo instintivo contra el peligro. Su peso me aprisiona, una barrera protectora entre las balas y yo.

— ¡Al suelo! — les grita a los demás.

Ivan y Viktor ya están en movimiento, agachándose para ponerse a cubierto, con expresión de guerreros listos para la batalla. La habitación es un caos de ruido y movimiento, todo el mundo entra en acción, pero en lo único que puedo concentrarme es en el rápido latido del corazón de Maxym contra mi espalda y en el sonido de mi propia respiración frenética.

Mientras continúan los disparos, un pensamiento aterrador cruza mi mente: nos están atacando. Los enemigos de la Bratva nos han encontrado y no van a detenerse. De repente soy muy consciente del peligro, de la realidad del mundo en el que me encuentro.

Ivan y Viktor responden al fuego con movimientos rápidos y experimentados. El aire huele a pólvora y a miedo. Tiemblo, la comprensión de lo cerca que estoy de la muerte me recorre el cuerpo.

En medio del caos, veo caer a uno de nuestros atacantes, cuyo cuerpo se desploma sobre el suelo. Los demás se retiran arrastrando a su compañero caído, dejando un rastro de sangre y destrucción.

La voz de Maxym resuena en mi oído, firme y autoritaria. — Quédate agachada, Sofía. No te muevas. — Asiento, comprendiendo la gravedad de la situación.

Ya no soy solo una participante involuntaria en sus planes; ahora soy un objetivo en su guerra.

El sonido de los disparos se mezcla con gritos, el chirrido de los neumáticos y más cristales rotos. Es una sinfonía de violencia que nunca me hubiera gustado oír.

Allí tumbada, debajo de Maxym, me doy cuenta de lo frágil que era nuestra pequeña burbuja de seguridad.

Capítulo 10

Maxym

El caos finalmente cesa, el silencio es casi tan ensordecedor como los disparos. Pero no podemos quedarnos aquí. No cuando Sofía está en peligro. Todo su cuerpo tiembla como una hoja en medio de una tormenta, con el susto pintado en todo su rostro. Este no es su mundo, y ella nunca ha visto una mierda como esta antes.

— Sofía. ¡Sofía! — la agito suavemente por los hombros.

Intenta hablar, pero no sale ninguna palabra, solo un estremecimiento incontrolable. Sin perder un segundo, la tomo en brazos y salgo corriendo hacia la puerta trasera.

Tenemos que movernos, y rápido. La llevo a través de los jardines, con la cabeza apoyada en mi pecho. La mansión ya no es segura; es una maldita zona de guerra.

El barco está atracado en la parte trasera, es nuestra vía de escape más rápida.

— Aguanta — le digo, aunque está demasiado conmocionada para responder.

Puedo sentir su corazón acelerado contra el mío.

Malditos enemigos, siempre al acecho desde las sombras, esperando para atacar. Pero no la capturarán. Moriré antes de dejar que eso ocurra.

Acelero el motor y el barco surca el agua a toda velocidad. Sofía guarda silencio, con su cuerpo pegado al mío y su respiración agitada. Esto no es lo que ella quería, quedar atrapada en el fuego cruzado de nuestra mierda en la Bratva.

Pero ella está conmigo ahora, y la protegeré con cada maldito aliento de mi cuerpo. ¿Quieren una guerra? La tendrán.

Nos alejamos a toda velocidad, la lancha surca el agua como un cuchillo caliente la mantequilla. Sofía está a mi lado, su cuerpo sigue temblando, su silencio pesa en el aire. Está en estado de shock, la pobre.

— Sofía, oye. Mírame — le digo, con voz firme pero suave.

Tiene que espabilar, entender que estamos a salvo, al menos de momento. — Oye, estás a salvo, ¿de acuerdo? Hemos salido. Estás a salvo aquí.

Su voz es un susurro tembloroso cuando finalmente habla. — ¿Y los demás? ¿Viktor e Ivan?

¿Quién está detrás de este ataque?

Mantengo la vista en el agua, pero le aprieto la mano para tranquilizarla. — Viktor e Ivan estarán bien. No te preocupes por ellos ahora, ¿de acuerdo? — Quiero decir, esos tipos son duros de roer.

Ellos saben cómo manejarse. Pero entiendo su preocupación. Somos una maldita familia, pero una familia, al fin y al cabo.

— En cuanto a quién está detrás de esto, no lo sé. Pero te juro, Sofía, que lo averiguaré. Y cuando lo haga, se arrepentirán de haberse metido con nosotros.

Yo, Ivan y Viktor tenemos un acuerdo. Conocemos nuestros roles en este tipo de situaciones de mierda. El mío era poner a Sofía a salvo, y ellos se encargarán del resto. Y confío en ellos. Averiguarán quién está detrás de esto, y los harán pagar.

Al llegar a la orilla, el cuerpo de Sofía cede finalmente ante la abrumadora conmoción. Se inclina sobre la orilla y vomita. Es demasiado para cualquiera, especialmente para alguien que no está acostumbrado a nuestro mundo brutal.

No la culpo. Esto no es normal para ella. Esto no es algo a lo que debería haberse enfrentado.

Le sujeto el cabello, con la mano firme en su espalda. — Tranquila — le digo.

— No, no mires — murmura entre jadeos.

Suelto una pequeña risita, no porque sea gracioso, sino porque es una reacción muy humana. — Vamos, he visto cosas peores. — Esa es la verdad.

En mi trabajo, un poco de vómito no es nada. Pero lo entiendo. Está avergonzada, conmocionada y probablemente sintiendo miles de cosas diferentes en este momento. No la presiono.

— ¿Estas bien? — le pregunto, sabiendo que es una pregunta estúpida incluso mientras las palabras salen de mi boca.

Ella se muestra incrédula y alza la voz con una mezcla de miedo y frustración. — ¿Si estoy bien? Allí nos… — se interrumpe al notar que algunos transeúntes han volteado a verla, curiosos por su arrebato.

Al darse cuenta de que está atrayendo una atención no deseada, se cruza de brazos y se acerca a mí, bajando la voz a un susurro insistente. — ¿Quién demonios estaba detrás de ese tiroteo, Maxym? ¿Cómo averiguaron dónde estábamos?

Suspiro, sintiendo el peso de su miedo y frustración. — No lo sé, pero seguro que Viktor e Ivan se encargarán de ello. — Intento sonar seguro, pero la verdad es que la incertidumbre también

me corroe.

Sofía exhala bruscamente, sus ojos se clavan en los míos. — Bien, bien, pero ¿adónde vamos?

— A un lugar seguro — respondo, pero incluso mientras lo digo sé que no es suficiente.

— ¡Yo también pensaba que esa isla era segura! — replica, y su miedo se convierte en ira. — ¡Yo no consentí esto, Maxym!

— Sofía — le digo, con voz más suave, intentando transmitirle toda la tranquilidad que puedo reunir. — Lo sé. Sé que no estabas de acuerdo con esto. Pero te prometo que haré todo lo que esté en mis manos para mantenerte a salvo. Vamos a un lugar que conozco, un lugar donde nadie pensaría en buscarnos. Confía en mí, por favor.

Me mira y, por un momento, ninguno de los dos dice nada.

Luego, lentamente, asiente. — Está bien. Confío en ti.

Entonces, en un movimiento que me toma desprevenido, desliza su mano entre las mías, entrelazando nuestros dedos. Su mano es cálida contra la mía, un marcado contraste con la fría y dura realidad ante la que acabamos de enfrentarnos. Es un gesto pequeño, pero significativo, como si no solo pusiera su mano en la mía, sino también su confianza.

Le doy un suave apretón en la mano, una promesa silenciosa de que no la defraudaré.

Me palpo los bolsillos y siento una sensación desagradable al darme cuenta de que no tengo el móvil. Me lo habré dejado en casa. Mierda, eso es un problema. Sin mi teléfono, estoy incomunicado, ni siquiera puedo llamar para que me recojan.

De todos los momentos para estar sin teléfono, este tiene que ser el peor. Y para empeorar las cosas, estoy prácticamente sin un centavo. No hay manera de salir de aquí sin contactar a uno de mis hombres.

Siempre he confiado en mi teléfono, nunca me he molestado en memorizar números. ¿Por qué iba a hacerlo cuando todo está a un clic de distancia? Pero ahora, aquí parado, con la mano de Sofía entre las mías, me maldigo por no haber escuchado a Viktor e Ivan. Siempre me insistieron en que memorizara los números, por si acaso.

Resulta que tenían razón. Aunque nunca se los diría a la cara.

— ¿Tienes tu teléfono contigo? — le pregunto, esperando contra toda esperanza que esté más preparada que yo.

Comprueba sus bolsillos y una expresión de decepción cruza su rostro. — No — me responde.

— Maldición. — La palabra se me escapa antes de que pueda detenerla. — Entonces estamos

jodidos porque no he memorizado el número de nadie.

Pero entonces, ella me sorprende. — Yo he memorizado todos sus números — dice, y yo la miro con incredulidad.

— ¿Qué? ¿En serio?

Ella asiente. — Bueno, en la casa no había mucho por hacer aparte de memorizar cosas, y pensé que algún día podría necesitarlo.

Dejo escapar un suspiro que no sabía que estaba conteniendo. De todas las cosas que Sofía podría haber hecho para pasar el rato, el hecho de memorizar nuestros números podría ser nuestra salvación en este momento. No esperaba esto, ni siquiera había considerado que sería ella quien nos sacaría de un apuro en una situación así.

— Eres nuestra salvación, Sofía — le digo con toda la intención. — Busquemos un teléfono. Cualquier teléfono. Tenemos que hacer esa llamada ahora.

Nos topamos con una cabina telefónica, una reliquia en esta era moderna, y es nuestra mejor oportunidad. Pero, maldita sea, estas cosas funcionan con monedas, y yo no tengo un solo centavo encima. Mierda. No podemos usarla, y estoy seguro de que no puedo robarle el teléfono a un transeúnte.

¿O sí?

Es entonces cuando me doy cuenta de que Sofía se ha escabullido de mi lado. Me doy la vuelta y la veo a unos metros, charlando con unos desconocidos con una facilidad que me sorprende.

Capto fragmentos de su conversación, la risa en su voz. — ¿Lo puedes creer? Nos hemos dejado los teléfonos en el taxi.

Se ríe, habla, conecta con ellos de una forma tan natural, tan humana. Y me doy cuenta de lo experta que es manejando situaciones sin tener que recurrir a la fuerza ni a las amenazas. Consigue que las cosas se hagan a su manera, y funciona.

Veo cómo uno de los desconocidos le entrega su teléfono con una sonrisa amistosa y ella lo agita triunfante hacia mí. No puedo evitar admirarla en ese momento. Está completamente aislada, metida en un mundo de peligro y caos, y sin embargo lo maneja con una gracia y un encanto que yo no podría lograr.

Sofía marca el número en voz baja, mientras permanece de pie junto al desconocido. Me acerco para intentar escuchar sin llamar demasiado la atención.

— Hola, Ivan, soy Sofía, ¿lograron salir bien de ahí? — dice al teléfono.

Está actuando con calma, sin revelar demasiado delante del desconocido. Chica lista.

Ella continúa. — Sí, estamos… eh, estamos un poco varados aquí.

Luego tapa la boquilla con la mano y voltea hacia el desconocido. — ¿Dónde dijiste que estábamos? — su voz es casual, pero puedo ver la tensión en sus hombros.

— Estamos en Sea Bright, Nueva Jersey, cerca de la costa — responde el desconocido con amabilidad.

Con una sonrisa forzada que sé que es falsa, le da las gracias y vuelve al teléfono. — Estamos en Sea Bright, justo al lado de una cabina telefónica. ¿Pueden recogernos?

Mientras habla, la observo, veo el estrés y la tensión a la que está sometida. Lo está manejando bien, increíblemente bien, pero sé que esto no es fácil para ella.

Sofía termina la llamada con una genuina sonrisa de gratitud al desconocido. Ya conozco bastante bien sus expresiones, y esta sí es real.

El hombre que está a su lado por fin se da cuenta de que estoy cerca. — Siento que les haya pasado esto. Espero que recuperen sus teléfonos — dice con una mirada compasiva.

La mujer que está con él, hablando con voz muy aguda, interviene. — Él debe ser tu prometido entonces, ¿eh?

Sofía me mira, con un atisbo de pánico en los ojos, pero lo disimula rápidamente. — Eh, sí, es mi prometido — dice, siguiéndole la corriente.

No hay tiempo para largas explicaciones o charlas. Tenemos que seguir avanzando, estar atentos ante cualquier peligro potencial.

— Debemos que irnos — le digo, con voz firme.

La pareja asiente, deseándonos suerte, y nos damos la vuelta para marcharnos. Mientras nos alejamos, vuelvo a sentir la mano de Sofía en la mía.

— Mi prometida, ¿eh? — me burlo en voz baja, tratando de aligerar el ambiente.

Suelta una pequeña carcajada. — Parecía la mejor fachada en ese momento.

Le aprieto la mano para tranquilizarla. — Lo hiciste muy bien. Pronto saldremos de esta.

Capítulo 11

Sofía

Cuando Viktor e Ivan llegan en sus respectivos todoterrenos, Maxym reconoce de inmediato los coches. Yo solo lo deduzco por el aspecto elegante e imponente: el típico estilo Bratva, supongo.

La mano de Maxym envuelve la mía mientras nos acercamos a los vehículos. Me ruborizo al sentir su contacto. Sus manos son grandes y cálidas, un marcado contraste con el aire frío de la noche.

Se dirige hacia el coche de Viktor mientras a mí me guían hasta el de Ivan. Mientras me deslizo en el asiento trasero junto a Ivan, me invade una oleada de cansancio, la adrenalina de los acontecimientos de la noche finalmente está desapareciendo.

— ¿Estás bien? — pregunta Ivan, con la preocupación marcada en su rostro mientras me mira.

— Sí, sí, estoy bien. ¿Y qué hay de ustedes? — Consigo responder, intentando sonar más serena de lo que me siento.

— Estamos bien — responde con una leve inclinación de cabeza. — Aunque estábamos preocupados por ustedes dos. ¿Te hicieron daño?

— No, no, estoy bien — le aseguro, y lo digo en serio.

Físicamente, estoy ilesa, pero mental y emocionalmente, estoy algo destrozada.

Ivan exhala bruscamente, un sonido de alivio que llena el coche. — Bien. Eso es bueno.

Ivan se ve bien. Realmente bien, a pesar de los acontecimientos de la noche. Hay algo innegablemente atractivo en su aspecto rudo. Lleva la camisa desabrochada por delante, lo que deja entrever su pecho, y tiene sangre en los nudillos. Me pregunto fugazmente si se ha peleado; dada la situación, es más que probable. Y conociendo a Ivan, seguramente la otra persona se llevó la peor parte.

— ¿Lograron averiguar quién fue? Me refiero al ataque. — Pregunto, intentando mantener la voz firme.

Sacude la cabeza, con la mirada fija en la carretera. — No, todavía no.

No me mira, y yo me quedo mirando su perfil, la afilada línea de su mandíbula, la forma en que le cae el cabello. Siempre ha tenido una presencia intensa e imponente, difícil de ignorar.

Pero entonces, la paranoia vuelve a invadir mis pensamientos. — ¿Y si nos vuelven a encontrar? ¿Adónde vamos?

Ivan voltea finalmente para mirarme, sus ojos se encuentran con los míos. Hay seriedad en su mirada, pero también una firmeza tranquilizadora.

— Vamos a un piso franco. Es seguro, fuera del radar. Allí estarás a salvo, Sofía.

Su seguridad es reconfortante, pero mi miedo no se aplaca tan fácilmente. — Pero ¿cómo puedes estar tan seguro? Después de lo que sucedió esta noche.

De repente, la mano de Ivan se extiende y me toca suavemente la mejilla, y juro que el corazón me da un vuelco. Su tacto es sorprendentemente suave.

— Todo estará bien, te lo prometo. Mataré a quien se haya atrevido a hacerte daño — me dice, con voz grave e intensa.

El contacto me produce una sensación de calor y me hormiguea la piel en el lugar donde tiene sus dedos. Sus ojos se clavan en los míos, fieros y protectores, y en ese momento veo una faceta diferente de Ivan, aterradora y extrañamente reconfortante a la vez.

Noto que el calor sube a mis mejillas y que el rubor tiñe mi rostro. Es una reacción involuntaria, con la que no me siento del todo cómoda, pero que no puedo controlar. Su proximidad, la sensación de su mano sobre mi piel, es abrumadora, hace que mis sentidos se disparen.

Hay una parte de mí que quiere apartar la mirada, romper esta íntima conexión, pero no puedo. Su pulgar me acaricia suavemente la mejilla.

— Hasta que nos des un bebé, estarás bajo nuestra protección — dice, su voz es un gruñido grave que resuena en lo más profundo de mí. — Y cualquiera que se atreva a tocar; aunque sea un mechón de tu cabello, perderá esa mano.

Me inclino hacia él. — No tienes que ir tan lejos — susurro.

Pero Ivan niega con la cabeza, su pulgar acaricia mi mejilla. — Sí, tengo que hacerlo. Tenemos que hacerlo. Así es como funcionan las cosas entre nosotros. No solo vas a tener un hijo, sino una parte de nosotros. Y protegemos lo que es nuestro, ferozmente.

Su declaración, tan cruda y sin tapujos, me deja sin aliento. El peligro, la violencia que forma parte de su mundo, todo queda al descubierto en esa declaración. Y, sin embargo, hay una innegable sensación de pertenencia, de ser valorada y cuidada de una manera que nunca había experimentado antes.

Los minutos pasan en silencio y extrañamente echo de menos la calidez del tacto de Ivan, la tranquilizadora presión de su mano contra mi mejilla. Desvío la mirada hacia la ventana y

observo cómo las luces de la ciudad se desdibujan a nuestro lado.

Y es entonces cuando me doy cuenta de que un coche rojo nos está siguiendo. Al principio, pensaba que era una coincidencia, pero a medida que pasan los minutos, el coche sigue siendo una presencia constante en el espejo retrovisor. Empieza a invadirme una sensación de inquietud, de estar siendo perseguida.

— Eh, Ivan — empiezo, intentando mantener la voz firme. — ¿Te fijaste en ese coche rojo que tenemos detrás? Lleva un rato siguiéndonos.

Ivan mira por el retrovisor. — No nos está siguiendo nadie, Sofía.

— Pero lleva ahí como diez minutos.

Lanza otra mirada al retrovisor, su rostro sigue tranquilo. — Es un coche común, Sofía. Podría ser cualquiera. Y no somos tan fáciles de rastrear.

Me muerdo el labio, no del todo convencida. — No sé, Ivan. Simplemente me parece extraño.

Ivan suspira, con un deje de frustración en la voz. — Mira, entiendo que estés nerviosa después de lo que pasó esta noche, pero créeme, estamos a salvo. Sabemos cómo cubrir nuestras huellas. Y si alguien fuera tan estúpido como para seguirnos, lo lamentará.

A medida que avanzamos, el coche acaba alejándose y desapareciendo de nuestra vista. Una parte de mí se siente aliviada, pero otra no puede evitar preguntarse si fue algo más que una coincidencia. En este mundo de peligros y engaños, es difícil saber qué es real y qué es solo miedo.

A medida que el coche avanza, el ruido del motor y el ritmo de la carretera me adormecen. Me pesan los párpados, los acontecimientos de la noche empiezan a apoderarse de ellos como si fueran plomo. Antes de darme cuenta, me quedo dormida, con la cabeza en el regazo de Ivan, aunque apenas soy consciente de ello.

El tiempo se me escapa en un borrón de inconsciencia. Cuando por fin vuelvo en mí, me recibe la suave sensación de la mano de Ivan tocándome el cabello. No me muevo, no quiero romper la calma que me invade.

— Estás despierta — murmura, con voz baja y suave.

Asiento con la cabeza, sin confiar en mi voz. Hay una calidez en su tacto, un consuelo que no esperaba encontrar aquí, con él.

— Ya casi estamos en el piso franco — continúa, con sus dedos aún enredados en mi cabello.

— ¿Cuánto tiempo estuve dormida? — pregunto, con la voz todavía pesada por el sueño.

— Alrededor de una hora — responde. — Lo necesitabas.

Me incorporo lentamente, estirando los músculos agarrotados. El interior del coche está poco iluminado y el mundo exterior es un borrón oscuro. Noto que la tensión de antes se ha disipado y me invade una inesperada sensación de seguridad.

— No tenías que... — empiezo, pero me interrumpe.

— No pasa nada — me dice.

El coche se detiene ante lo que solo puedo describir como una fortaleza disfrazada de mansión. Es enorme, se alza como un gigante en medio de la nada. Al verla, me recorre un escalofrío por la espalda. ¿Es nuestro piso franco? Parece sacado de una maldita película.

Cuando salimos, me doy cuenta de que hay al menos una docena de hombres de seguridad pululando por la zona. Se mueven con un propósito, sus ojos escanean cada centímetro de los alrededores. Es como entrar en una base militar, no en una casa.

La mansión en sí es intimidante. Enorme, con muros altísimos y ventanas que reflejan el cielo nocturno. No puedo evitar preguntarme qué hay detrás de esos muros. ¿Secretos? ¿Peligro? ¿O simplemente más del fastuoso estilo de vida al que parecen estar acostumbrados estos hombres de la Bratva?

Ivan está a mi lado. Está cerca, tan cerca que puedo sentir el calor que irradia.

— No puedo creer que ustedes pasen el tiempo aquí — murmuro, con los ojos muy abiertos al contemplar la grandeza de la mansión.

Ivan me mira. — Bienvenida a nuestra humilde morada.

— ¿Humilde? Este sitio es jodidamente enorme. — No puedo evitar soltar un silbido.

Cuando entramos, me impresiona la grandeza de la mansión. Techos altos, grandes escaleras y una decoración opulenta. Es como entrar en un mundo diferente, donde el lujo y el peligro van de la mano. Mi antiguo apartamento podría caber solo en el vestíbulo.

— Como parte de nuestro mundo, tendrás algo más que una simple habitación — dice Ivan, y su voz resuena ligeramente en los vastos y ornamentados pasillos.

Se detiene ante unas grandes puertas dobles. Con una floritura, las abre, revelando lo que hay más allá.

Entro y mis ojos se abren con incredulidad. No es solo una habitación, es una suite digna de la realeza. El espacio es inmenso, con techos altos adornados con intrincados murales, y el suelo está cubierto de exuberantes alfombras. Cada mueble parece una antigüedad, la madera lustrosa,

los textiles elegantes y suntuosos.

Me acerco a las ventanas, que van casi del suelo al techo y ofrecen una vista impresionante de la extensa finca.

— ¿Todo esto es para mí? — mi voz es apenas un susurro, ahogada por la magnitud y el lujo de la habitación.

Ivan me observa con una expresión ilegible. — En nuestro mundo, no hacemos las cosas a medias. Este es tu santuario, un lugar donde puedes sentirte segura y, lo que es más importante, sentirte poderosa.

Cuando me doy la vuelta para contemplar la habitación una vez más, mis ojos vislumbran una chimenea de mármol, un piano de cola espectacular en una esquina y una lámpara de araña que esparce luz como diamantes. Es abrumador, opulento y nada que haya visto antes.

Sacudo la cabeza, aún intentando asimilar todo esto. — Y yo que pensaba que la mansión de la isla era elegante.

Llegamos a mi dormitorio, que parece sacado de una revista. Cama king-size, alfombras de felpa, una vista del bosque que es hermosa y espeluznante al mismo tiempo. Estoy asombrada.

Ivan está de pie junto a la puerta, su postura relajada pero alerta. — Aquí estarás a salvo, Sofía. Nos aseguraremos de ello.

Asiento con la cabeza, sin saber qué decir. A salvo. Esa palabra significa algo diferente ahora. En un mundo en el que las mansiones son pisos francos y las noches se ven interrumpidas por disparos, la seguridad es un lujo que tiene un alto precio.

Los demás miembros de la Bratva entran en la habitación y la presencia de ellos llena el espacio.

Los ojos de Maxym encuentran los míos de inmediato, su preocupación es evidente. — ¿Estás bien? — me pregunta, y no puedo evitar notar una suavidad en su voz reservada solo para mí.

Es lindo cuando está preocupado, aunque nunca lo diría en voz alta.

Me mira de arriba abajo, con un ligero rubor en las mejillas. — No pareces herida en ningún sitio. — Su mirada se detiene en mis caderas y me recorre un pequeño escalofrío.

Parece que le gusta lo que ve.

— Estoy bien — respondo, intentando parecer más segura de lo que me siento.

La preocupación de Maxym es conmovedora, pero también me recuerda lo real que es el peligro.

Maxym se apoya en la pared, con la mirada fija en la ventana. La mirada de Ivan es distante, sus pensamientos evidentemente preocupados. No puedo evitar sentir un nudo en el estómago,

preguntándome si su preocupación es por mí o por la delicada situación en la que nos encontramos.

— ¿Averiguaron quién estuvo detrás del ataque? — pregunto, mi voz deja entrever el miedo que intento ocultar.

Ivan voltea hacia mí, sus ojos se entrecierran ligeramente como si evaluara el peso de sus palabras. — Puede que haya sido un grupo mafioso rival. Llevamos algún tiempo en conflicto — se interrumpe su voz, y no puedo evitar notar la sutil tensión en su postura, una señal de amenazas tácitas que acechan en las sombras de nuestra conversación.

Cruzo los brazos, en un intento de protegerme de las corrientes subterráneas de peligro que parecen impregnar la habitación.

Mi mirada se desplaza de un hombre a otro, cada uno de ellos una encarnación del poder y la imprevisibilidad. — Pero los únicos que conocían nuestra ubicación eran ustedes y sus hombres — puntualizo, con una suspicacia en la voz más pronunciada de la que pretendía.

Hay un cambio palpable en el ambiente. Los hombres intercambian miradas, sus expresiones son una mezcla de cautela e inquietud. Sus movimientos nerviosos, arrastrando los pies, apretando y aflojando los puños, todo eso delata lo mucho que está en juego en nuestra conversación.

Los ojos de Ivan parpadean con una complejidad de emociones antes de detenerse en una resolución férrea. — Nuestra organización esconde muchos secretos, algunos incluso desconocidos para nosotros — dice en voz baja y firme.

Mientras se acerca a un armario, sus pasos pausados parecen reflejar la gravedad de sus palabras. — Alguien de nuestras filas debió habernos traicionado.

Aprieto los labios, mi mente trabaja horas extras. — Creo que ya sé quién podría ser.

Sus ojos se dirigen hacia mí, con una mezcla de sorpresa y expectación en sus miradas.

Ivan se endereza y su mano se detiene en su búsqueda. — ¿Ah, sí? ¿Y quién podría haber sido?

Capítulo 12

Maxym

Entrecierro los ojos, procesando la acusación de Sofía. — ¿Kayla? — El nombre se me escapa de la lengua con incredulidad.

Es la persona con menos probabilidades de traicionarnos o, al menos, eso creo.

Ivan se remueve incómodo en la cama junto a Sofía. Su rostro es una máscara de confusión que refleja mis propios sentimientos. Kayla, con su carácter aparentemente dulce, ¿implicada en algo tan traicionero? Eso es algo difícil de digerir.

La voz de Sofía corta el escepticismo como un cuchillo. — Obviamente es Kayla. Debió haberlo hecho por celos. — Su convicción es desconcertante.

La habitación queda en silencio, cada uno de nosotros asimilando la idea. — De ninguna manera — me oigo decir, las palabras se me salen automáticamente. — Kayla no haría eso. — Pero incluso mientras hablo, la duda empieza a corroerme.

Los ojos de Sofía brillan de frustración. — Sí. Sí, lo haría. Después de que la hayan despedido de esa manera. Haría cualquier cosa. Lo vi en sus ojos.

Sus palabras permanecen en el aire, cargadas de insinuaciones. La idea de que hayamos subestimado a Kayla, de que pueda albergar tanto resentimiento, empieza a arraigar.

Viktor, normalmente tan sereno, rompe el silencio. — ¿Y por qué crees que haría algo así?

— Ustedes la sustituyeron. Ella era la donante de óvulos. Y ahora, soy yo.

Viktor empieza a objetar. — Pero ella no...

Lo interrumpo, con voz firme. — Ella tiene razón. Es una posibilidad. Podría ser ella. — La idea de que Kayla pudiera actuar por rencor no es descabellada.

En nuestro mundo, el rencor puede llevar a acciones drásticas.

Los ojos de Sofía recorren la habitación, su miedo es palpable. — ¿Y si viene aquí? — susurra con voz temblorosa.

Ivan extiende las manos y le acaricia suavemente la cara. — Estarás bien —le asegura— mira toda la seguridad adicional que tenemos ahora. No vamos a correr ningún riesgo.

Sus palabras parecen calmarla un poco, pero su cuerpo sigue tenso por la preocupación.

Ivan continúa. — Es una mínima posibilidad. Pero, aunque haya sido ella, nunca ha estado aquí antes. Es poco probable que vuelva a encontrarnos.

Sofía se ruboriza y nos mira a Viktor y a mí, con una mezcla de alivio e incertidumbre en los ojos.

Murmura, casi para sí misma. — Está bien. ¿Y ahora qué?

Observo a Sofía de cerca, midiendo su reacción. — Nuestro equipo está investigando — empiezo, con voz autoritaria. — Ya tienen a uno de sus tiradores con vida, así que tenemos que darles algo de tiempo.

Levanta la vista, con la esperanza mezclada con el miedo en sus ojos. — ¿Eso significa...?

Asiento con la cabeza, mi expresión se endurece. — Que le sacarán información. — Lo digo con naturalidad, sin dejar lugar a dudas sobre lo que eso implica.

Sofía asiente en señal de comprensión, con un visible escalofrío recorriéndola. Sabe muy bien que «sacarle información» es un eufemismo de lo que sin duda será un interrogatorio brutal.

Veo cómo traga saliva, probablemente imaginando la sombría escena que se desarrollará. A pesar de su miedo, consigue serenarse al cabo de uno o dos minutos.

Ivan asiente con firmeza, una afirmación silenciosa de su disposición a hacer lo que sea necesario. La angustia de Sofía es evidente, y no puedo quedarme de brazos cruzados. Acorto la distancia entre nosotros, mis movimientos son deliberados. La tranquilizo, acariciando suavemente su mejilla.

— Nuestros hombres están tratando de obtener respuestas del tirador, ¿de acuerdo? Así que solo tienes que quedarte aquí — añade Ivan.

De repente, los brazos de Sofía me envuelven en un fuerte abrazo. Siento su cuerpo temblar, que sus emociones se desbordan. Sus ojos se llenan de lágrimas. La rodeo con los brazos y le ofrezco la seguridad que tanto necesita.

Le acaricio suavemente la nuca, haciendo todo lo posible para que se sienta mejor.

Ivan, percibiendo la pesadez del ambiente, interviene con un tono más suave, con una leve sonrisa en los labios. — Eh, no olvidemos la parte buena. Tenemos a uno de ellos. Eso es una victoria, ¿no?

Sofía se retira ligeramente, sus lágrimas dan paso a una leve sonrisa de agradecimiento. Es como si las palabras de Ivan le hubieran recordado que aún hay esperanza, que no todo está perdido en la oscuridad.

— Sí, y quién sabe, a lo mejor ese hombre canta como un pájaro. Entonces podríamos tener una cena de celebración mañana por la noche — continúa Ivan, tratando de inyectar un poco de optimismo a la situación.

Me río, a pesar de la gravedad de la situación. Ivan siempre sabe cómo aligerar el ambiente.

— Ivan tiene razón. Ya hemos estado en situaciones más difíciles. Siempre salimos victoriosos.

Sofía asiente, una chispa de resiliencia parpadea en sus ojos. — De acuerdo, intentaré ser optimista. Pero es difícil, ¿saben?

Al estar tan cerca de Sofía, noto la tensión en sus palabras incluso antes de que las pronuncie. Nuestros rostros están a escasos centímetros.

Ivan, siempre estratega, rompe el silencio con una decisión firme. — Nos quedaremos aquí un tiempo, hasta que sea cien por cien seguro abandonar la mansión. Debemos permanecer juntos.

Sofía mira alrededor de la habitación, quizás buscando una distracción de la pesada atmósfera. Sus ojos se posan en la estantería llena de libros. Intrigada, se acerca a ella y sus dedos recorren los lomos de los libros.

— Puedes elegir los libros que quieras — le digo, siguiendo su mirada hacia la estantería.

Saca un libro y arquea las cejas, sorprendida. — ¿De verdad? ¿Romance? ¿Ustedes leen libros de romance?

Ivan se ríe un poco, sacudiendo la cabeza. — No, normalmente son solo de decoración.

— Ah... — la voz de Sofía se entrecorta, con un deje de decepción en su tono.

Luego, encogiéndose ligeramente de hombros, añade. — Bueno, necesito algo para matar el tiempo aquí — y me tiende el libro.

Tumbado en la cama, no puedo evitar echar un vistazo a Sofía. Está sentada a mi lado, con un libro en las manos y está hermosa. Dios, cómo me gustaría poder tocarla ahora mismo. Está tan cerca y, sin embargo, parece estar tan lejos, metida en su pequeño mundo con ese libro. Es tan... perfecta.

Entonces, por el rabillo del ojo, veo que se muerde el labio. Su rostro se enrojece un poco y está claro que reacciona ante lo que está leyendo.

Picado por la curiosidad, me inclino hacia ella. — ¿Qué sucede? — pregunto, intentando parecer casual.

Su voz tiembla ligeramente cuando responde. — Nada.

Pero no me lo creo. Probablemente esté inmersa en algo caliente. La idea me divierte y no puedo

evitar reírme.

Las bromas se intensifican cuando Ivan arrebata el libro de las manos de Sofía. Ella se levanta para intentar recuperarlo, pero es demasiado baja y sus esfuerzos son en vano.

Ivan, con un brillo travieso en los ojos, empieza a leer en voz alta, con voz grave y burlona. — Él me amarró bien a la cama. Para asegurarse de que no pudiera escapar.

La cara de Sofía se sonroja, — No... — protesta débilmente, intentando recuperar el libro, pero sin éxito.

No puedo evitar reírme de su reacción. Es raro ver a Sofía tan tímida, tan nerviosa.

Ivan, claramente disfrutando del momento, la mira con una sonrisa pícara. — ¿Es eso lo que te gusta, princesa? — me pregunta. — ¿Estar amarrada?

Sofía tartamudea, sus palabras apenas audibles. — Yo... yo... no sé de qué estás hablando — dice a la defensiva.

Ivan sigue leyendo el texto en voz alta, con voz grave y sexy, mientras describe la escena con todo detalle. Sofía se pone roja y respira agitadamente mientras intenta contener su excitación.

— Oh, cállate, idiota — murmura, pero hay un deje de diversión en su voz. — Tal vez deberías leer novelas románticas más a menudo. Podrías aprender un par de cosas.

— Bueno, princesa, si quieres hacernos una demostración — sugiere Ivan con una sonrisa socarrona. — Siempre estamos dispuestos a aprender algo nuevo.

Ivan sonríe con maldad y le devuelve el libro. Sofía esconde rápidamente el libro, con una sonrisa tímida en la cara. El corazón me late en el pecho, dividido entre querer aliviar su incomodidad o querer traspasar los límites de esta broma juguetona.

Ivan se echa hacia atrás riendo, disfrutando claramente de la reacción que ha provocado en Sofía. — Solo te estaba tomando el pelo. Sabemos que no eres tan atrevida.

— Me tienen bien calada, ¿verdad?

Viktor, que debió haber estado escuchando nuestras bromas, no puede evitar soltar una risita. — Vamos, chicos, dejen de molestarla.

Sofía, decidida a probarse a sí misma, no se echa atrás. — Ugh. Está bien. Hagámoslo. Les demostraré que no soy tan inocente.

No puedo evitar enarcar una ceja con curiosidad. — ¿Hacer qué? — le digo, preguntándome hacia dónde va esto.

¿De verdad está...?

— Juguemos un juego — propone Sofía con una sonrisa traviesa.

Viktor, sentado en una esquina de la habitación, parece intrigado. — ¿Qué clase de juego?

— Verdad o reto — sonríe Sofía con picardía.

Ivan se inclina hacia delante, con interés. — Muy bien, juguemos. ¿Quién va primero?

Estoy de acuerdo, me pica la curiosidad. — Yo voy primero — exclamo.

Sofía asiente, decidida a seguir el juego. — De acuerdo, verdad.

Aprovecho la oportunidad para burlarme de ella, con una sonrisa maliciosa en los labios. — Dime, Sofía, ¿cuál es tu mayor perversión?

Esperaba que Sofía se sonrojara y desviara la pregunta, pero, para mi sorpresa, no se echa atrás.

Vacila un momento antes de responder. — Muy bien — dice, con las mejillas teñidas de un delicado tono rojo. — Mi mayor perversión es que me dominen.

Me acerco más, con voz baja y ronca. — ¿De verdad?

Me encantaría dominarla. Verla toda sumisa y anhelando mis caricias. Con las manos atadas y retorciéndose de placer.

Sofía me mira con una intensidad abrasadora. — Tal vez — responde, con un sensual ronroneo en la voz. — Pero solo con la persona adecuada.

Viktor e Ivan, que habían estado observando en silencio, intercambian miradas cómplices. Está claro que ellos también están atrapados por la embriagadora energía del momento.

— Tu turno, Maxym — dice Sofía, su voz es un suave desafío. — ¿Verdad o reto?

— Reto.

Se inclina más hacia mí y me susurra al oído. — Te reto a besarme.

Sin dudarlo, acorto la distancia que nos separa y beso sus labios acaloradamente. Sofía responde con entusiasmo, sus manos se dirigen hacia mi pecho, sus dedos agarran mi camisa mientras profundiza el beso.

No quiero retirarme, el contacto enciende algo en lo más profundo de mí. Sonrío durante el beso, un pequeño gesto de seguridad, antes de separarme lentamente. Mis dedos se detienen en su mejilla, trazando la línea de su mandíbula.

Antes de que pueda procesar el momento, Ivan empieza a hablar.

Le llega el turno a Ivan, que clava los ojos en Sofía con un murmullo bajo y seductor en la voz. — ¿Verdad o reto?

— Reto. — Sofía se muerde los labios.

La sonrisa de Ivan se ensancha y se inclina hacia ella, rozándole la oreja con su aliento mientras le susurra. — Te reto a que me beses.

Sin vacilar, Sofía se acerca a Ivan, sus labios se encuentran con los suyos con el mismo deseo que había mostrado conmigo.

Me quedo en un estado de incertidumbre, mirándolos. Ella es tan seductora que me cuesta pensar con claridad. Ivan, siempre apasionado, responde con más entusiasmo. La rodea con sus brazos, con un agarre firme, una clara muestra de su deseo. Están abrazados y no puedo evitar sentir algo. ¿Celos? ¿Posesión? Es difícil de precisar.

Sofía, animada por la naturaleza atrevida de nuestro juego, toma su turno.

Se da la vuelta hacia Viktor con un brillo travieso en los ojos. — ¿Verdad o reto, Viktor? — pregunta con voz sensual y burlona.

Viktor duda un momento. — No estoy seguro de que las reglas funcionen así.

Pero la insistencia de Sofía prevalece y él finalmente cede. — Está bien, verdad — dice.

Sofía sonríe, su pregunta tiene un toque de intriga. — Viktor… — empieza ella, con un tono sugerente. — ¿Has hecho alguna vez un cuarteto?

Tras una breve pausa, responde con sinceridad. — No.

La respuesta de Sofía está llena de alegre determinación.

Se inclina hacia él, con la mirada fija. — Hmm, interesante — murmura ella. — Bueno, entonces, te reto a que pruebes uno.

Viktor, claramente sorprendido por su atrevimiento, vacila un momento.

Sus cejas se fruncen y busca en sus ojos cualquier signo de vacilación. — ¿Qué? ¿Estás segura?

Sin perder un segundo, Sofía le agarra de la corbata, un gesto audaz y firme que parece tomarlo desprevenido. Ahora es ella la que toma la iniciativa, asumiendo el control de la situación de un modo tan sorprendente como cautivador.

Lo lleva hacia la cama y, con un rápido movimiento, lo derriba justo entre Ivan y yo. Viktor cae con un ruido sordo, su habitual compostura se pierde momentáneamente ante el inesperado giro de los acontecimientos.

Intercambio una mirada rápida y desconcertada con Ivan. Esta no es la Sofía que conocíamos, la que estaba atrapada en medio de nuestro peligroso mundo. Es alguien diferente, alguien que toma las riendas, que impone sus condiciones.

— Sí. Sí, estoy segura.

Capítulo 13

Sofía

Toda esta adrenalina. Esta sensación que no puedo nombrar, que me recorre, encendiendo algo salvaje e indomable dentro de mí. Me está excitando. Con una audacia que no sabía que tenía, me acerco al regazo de Viktor. Maxym e Ivan nos miran, con una mezcla de sorpresa y algo más oscuro, más primitivo.

Me inclino y beso a Viktor. Sus labios vacilan al principio, pero luego responde con una pasión que coincide con la mía.

Dios, los deseo a los tres.

Con una sonrisa traviesa, dirijo mi atención a Maxym. Me acerco a él lentamente, con movimientos deliberados y seductores. Sus ojos siguen cada uno de mis movimientos y su respiración se vuelve más agitada.

No puedo resistir la atracción hacia Maxym. Mi cuerpo rebosa de expectación cuando me siento a horcajadas sobre él, con las piernas a ambos lados de sus muslos bien desarrollados. Alarga la mano para acariciarme los pechos a través de la fina camisa, y sus manos ásperas me ponen la piel de gallina. Gimo suavemente ante su contacto y me arqueo ante sus caricias.

— Eres jodidamente hermosa — murmura contra mi cuello, y su cálido aliento me provoca escalofríos.

Viktor me besa el cuello por detrás mientras me quita la camisa. Sus manos ásperas me dan escalofríos y me hacen gemir suavemente.

Maxym desliza la otra mano hacia abajo y me acaricia el vientre antes de deslizarse entre mis piernas. Jadeo cuando me toca ahí y me arqueo instintivamente hacia su mano. Gruñe en señal de satisfacción cuando siente lo mojada que estoy.

Sus dedos rozan mi clítoris, haciéndome jadear y empujar hacia él. — Te gusta que te dominen, ¿eh? — me susurra al oído.

Juro que mi corazón está a punto de salirse del pecho. Gimo suavemente, incapaz de articular palabra mientras su mano sigue provocándome. Desliza un dedo dentro de mí, llenándome y haciéndome gemir de placer.

Maxym está debajo de mí. Moviendo su dura polla contra mi muslo, haciéndome retorcer de

deseo. Respiro agitadamente mientras sus dedos siguen explorándome, buscando los puntos más sensibles.

Los dedos de Viktor se abren paso hasta mi mano, tirando de ella hasta su erección, y apretándose contra ella. Siento su deseo por mí, el calor que desprende.

Viktor me atrae para darme un beso apasionado, su lengua explora mi boca mientras su mano se apoya en mi cuello. — Nos deseas a todos, ¿cierto? — susurra, mordisqueándome el labio inferior.

Asiento con la cabeza, incapaz de refutar la verdad de sus palabras. Quiero que todos me reclamen, que me lleven a nuevas cotas de placer.

— Dilo — exige Viktor, con voz grave y profunda.

— Los deseo a todos — susurro, sintiéndome mareada por el deseo.

La cabeza me da vueltas por las sensaciones que me invaden.

El corazón me late con fuerza, tengo la mente nublada por la vaporosa habitación y la embriagadora mezcla de excitación y miedo. Viktor, sabiendo lo que necesito, empieza a acariciarme los pezones con la boca, chupando y mordiéndolos suavemente.

Me doy la vuelta para mirar a Ivan, que está detrás de mí, mientras me muevo de un lado a otro sobre la dura polla de Maxym.

Beso a Ivan y nuestros labios se encuentran en un beso abrasador que me produce escalofríos. Su lengua se lanza a explorar mi boca.

Sus manos no dejan de explorar. Me tocan por todas partes. Y quiero más.

— Por favor — exhalo, con voz ronca.

Ivan y Maxym intercambian una mirada antes de sincronizar sus movimientos, levantándome para poder quitarme las bragas.

Mi cuerpo queda al descubierto, a la vista de todos ellos. Dios, me siento poderosa y vulnerable al mismo tiempo.

Se me corta la respiración cuando sus labios rozan mi piel sensible.

Vuelvo a apretarme contra ellos, acompañando sus suaves gemidos con los míos mientras la polla de Maxym me penetra lentamente.

Cada centímetro de él llenándome y estirándome. Se siente tan bien.

La mano de Viktor se mueve hacia mi clítoris, acariciándolo mientras sigue besándome el cuello

y chupándome los pechos.

Ivan me besa profundamente mientras se quita los pantalones. No puedo pensar con claridad, apenas puedo procesar lo que está pasando.

Sigo cabalgando a Maxym con fuerza y rapidez. Necesito que termine rápido para poder tener a los otros dentro de mí. La cama chirría con nuestros movimientos, el sonido es absorbido por la exuberante alfombra.

Maxym gime, sus caderas se mueven al compás de las mías. Sus manos me sujetan por la cintura con fuerza, como si no quisiera soltarme nunca. Gimo mientras olas de placer se abalanzan sobre mí. Mi mente se vacía de todo pensamiento excepto de las sensaciones que inundan mi cuerpo en ese momento.

Cada contacto es eléctrico, cada momento intenso.

— Dios… estás tan apretada, Sofía... Voy a... — Maxym gime.

Está muy cerca.

— Hazlo, córrete dentro de mí. — El calor se acumula en mi interior y arqueo la espalda hacia él, respondiendo a sus embestidas con la misma fuerza.

Lo siento cada vez más cerca; la tensión de sus músculos me dice que está a punto de explotar. Y entonces lo hace, su semilla caliente me llena mientras grita de éxtasis. Gimo con fuerza en respuesta, y mi propio orgasmo me invade en una oleada de pura felicidad.

Mientras recuperamos el aliento, Maxym rueda sobre su espalda, jadeando.

Es entonces cuando Ivan se pone encima de mí. Su miembro roza mi entrada. Mis paredes se estrechan cuando me penetra, llenando el espacio aún sensible dejado por Maxym.

Gime profundamente, moviendo las caderas a un ritmo lento que coincide con la mano de Viktor sobre mi clítoris. Es increíble. No puedo creer que esté haciendo esto, cogiéndome a tres hombres, pero estoy aquí, disfrutando aún más de lo que jamás hubiera imaginado.

Jadeo cuando Ivan encuentra su ritmo, sus dientes rozándome el cuello para calmar la punzada de placer que amenaza con invadirme.

Cuando Ivan acelera, los dedos de Viktor encuentran de nuevo mi clítoris y empiezan a frotarlo suavemente, enviando ondas de placer a través de mí. Grito, y mi cuerpo hormiguea de necesidad.

Ambos se mueven ahora más deprisa, nuestros cuerpos se golpean en perfecta sincronía. La cama chirría más que nunca bajo nuestros frenéticos movimientos.

— Oh, Dios — jadeo mientras me llevan al límite una vez más.

Ivan y yo nos corremos al mismo tiempo. Mis paredes se estrechan en torno a él, atrayéndolo más adentro mientras grito su nombre.

Es el turno de Viktor. Me da la vuelta y me pone a cuatro patas en posición de perrito. Me empuja la cabeza hacia abajo.

Siento sus manos en mis caderas, guiándome. — Tómame — le gruño.

Y lo hace. Lo acojo dentro de mí, sintiendo cómo se contrae una vez más mientras entra y sale de mí.

— ¡Mierda! — gime y me penetra con fuerza.

Es intenso, pero de la mejor manera posible. Se apodera de mis sentidos. Sus caderas golpean contra las mías, nuestros gemidos se mezclan en el aire.

Las manos de Viktor me sujetan el cabello con fuerza, tirando lo justo para que sienta dolor, pero también para que sea agradable al mismo tiempo.

Sus intensas embestidas hacen que me tiemblen las rodillas y que mi coño se estremezca aún más.

— Ahora eres mía — gruñe, empujando cada vez más dentro de mí.

Toma el control de la situación por completo, nuestros cuerpos se mueven en perfecta sincronía como si lo hubiéramos hecho desde siempre. Sus ásperas manos recorren libremente mi cuerpo, dejando estelas de fuego por doquier. Me golpea el trasero con tanta fuerza que me escuece, pero también me hace vibrar de placer.

Cuanto más me penetra, más fuertes son nuestros gemidos, hasta que nos fundimos en un beso apasionado y ardiente que nos deja a ambos sin aliento. La habitación gira a nuestro alrededor mientras nos perdemos en este momento de pura pasión salvaje.

Me siento tan bien que empiezo a apretarme contra él, respondiendo a sus embestidas con la misma fuerza. A medida que nos acercamos al clímax, Viktor acelera aún más el ritmo, embistiéndome con más fuerza que nunca, hasta que por fin siento su liberación en lo más profundo de mí.

Gime mi nombre mientras ambos nos desplomamos sobre la cama, respirando con dificultad. Mi corazón sigue acelerado por la intensidad de nuestra íntima conexión.

Viktor, que ha recuperado el aliento, rompe el silencio con una pregunta. — Entonces, ¿hemos terminado con el juego?

Me tomo un momento para ordenar mis pensamientos antes de responder. — Sí, supongo que sí por el momento.

Empezamos a vestirnos, y Maxym, al notar el cambio en mi comportamiento, levanta una ceja, con la mirada fija en mí. — ¿Qué sucede? — pregunta con evidente curiosidad.

Con un susurro sensual, confieso. — Pensé que cuanto antes quedara embarazada, antes acabaría esto.

Maxym se ríe, con tono burlón. — Bueno, princesa, sí que te estás tomando muy en serio el asunto.

Le respondo con una sonrisa, y mi confianza aumenta a cada momento. — Soy bastante práctica, eso es todo — bromeo.

La risita de Maxym resuena en la habitación, un sonido divertido y agradecido a la vez. — Bastante práctica, ¿eh? Me gusta eso en una mujer.

Ivan, aún poniéndose la camisa, me lanza una mirada difícil de leer. — Bueno, ha sido algo inesperado. Pero no me quejo.

Viktor, que ha estado más callado de lo habitual, finalmente habla. — Probablemente deberíamos enfocarnos en lo que sigue. Esto ha sido una distracción, pero tenemos verdaderos problemas de los que ocuparnos.

Asiento con la cabeza, sintiendo un rubor en las mejillas. — Sí, claro. El ataque, el grupo rival, hay mucho en juego.

Ivan se acerca, su presencia me reconforta. — No te preocupes. Nos encargaremos de todo. Siempre lo hacemos.

Maxym sigue mirándome, con un brillo travieso en los ojos. — Estás llena de sorpresas, Sofía.

No puedo evitar devolverle la sonrisa, siento una sensación de camaradería con estos hombres, a pesar de las extrañas circunstancias. — Bueno, aún no has visto nada.

Entonces suena el teléfono de Maxym. Su rostro tranquilo cambia de repente, ahora es como si fuera otra persona. Está todo tenso, sus ojos aguzados y concentrados. Me hace preguntarme si pudieron obtener información del tipo que atraparon.

— Tengo que irme — dice bruscamente, con voz firme. — Ustedes deberían ir a comer algo.

Intercambia una mirada con Ivan. Es extraño, como si estuvieran teniendo una conversación sin palabras. Aquí estoy, sintiéndome como una completa extraña, sin tener ni idea de lo que está pasando.

El aire está cargado de una tensión tácita. Veo a Maxym salir a grandes zancadas, con pasos rápidos y decididos. Ivan lo sigue con la mirada, un entendimiento silencioso se establece entre ellos.

Me quedo allí tumbada, con un millón de preguntas zumbando en mi cabeza. ¿Qué habrá significado esa llamada? ¿Qué están planeando? Siento un nudo de ansiedad en el estómago, que se va haciendo más fuerte a cada segundo que pasa.

Capítulo 14

Maxym

Mi puño golpea la cara del tipo por enésima vez. Hay sangre por todas partes, en su cara, en mis manos. Está hecho un desastre, le faltan dedos, una imagen que revolvería el estómago de cualquiera.

— Dime quién te ordenó hacernos daño. Hacerle daño a Sofía — gruño, mi paciencia se agota.

Está muy golpeado, apenas consciente.

Me inclino más cerca, con voz baja pero amenazante. — Esto puede ser rápido e indoloro si hablas.

El tipo mueve los labios, murmura un montón de palabras, pero su voz es tan débil que resulta casi inaudible.

Me inclino hacia él, con la frustración hirviendo en mi interior. — Vamos, dilo. Hazlo de una vez.

Luego, un susurro, débil y áspero. — Coche rojo. Mujer en un coche rojo.

¿De qué diablos está hablando? ¿Una mujer en un coche rojo? Eso no tiene sentido.

No da más explicaciones, solo se queda ahí tumbado, destrozado.

Aprieto el puño y lo golpeo de nuevo, con fuerza. — ¿Quién? ¿Quién es la mujer? — Pero en el fondo, sé que está demasiado acabado para decirme algo más.

El torturador, el que ha hecho la mayor parte del trabajo con este bastardo, espera órdenes.

Hay un tono frío y duro en mi voz cuando digo. — Deshazte de él.

El hombre en el suelo, destrozado y sangrando, lanza una débil súplica. — Por favor... — su voz es un débil susurro, apenas audible.

Pero es demasiado tarde para la piedad, demasiado tarde para segundas oportunidades. La decisión está tomada, y en este mundo, en mi mundo, este tipo de decisiones son definitivas. Sus ruegos no me harán cambiar de opinión.

En este mundo, es matar o morir, y no será lo segundo. Protegemos lo que es nuestro. Y Sofía, es nuestra.

Mientras el torturador se lleva al hombre a rastras, sus súplicas se desvanecen en un grito desesperado y ahogado, pero no siento nada. Ningún remordimiento, ninguna duda.

Un coche rojo. Las palabras me atormentan, corroen mis pensamientos. Me parece demasiado vago, demasiado intrascendente. Sigo dándole vueltas en mi mente, pero no me lleva a ninguna parte. Frustrado, saco el teléfono y llamo a Ivan.

— Ivan, el tipo mencionó un coche rojo. Eso es todo lo que dijo, maldita sea.

Hay una pausa en la línea, entonces suena la voz de Ivan, un indicio de comprensión en su tono. — Espera, Sofía mencionó un coche rojo. Dijo que nos estaba siguiendo cuando nos dirigíamos a la mansión.

Eso me golpea como una tonelada de ladrillos. ¿Cómo no me di cuenta? Pero entonces, me asalta la duda. Un coche rojo puede significar cualquier cosa. Cualquiera podría tener un coche rojo. Es demasiado común, demasiado aleatorio. ¿Podría estar realmente relacionado, o es solo una coincidencia?

Pero hay demasiado en juego para ser una coincidencia. No puedo permitirme descartar nada, por pequeño o insignificante que parezca.

Mi corazón se acelera, la ansiedad aumenta. Esto podría ser una pista, o podría no ser nada. Pero no puedo ignorarlo. Tengo que hacer un seguimiento, investigar todas las posibilidades. Porque si existe la más mínima posibilidad de que este coche rojo esté relacionado con Kayla...

Doy vueltas, con el teléfono pegado a la oreja y la cabeza dándome vueltas. — ¿Crees que es ella? ¿Kayla?

— Suena como si fuera ella.

Me detengo en seco, las piezas empiezan a encajar en un peligroso rompecabezas. — Ya sabes lo que tienes que hacer. En una hora. Me llevaré a Sofía de allí. ¿Entendido?

La respuesta de Ivan es inmediata, una simple afirmación cargada de determinación. — Mhm. Nos vemos allí.

— Estate atento a cualquier coche rojo, o actividad inusual. Cualquier cosa — le digo a Ivan, con voz tensa. — No podemos arriesgarnos a pasar esto por alto.

Termino la llamada, con la mente llena de posibilidades, de amenazas potenciales. Esto es algo más que una misión. Es algo personal. Y no descansaré hasta haber desentrañado este misterio.

Tardo más de una hora en llegar a la mansión donde está Sofía. La encuentro dormida y me detengo un momento para contemplarla. Suavemente, casi por instinto, le retiro el cabello de la cara. Parece tan tranquila.

Pero no hay tiempo para esto. Necesito ponerla a salvo.

— Sofía — susurro, dándole un empujoncito para que despierte.

Sus ojos se abren, la confusión y el miedo la invaden rápidamente. — ¿Qué está pasando? — me pregunta.

— Tenemos que sacarte de aquí — le digo, intentando mantener la voz firme.

Es difícil no fijarse en su aspecto, medio desnuda y vulnerable. Es preciosa, y necesito todo mi autocontrol para centrarme en lo importante.

— ¿Por qué? ¿Qué está pasando? — su voz está llena de urgencia.

— No hay tiempo para explicaciones. Tenemos que irnos — la insto.

Sofía se viste rápidamente, con movimientos frenéticos, impulsada por el miedo y la urgencia de mi voz. Es lo bastante lista como para no bombardearme con preguntas, consciente de la gravedad de la situación. Salimos rápidamente de la mansión. Ella se apresura a seguir mis largas zancadas. No hablamos mientras caminamos.

Llegamos al avión privado, donde ya nos esperan Ivan y Viktor.

Cuando subimos a bordo, Sofía pierde la compostura y empieza a bombardearnos con preguntas. — Vamos, tienen que decírmelo. Merezco saberlo.

Ivan, normalmente el más callado, habla con voz seria. — Tenías razón.

La confusión de Sofía es evidente. — ¿Tenía razón? ¿Sobre qué?

Viktor, siempre franco, va directo al grano. — Fue Kayla. El coche rojo siguiéndonos, todo.

Sofía pone cara de asombro e incredulidad. — ¿Cómo? ¿Qué? ¿Cómo lo descubrieron?

— El tirador al que atrapamos, habló. Mencionó a una mujer en un coche rojo — le explico, observando cómo procesa la información.

Ivan interviene, su tono es práctico. — Encontré la ubicación de Kayla hace una hora. Y tiene un coche rojo. Es probable que haya sido ella.

Sofía tiembla, visiblemente conmocionada. — ¿Qué le van a hacer?

La respuesta de Ivan es tranquila pero firme. — Nada. La castigaremos asegurándonos de que no vuelva a vernos.

— ¿Por eso nos vamos? — pregunta Sofía, con voz temblorosa.

— Sí, y… haciendo que se vaya — añade Ivan.

— ¿A dónde? — la frustración de Sofía es evidente. — ¿No pueden contármelo todo sin que

tenga que preguntar?

Respiro hondo, sabiendo que se merece toda la historia. — Kayla era una inmigrante ilegal cuando la acogimos. Era agradecida y leal. Todo lo que tuvimos que hacer fue denunciarla a las autoridades. Ahora la enviarán de vuelta a su país.

La respuesta de Sofía es contradictoria, una maraña de emociones. — Se lo merecía. Pero ¿adónde vamos ahora?

— De vuelta a la isla — dice Ivan. — Ya que ahora es seguro.

Mientras el avión despega, observo a Sofía, con la mente llena de pensamientos y preguntas. Volvemos al punto de partida, a la isla. Es un retorno a la seguridad, pero también a la incertidumbre de nuestra situación.

El vuelo es tranquilo, más rápido de lo que esperaba. Al aterrizar, noto que todos estamos más atentos a Sofía, cada uno de nosotros deseoso de ayudarla a bajar del avión. La mansión parece intacta, las ventanas arregladas, todo vuelve a estar como antes, como si nunca hubiera pasado nada.

De repente, Sofía vomita. Sucede de manera repentina, y todos nos apresuramos a ayudarla.

Me resulta extraño; los tres, Ivan, Viktor y yo, siempre hemos mantenido nuestro círculo cerrado. Sin extraños. Y ahora, aquí está Sofía, convirtiéndose tan fácilmente en parte de nuestro impenetrable mundo. Es extraño lo rápido que ha encontrado su lugar entre nosotros.

— ¿Estás bien? — le pregunto.

— Sí, es solo el avión. Me dio náuseas — consigue decir entre jadeos.

Nos reímos un poco, intentando aligerar el ambiente mientras la acompañamos hacia la mansión. Pero mientras caminamos, no puedo evitar notar las miradas nerviosas de Sofía a su alrededor. Algo no está bien. Está inquieta, sus ojos se desvían hacia los rincones y las sombras.

¿Qué está pasando por su cabeza? ¿Son solo las secuelas del vuelo o hay algo más que no nos está diciendo?

Sofía sigue temblando, sus piernas apenas pueden sostenerla. Viktor no lo duda, la levanta y la lleva en brazos hacia la mansión.

— ¡Eh, bájame! — la voz de Sofía con una mezcla de indignación fingida y frustración real.

Viktor la mira, con un brillo travieso en los ojos. — De ninguna manera — responde, con un tono burlón pero suave.

Sofía forcejea ligeramente con él, con un tono travieso pero teñido de sinceridad. — No soy una

damisela en apuros, Viktor. Tengo mis propios pies.

La risita de Viktor es grave y cálida. — Pero entonces perdería la oportunidad de ser el apuesto héroe, ¿no es así? — Sus palabras son ligeras, pero hay una suavidad en sus ojos que no estaba allí antes.

Entramos en la mansión. Sofía pone los ojos en blanco, y su resistencia anterior se desvanece en una aceptación a regañadientes.

Suelta un resoplido, a medias serio, a medias divertido. — Para que lo sepas, esto no ha terminado. Encontraré la manera de igualar el marcador.

Viktor responde con una sonrisa pícara. — Estaré esperando con impaciencia — dice, con un tono humorístico que oculta el afecto genuino de su mirada.

Cuando entran en la habitación, Viktor deja a Sofía con cuidado en un sofá de felpa, con movimientos cuidadosos y protectores. La habitación, cálida y acogedora, parece abrazarlos, en marcado contraste con la tensión del mundo exterior.

La mesa ya está puesta, la comida servida, desde platos humeantes hasta un surtido de frutas. Es como si nunca nos hubiéramos ido, la mansión está lista para recibirnos.

Sofía, ahora más firme, mira a su alrededor con una ceja levantada. — ¿Cómo consiguieron que todo estuviera terminado tan rápido? Es como si chasquearan los dedos y pum, todo está en su sitio.

Me encojo de hombros con una sonrisa en los labios. — Ventajas de ser absurdamente rico y de tener un personal bien cualificado.

Sofía pone los ojos en blanco.

— Ah, ¿entonces se trata de tirar dinero hasta que el problema desaparezca?

Ivan se une, con tono ligero. — Más o menos. Resuelve la mayoría de las cosas, excepto cuando no lo hace.

— ¿Como con Kayla? — Sofía se burla.

Viktor se ríe. — Bueno, aparentemente no se puede comprar la lealtad. Pero sí puedes comprar un equipo de limpieza eficiente y una cocina bien surtida.

Sofía se ríe y el sonido ilumina la habitación. — Supongo que cada cosa tiene su lado bueno, ¿eh? Incluso en el mundo de los jefes millonarios Bratva.

— Por supuesto — digo enarcando una ceja. — Y hablando de lados buenos, ¿qué tal si nos centramos en los platos y empezamos? Esta comida no se va a comer sola.

Sofía asiente, con una sonrisa en los labios mientras se acerca a la mesa. — No voy a discutir eso. Especialmente cuando hay comida de por medio.

Al empezar a comer, el ambiente alrededor de la mesa es relajado, la conversación fluye con facilidad.

Sofía se burla de Viktor. — ¿Así que éste es el famoso régimen Bratva? Esperaba algo más intimidante.

Viktor le guiña un ojo. — ¿Como qué? ¿Como carne de oso y vodka? Eso lo guardamos para ocasiones especiales.

Yo intervengo — Sí, como los martes.

Sofía se ríe y le brillan los ojos. — Oh, así que los martes son las noches salvajes, ¿eh? ¿Qué pasa los miércoles entonces?

Tras la pregunta de Sofía sobre los miércoles, Ivan se inclina hacia ella, bajando el tono de su voz a un tono sensual y burlón. — ¿Los miércoles? Es cuando planeamos cómo hacer que los jueves sean inolvidables — dice, con la mirada fija en Sofía y una sonrisa traviesa en los labios.

Las mejillas de Sofía se sonrojan y sus ojos se abren ligeramente ante la insinuación de Ivan.

Tartamudea un momento y luego replica con un tono juguetón. — ¿Ah, sí? Y yo que pensaba que los jueves eran para el club de lectura.

Viktor se ríe, uniéndose a la broma. — ¿Como esos libros románticos que lees?

Sofía, fingiendo ofenderse, replica. — ¡Eh, no tenía otra cosa que leer, de acuerdo!

Todos nos reímos, disfrutando del juguetón intercambio. — Claro, claro — exclama Ivan, sin creer su excusa.

Me echo hacia atrás, divertido por todo el intercambio. — No te preocupes, Sofía. Todos tenemos nuestros placeres culposos.

Cuando se acaban las risas y terminamos de comer, el ambiente cambia sutilmente. Todos somos conscientes de que esta alegría es solo un respiro temporal de los peligros de nuestro mundo.

La mirada de Sofía se vuelve de repente distante, pensativa. — Saben —comienza, su voz adquiere un tono serio— hay algo que me he estado preguntando.

Todos volteamos hacia ella, curiosos. — ¿De qué se trata? — pregunto, intrigado por el repentino cambio en su comportamiento.

Duda un momento y luego dice. — ¿Y si Kayla no actuó sola? ¿Y si hay alguien más detrás de esto, alguien a quien ni siquiera hemos considerado?

La habitación se queda en silencio. Sus palabras flotan en el aire, un nuevo peso se cierne sobre nosotros. Es una posibilidad que ninguno de nosotros había contemplado aún, pero ahora que aparece, suena demasiado real.

Viktor se inclina hacia delante, con expresión seria. — ¿Tienes a alguien en mente?

Sofía niega con la cabeza. — No, es solo un presentimiento. Pero me hace preguntarme, ¿estamos realmente a salvo aquí, o solo estamos esperando a que suceda algo peor?

Intercambiamos miradas y nos damos cuenta. Esto podría ser más grande de lo que pensábamos. Las palabras de Sofía han abierto una posibilidad que no podemos ignorar. Si hay alguien más moviendo los hilos, entonces la amenaza no ha terminado, más bien acaba de empezar.

Capítulo 15

Sofía

Han pasado unas tres semanas desde aquellos días aterradores. El recuerdo del ataque, la huida precipitada, todo parece ahora un mal sueño. Pero, afortunadamente, lo hemos logrado. La vida en la isla se ha asentado en una extraña normalidad. Los días son largos y en su mayoría tranquilos, llenos de pequeñas rutinas que mantienen mi mente alejada del peligro al que nos enfrentamos.

Cada mañana me despierto con el sonido de las olas rompiendo contra la orilla. La vista desde mi ventana es impresionante, el océano infinito que se extiende y se encuentra con el cielo en el horizonte. Paso las mañanas paseando por los jardines.

Las tardes suelen ser tranquilas. A menudo me encuentro acurrucada con un libro en la biblioteca. Sí, las odiosas novelas románticas de las que se burla Viktor, pero son mi vía de escape, una forma de perderme en un mundo alejado de la realidad de esta vida en la Bratva.

Las cenas son la parte más interesante de mi día. Es cuando nos reunimos todos: Maxym, Viktor, Ivan y yo. La conversación siempre es animada, llena de bromas y alguna que otra burla. En esos momentos es cuando veo un lado diferente de ellos, un lado más humano.

Las noches son las más duras. Es cuando llegan los recuerdos, los miedos. Me tumbo en la cama, escucho el sonido lejano del océano y no puedo evitar preguntarme por el futuro. ¿Qué pasará cuando todo esto acabe? ¿Dónde encajo yo en su mundo, o siquiera encajo?

La realidad de mi situación, llevando un bebé para hombres que apenas conozco, atrapada en el punto de mira de su peligroso mundo; a veces es abrumadora.

A medida que paso las páginas de la novela, con el previsible desarrollo de su almibarada trama, no puedo evitar reflexionar sobre mi propia vida. No se parece en nada a estas historias, llenas de grandes gestos y finales perfectos. Mi vida siempre ha consistido en sobrevivir, en sobrevivir cada día sin apegarme demasiado, sin involucrarme demasiado.

Había aprendido por las malas que el apego solo conduce al dolor. Mi familia, o lo que quedaba de ella, se distanció hace tiempo, dejando un vacío que nunca me atreví a llenar. Amigos, relaciones, eran riesgos que no podía permitirme.

La gente no siempre es amable, y no iba a darles la oportunidad de hacerme daño. Así que

construí muros, mantuve a todo el mundo a una distancia segura. Así era más fácil, menos complicado.

Pero aquí, en esta mansión, con estos hombres que el mundo califica como monstruos, encuentro una extraña paz. Son complejos, están lejos de ser los brutos sin corazón que se dice que son. Hay dulzura en su rudeza, una sinceridad oculta bajo su dura apariencia. Es confuso, incluso inquietante.

¿Su amabilidad los haría menos monstruosos? Lo dudo. Seguirían siendo quienes son, moldeados por un mundo que apenas puedo comprender. Sin embargo, en su compañía, encuentro una extraña sensación de pertenencia, una conexión que nunca esperé.

Una vida amorosa normal, como la de mis libros, puede que no esté en mis planes. Y quizá, solo quizá, hasta eso me parezca bien. Tal vez lo que necesito no es un romance de novela, sino algo real, algo imperfecto y genuino, como el vínculo que se está formando lentamente entre nosotros.

Cierro el libro, con los pensamientos a la deriva. Mi vida ha dado un giro que nunca habría podido predecir y, aunque el futuro es incierto, también está lleno de posibilidades.

Es entonces cuando me doy cuenta. Quizá sea el momento de hacerme otra prueba de embarazo. El que me hice la semana pasada dio negativo, pero me dijeron que puede resultar falso en las primeras semanas.

Ahora debería hacerme otra. No estoy segura de lo que mostrará, pero no está demás intentarlo.

Dejo el libro sobre la mesa y me dirijo al baño. Tomo la prueba de embarazo, respiro hondo y me lo hago. Luego viene la parte de la espera. Bajo la prueba y veo pasar los minutos, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho.

Dos líneas en el palito rosa. Ahí está, claro como el agua.

¡Maldita sea, estoy embarazada!

La noticia me toma de golpe. Estoy realmente embarazada.

¿Qué significa esto? ¿Para mí, para ellos? ¿Para toda esta loca situación en la que me he metido? Mi mente se acelera con un millón de preguntas, posibilidades, miedos y, ¿algo de emoción?

Veremos cómo se desarrolla todo esto. No planeo encariñarme con este bebé; eso no forma parte del trato. Pero no puedo negar el pequeño destello de algo parecido a alegría. Después de toda la incertidumbre, de toda la espera, finalmente ha sucedido.

¡Estoy embarazada!

Apenas puedo contener mi emoción mientras corro hacia la puerta, impaciente por compartir la

noticia. Pero, al abrirla de repente, choco con algo sólido. Es el pecho de Viktor.

— ¡Vaya! ¿Por qué tanta prisa? — me pregunta.

— ¿Qué? ¿Cómo entraste aquí? No oí nada — le digo, aún con la prueba a la espalda.

Ni siquiera me contesta. En lugar de eso, me aparta un mechón de cabello de la cara.

— Adivina qué, Viktor — le digo, intentando reconducir la conversación hacia la noticia.

— ¿Qué sucede?

— Adivina — le insisto, pero está claro que no se concentra en mis palabras.

Está tan cerca, su presencia es abrumadora, su aliento me calienta la cara. Es difícil pensar con claridad con él ahí, tan cerca de mí.

La respuesta de Viktor es rápida, su voz baja. — Lo adivinaré más tarde — murmura, acortando la distancia que nos separa y apretando sus labios contra los míos.

El mundo parece borrarse, su beso hace que mis pensamientos se dispersen.

Entre beso y beso, digo sin aliento. — De acuerdo.

Justo entonces, llaman a la puerta. — ¡Adelante! — grito, separándome de Viktor, que parece reacio a soltarme, su mirada sigue clavada en mí, intensa e inflexible.

Es Ivan quien entra. — Hola. ¿Interrumpo algo?

— No — respondo rápidamente, guardándome la prueba en el bolsillo. — En realidad, tengo una sorpresa para ustedes. ¿Dónde está Maxym? — Mi corazón se acelera, no solo por los besos de Viktor, sino por la expectación de compartir la noticia.

Ivan me mira con interés en los ojos. — Maxym está afuera, ocupándose de unos asuntos. ¿Cuál es la sorpresa?

Viktor, que sigue cerca, me observa.

Respiro hondo y me tranquilizo. — Denme un segundo. Reunámonos todos en la sala de estar — le sugiero.

Ivan asiente, dando un paso atrás para dejarme espacio. — De acuerdo, voy a buscar a Maxym.

Mientras Ivan se marcha en busca de Maxym, la mirada de Viktor permanece clavada en mí, intensa e interrogante. — ¿De qué sorpresa estás hablando?

— Si lo hubieras adivinado, te lo habría dicho — sonrío.

Viktor entrecierra ligeramente los ojos, pero no insiste. En lugar de eso, me ofrece su brazo, un gesto silencioso de apoyo. Lo tomo y juntos nos dirigimos a la sala de estar.

Finalmente, Ivan regresa con Maxym, que parece curioso; aunque ligeramente receloso. — ¿Qué sucede? — pregunta Maxym, sus ojos recorren la habitación, posándose en mí en último lugar.

Respiro hondo, sintiendo sus miradas expectantes. — Tengo noticias — empiezo, con voz firme a pesar de las mariposas en el estómago. — Hoy me hice una prueba de embarazo.

Hay un momento de silencio mientras mis palabras calan hondo.

Saco la prueba del bolsillo y se los muestro.

— Estoy embarazada — anuncio, observando atentamente sus reacciones.

La expresión de Maxym pasa de la confusión a la sorpresa, y luego a algo que parece una mezcla de preocupación y, ¿felicidad? Los ojos de Viktor se abren de par en par y una sonrisa se dibuja lentamente en sus labios, mientras Ivan suelta un pequeño silbido.

Maxym es el primero en romper el silencio. — ¿Estás... estás segura?

— Sí, estoy segura — respondo, sosteniendo la prueba un poco más arriba.

Viktor se adelanta. — Es una gran noticia, Sofía. ¿Cómo te sientes al respecto?

Hago una pausa, considerando su pregunta. — ¿La verdad? Es mucho para asimilar, pero me siento bien. Era parte del trato, ¿no?

Ivan, apoyado en la puerta, añade. — Ahora es más que un trato. Esto lo cambia todo.

Maxym asiente. — Así es. Y vamos a asegurarnos de que estén bien cuidados. Tú y el bebé.

La ansiedad se arremolina en mi interior, una tormenta incesante de dudas y miedo. Esta no es una familia normal, una vida normal. Nada de esto es normal.

Llevo un bebé de tres hombres, un heredero para su imperio. De algún modo hemos normalizado esta situación surrealista, pero en el fondo sé que no dudarían en silenciar a cualquiera que cuestionara este acuerdo tan poco convencional.

¿Y después de nueve meses? ¿Qué pasará entonces? ¿Me dejarán de lado? El acuerdo era claro: no viviría con ellos cuando naciera el bebé. Pero mientras veo la alegría en sus rostros, celebrando la noticia con sus bebidas, no puedo evitar preguntarme por mi propio futuro.

Estoy trayendo una nueva vida a un mundo plagado de peligros, en manos de hombres poderosos e impredecibles. ¿He tomado la decisión correcta? ¿Y si se enteran de mi pasado, de mi verdadero yo, de las partes que he ocultado cautelosamente? ¿Me aceptarán, me apoyarán?

Las risas y el tintineo de las copas a mi alrededor se sienten lejanos mientras estos pensamientos me consumen. La realidad de mi situación pesa sobre mis hombros. Ahora formo parte de su mundo, pero ¿por cuánto tiempo? ¿Llegaré a pertenecer de verdad o siempre seré una extraña?

¿Simplemente un medio para un fin?

¿Cómo será mi vida dentro de nueve meses? ¿Seré solo una nota al pie de página en su historia, o me haré un hueco en esta familia atípica? Solo el tiempo lo dirá. Por ahora, disfrutaré del sonido de sus risas.

A fin de cuentas, no todos los días se puede llevar un bebé para los hombres más poderosos de la mafia.

Capítulo 16

Maxym

Sentado en uno de nuestros casinos, tomo mi bebida de un sorbo, ignorando a las chicas risueñas de la esquina que me lanzan miradas. Es como si formaran parte del mobiliario; mi mente está en otra parte, en Sofía.

El poliamor nunca estuvo en mis planes, o eso creía. Se suponía que Sofía era solo una madre sustituta, un medio para un fin. Pero ahora, se ha metido en lo más profundo de nuestras vidas, volviéndose insustituible, indispensable. Y es algo inquietante.

Maldición, odio lo vulnerable que me hace sentir. Es como si me hubiera despojado de mis defensas, dejando al descubierto partes de mí que nunca quise que salieran a la luz. Me dan ganas de castigarla por ello, por hacer que me enfrente a estas emociones desconocidas.

Cuando miro por la ventana, el cielo es un lienzo de nubes oscuras y melancólicas que reflejan la confusión que siento en mi interior. Me hace volver atrás, a los días en que todo era más sencillo, cuando los sentimientos constituían responsabilidades que no podía permitirme.

Crecí en un mundo en el que la debilidad es sinónimo de muerte.

Mi padre, un hombre severo e inflexible, me lo inculcó. — Los sentimientos son para los débiles — me decía. — En nuestro mundo, o usas o te usan.

Mierda. Toda esta situación, es un lío que hemos creado nosotros mismos. Necesitábamos un heredero, asegurar el futuro de nuestra organización, asegurar que nuestro legado continue. Pero ahora, con Sofía en escena, se ha vuelto mucho más complicado.

Sofía. Es una anomalía en nuestro mundo cuidadosamente estructurado. Pertenece a una realidad totalmente diferente, su calidez y su naturaleza genuina rompen las defensas que hemos construido durante toda nuestra vida. Me pregunto constantemente por sus orígenes. ¿Fue casualidad que llegara a nuestras vidas? ¿Una madre sustituta y nada más?

Y Dios, es hermosa. Es exasperante la frecuencia con que ese pensamiento cruza mi mente.

La elegimos porque era maravillosa, por supuesto, pero también porque no tenía pasado. Era una pizarra en blanco. ¿Pero es eso posible? Cuando investigamos sobre su pasado, solo encontramos detalles básicos: sin ataduras, sin complicaciones. Parecía demasiado bueno para ser verdad. ¿Alguien sin pasado? ¿Puede alguien vivir sin dejar rastro?

Nunca hemos hablado de su pasado. Tal vez es hora de que lo hagamos. Tal vez sea hora de que descubra exactamente quién es Sofía, más allá de la superficie, más allá del papel que ha estado desempeñando en nuestras vidas. Porque por mucho que odie admitirlo, ya no es solo una madre sustituta para mí. Se ha convertido en algo más. Y darme cuenta de ello es tan aterrador como intrigante.

Sofía lleva un mes encerrada en esta casa, y me doy cuenta de que está algo inquieta, mencionando constantemente lo aburrida que está. Me devano los sesos intentando pensar en algún sitio a dónde llevarla, pero mierda, mis lugares habituales no son sitios para alguien como ella.

Los lugares que frecuento están muy lejos de lo que la gente normal consideraría «lugares de ocio».

Los bares que suelo frecuentar están llenos del tipo de gente que lleva cuchillos y pistolas en lugar de carteras, donde una mirada equivocada puede hacer que acabes más que expulsado. También están las salas de juegos clandestinas, llenas de humo, donde la fortuna cambia de manos jugando a las cartas. Son lugares regidos por el poder y el miedo, no precisamente ideales para una noche de diversión.

Y ahora quiere tener una maldita cita. Una cita, la palabra se siente extraña, casi risible en mi mundo. Yo no tengo citas. Mi vida se ha basado básicamente en transacciones, tratos y juegos de poder, no en cenas románticas y paseos a la luz de la luna.

La idea de salir con Sofía, de intentar actuar como un tipo normal en una cita, es absurdo. ¿Cómo sería eso? ¿Una cena en un restaurante de lujo donde una de cada dos personas probablemente sea alguien con quien me he cruzado en circunstancias no tan agradables? ¿Un paseo por la ciudad en el que cada esquina guarda un recuerdo de violencia o traición?

En el despiadado mundo de nuestra profesión, el romance es un juego peligroso, una grieta en la armadura. Las emociones pueden volverse letales, y los apegos son armas en manos de los enemigos. Sin embargo, aquí estoy, contemplando tener una cita, impulsado no por el deseo sino por su inquietud, por su necesidad de normalidad.

Por la madre de nuestro hijo, me digo. Por eso estoy haciendo esto. Si una cita es lo que ella anhela, que así sea. Aunque no será solo conmigo. Ivan y Viktor también tendrán su oportunidad. Ella busca momentos individuales con cada uno de nosotros, una separación de mundos dentro de nuestra enmarañada red.

Termino mi bebida y saboreo su sabor familiar, un ancla fugaz en la tormenta de mis pensamientos. Salgo a la noche y hago un gesto a mis hombres para que tomen otro coche.

Necesito estar solo, necesito espacio para desenredar la maraña de pensamientos que enredan mi mente.

Subo al coche y enciendo el motor, cuyo rugido atraviesa la noche como un contrapunto auditivo en contraste con el inquietante silencio de mis pensamientos. La ciudad pasa borrosa, pero mi atención se mantiene firme, fija en un punto concreto. Sofía. La expectativa de verla, la inquietante perspectiva de esta cita se siente como una desviación de mi propia esencia.

Pero aquí estoy, haciéndolo de igual forma.

El trayecto hasta la orilla es rápido. Cuando por fin llego, ahí está ella.

Al subir al yate, veo a Sofía con ese vestido. Es como un maldito canto de sirena. Bajo el resplandor de la luna, sus mejillas se tiñen de un tono rosado que ni siquiera la penumbra puede ocultar, y sus pecas juegan tímidamente al escondite. Me quedo boquiabierto y me muerdo el labio, intentando mantener la compostura.

— ¿Es demasiado corto? — me pregunta, con un brillo de incertidumbre en los ojos, casi como si me desafiara a discrepar.

No puedo evitar que mi mirada se detenga en cada centímetro. — ¿Demasiado corto? Pequeña, puedes ponerte lo que quieras. Sé cómo pelear. — Digo en voz baja, con un deseo que no me molesto en ocultar.

— Si no te conociera, juraría que estás emocionado por la cita.

Me acerco, mis labios a escasos centímetros de los suyos, la tensión entre nosotros lo suficientemente intensa como para cortarla. — Sueñas mucho, ¿verdad, Sofía? — Me río entre dientes.

Me alejo para arrancar el yate. El motor se pone a rugir. Al alejarnos de la costa, la fresca brisa marina se mezcla con el calor que irradia ella. Es un juego peligroso, su inocencia choca con mi oscuridad. Pero esta noche no me importa. Esta noche se trata solo de este momento, de esta conexión casi irreal entre un jefe Bratva y una mujer que ha vuelto su mundo del revés.

La miro, su cabello baila al viento, su risa resuena en mis oídos. Por primera vez en mucho tiempo, me permito un momento de puro placer.

El yate atraviesa el agua y la orilla se acerca rápidamente. Mantengo la mirada fija en Sofía, recordando la última vez que estuvo aquí, cómo el miedo se aferraba a ella como una segunda piel.

— No tienes nada que temer cuando estoy a tu lado, Sofía — le aseguro en voz baja.

Tiro de ella y siento su cuerpo contra el mío.

Incluso con ese vestido tan corto, consigue parecer inocente y seductora al mismo tiempo. Dios, quiero tocarla por todas partes. La deseo tanto. Su tacto, su olor, cada una de sus respiraciones. Y esta noche, ella es mía y solo mía.

Cuando llegamos a la orilla, mis hombres están esperando, pero los ojos de Sofía están clavados en mí, como si yo fuera lo único que existe en su mundo ahora mismo. Hay algo en su mirada. Es algo más que atracción; es confianza, algo que no estoy acostumbrado a que me den libremente.

Se adelanta hasta el coche y se sienta en el asiento delantero con una facilidad que demuestra lo familiarizada que está con esta parte de mi vida. El coche es un reflejo de mi personalidad: elegante, poderoso y con el que no se puede jugar.

Mientras nos alejamos, Sofía mira a su alrededor, con sus instintos todavía agudos.

De repente, se pone tensa. — Ese coche, nos ha estado siguiendo.

No puedo evitar reírme. — Esos son mis hombres, princesa. Pero, escucha, buen trabajo. — Estoy impresionado; es observadora, un rasgo valioso en mi mundo.

Sofía responde con una sonrisa traviesa. — Estoy aprendiendo de los mejores, ¿no? La próxima vez te cobraré por mis servicios de seguridad.

El restaurante al que nos dirigimos me tiene en alta estima, reconoce mi presencia. Es un establecimiento de lujo donde la influencia reina sobre la riqueza. Pero esta noche, no se trata de control o de miedo. Se trata de ofrecerle a Sofía algo único, algo que realmente ella se merece.

Me paso todo el trayecto intentando no mirarla. Mierda, es difícil. Está ahí, parece una fantasía. Me recuerda a los días previos a todo esto, antes de haberme convertido en quien soy. Hubo un tiempo en el que pensaba en cosas simples, como citas y romance. Pero la vida, mi vida, tenía otros planes. El camino que he recorrido no tenía lugar para la suavidad o para el amor. Era de supervivencia, de poder. Y, sin embargo, aquí estoy, yendo en contra de todo lo que he aprendido.

Llegamos al restaurante, y sus tacones chasquean contra el mármol al entrar. El local está vacío, completamente reservado para nosotros dos.

— ¿Esto es normal? ¿Dónde está todo el mundo? — pregunta Sofía, con un tono de sorpresa en la voz.

— Reservé todo el lugar. Seremos solo nosotros esta noche. No quiero interrupciones — respondo con indiferencia.

Ha costado una fortuna, pero no me importa. Me doy cuenta de que está impresionada, incluso

un poco abrumada.

— Siéntate a mi lado — le ordeno de repente, agarrándola del brazo con la suavidad suficiente para no hacerle daño, pero con la firmeza necesaria para demostrarle quién manda.

Jadea un poco, pero no se resiste y gira para mirarme.

— En tus sueños — replica con descaro, soltándome el brazo de un tirón.

Me río. Un sonido bajo y gutural que hace que el personal voltee la cabeza hacia nosotros. Pero saben que no deben quedarse.

A pesar de su bravuconería, los ojos de Sofía recorren nerviosos la habitación, como un conejo entre lobos. Un depredador como yo puede oler el miedo a kilómetros de distancia; es excitante.

Me inclino hacia ella, mi voz baja un tono y pronuncio cada palabra deliberadamente. — Cariño, ya deberías saberlo. Mis sueños tienen la mala costumbre de hacerse realidad.

Parpadea un momento antes de poner los ojos en blanco. Maldición, si esa actitud desafiante no la hace aún más atractiva.

— Eres un cliché, ¿sabías? — bromea, con una sonrisa en la comisura de los labios.

Es traviesa pero reservada, una mezcla de miedo y curiosidad.

Me río, recostándome en el asiento de felpa. — Cliché o no, a mí me funciona.

Se cruza de brazos y mira nerviosa a su alrededor. — ¿Y ahora qué? ¿Vamos a quedarnos aquí sentados mirándonos toda la noche? — desafía, con una mezcla de desafío y súplica en la voz.

Me encojo de hombros, con una sonrisa socarrona en los labios. — Si eso es lo que quieres.

Suelta un pequeño suspiro y pone los ojos en blanco. — Bien, pero no digas que no te lo advertí.

Una sonrisa de satisfacción se dibuja en la comisura de mis labios cuando las desafiantes palabras de Sofía resuenan en mis oídos. — Cariño, no tienes ni idea de a lo que te has apuntado — respondo.

La forma en que levanta una ceja hace que me hierva la sangre. Maldición, es una fiera y no puedo evitar querer domarla.

— Pues que venga la sorpresa — replica, echándose hacia atrás en la silla para disimular su curiosidad, pero puedo ver la expectación en sus ojos.

— No te preocupes, cariño. Tus deseos son órdenes — respondo, indicando al camarero con un movimiento de muñeca.

Esta noche nos han preparado un menú de seis platos. Cada plato está pensado para

impresionarla, para hacer bailar de placer sus papilas gustativas. El mismo placer que planeo darle esta noche.

Entonces llega el camarero. Una cara nueva. No me gustan las caras nuevas, no en los sitios que frecuento. Es joven, demasiado ansioso, y sus ojos se detienen demasiado en el escote de Sofía. Mi mirada se fija en la suya, una advertencia silenciosa. Un movimiento en falso más, una mirada persistente más y será la última.

Dejo que mi mirada se pierda en la silueta de Sofía y mi mirada se oscurece al ver cómo su vestido se ciñe a cada curva. Se me pone dura de solo verla retorcerse bajo mi mirada; el leve rubor de sus mejillas delata su inquietud, pero también una pizca de excitación. Es un maldito encanto y cada centímetro de ella grita que es mía.

Ignorando el escozor en mis pantalones, llamo al camarero. Geno, dice su identificación. Un pendejo obsequioso, que parece que preferiría estar en cualquier otro sitio, se acerca a nosotros. No puedo culparlo; ha visto de primera mano lo que pasa cuando alguien se cruza en mi camino.

— Sus bebidas — balbucea Geno, poniendo nerviosamente dos vasos de cristal delante de nosotros.

El líquido ámbar brilla en la penumbra: es mi vodka ruso favorito.

— Nada de alcohol para la señorita — digo con firmeza, desviando la mirada hacia Sofía.

No quiero tomar decisiones por ella, pero tengo que velar por ella y por el bebé.

Me ha estado observando, con una mirada intensa. — ¿Tienes limonada? — pregunta ella, dirigiéndose a Geno.

La reacción de Geno es una mezcla de incredulidad y desdén mal disimulado. — ¿Una limonada? — repite con tono condescendiente.

Siento que mi paciencia se agota. Su actitud me agota; me cuesta muchísimo no reaccionar. Mis manos se aprietan involuntariamente, un testimonio silencioso de la ira controlada que bulle en mi interior.

La sonrisa de Geno empieza a vacilar, encogiéndose bajo mi intensa mirada. — Ya oíste lo que pidió — le digo, con voz baja y firme, pero con un tono inconfundible. — Tráele una limonada. Ahora mismo. — Mi orden es definitiva y no deja lugar a más insolencias.

Asiente, con la arrogancia finalmente borrada de su rostro, y se da la vuelta para cumplir la orden. Lo miro marcharse, sintiendo la caricia tranquilizadora de Sofía en mi brazo. Su presencia, tan suave y tranquilizadora, contrasta con la tormenta de emociones que me invade.

Entonces me doy cuenta de lo apretados que tengo los puños, con los nudillos blancos. Es el

tacto de Sofía el que rompe la tensión. Sus suaves manos, tan suaves contra mi piel callosa, me transmiten una inmediata sensación de calma.

Miro a Sofía, sus labios se separan ligeramente mientras Geno se dirige por su limonada. Verla tan vulnerable bajo mi mirada despierta algo primitivo en mí. No puedo evitar fantasear con arrancarle el vestido y poseerla de la forma más carnal posible.

— Mierda — murmuro en voz baja, con la polla palpitando solo de pensarlo.

Ella parpadea, con la confusión reflejada en su rostro. — ¿Qué?

— Nada de lo que debas preocuparte, cariño — le aseguro sonriendo.

Mis ojos recorren su cuerpo una vez más. Es jodidamente hermosa y toda mía.

— Disfrute de su... limonada — le dice el camarero idiota a Sofía, enfatizando la palabra burlonamente.

Me hierve la sangre ante su falta de respeto. Por un momento, me imagino rompiéndole el maldito cuello. Aprieto el vaso con fuerza y los nudillos se me ponen blancos.

Da un paso atrás e instintivamente levanta las manos en señal de defensa. Eso no hace nada para calmar la rabia que bulle en mi interior. Me prometí que nadie le faltaría al respeto.

Ella percibe la tensión y posa suavemente su mano sobre la mía. Su tacto enfría instantáneamente mi furia y me devuelve a la realidad.

— Gracias — le dice suavemente a Geno antes de voltear hacia mí con una suave sonrisa que hace que me palpite el corazón.

Ella es mi maldita dueña.

Una vez que Geno se va, vuelvo mi atención hacia Sofía. — Tengo que ir al baño. Ahora vuelvo.

Me levanto de la mesa y le dirijo una mirada penetrante a Sofía, que se detiene en sus mejillas sonrojadas, antes de girar hacia el baño. La tenue luz del establecimiento no le hace justicia; en mi oscuro mundo luce más radiante que cualquier estrella.

El baño está limpio y pulido. No esperaba menos. El espejo refleja mis ojos azules devolviéndome la mirada. Me inclino sobre el lavabo, y me echo agua fría en la cara, intentando eliminar el deseo primitivo que me recorre.

Cuando vuelvo, veo a Geno demasiado cerca de Sofía para mi gusto. Me escondo detrás de un enorme arreglo floral.

Entonces lo oigo, su voz sucia y sugerente. — ¿Cuánto por una hora? — se me hiela la sangre en las venas.

Este hijo de puta. ¿Tiene idea de con quién está hablando? ¿De quién es ella para mí?

Acaba de firmar su propio destino de mierda. Una sombra oscura se cierne sobre mi mente mientras salgo de detrás del arreglo floral, mis largas zancadas me llevan hasta su mesa más rápido de lo que creía posible.

— No está a la venta — gruño, justo detrás de Geno, con la voz peligrosamente baja.

El cabrón se pone rígido al oír mis palabras y el veneno que encierra cada sílaba. Con un movimiento rápido, lo agarro por detrás del cuello y lo alejo de Sofía. La sorpresa es evidente en sus grandes ojos cuando se da la vuelta para mirarme.

Aprieto la mandíbula y lo miro, con la mirada cargada de odio. — Discúlpate — le ordeno con frialdad.

De ninguna maldita manera voy a dejarlo pasar.

Tartamudea una disculpa, el miedo irradiando de él como el calor de una llama. Aprieto con fuerza su cuello para asegurarme de que el mensaje haya quedado claro. Sofía es mía y faltarle al respeto significa desafiarme.

Entonces suelto a Geno y lo empujo lejos de nuestra mesa. Se tambalea hacia atrás, con la cara pálida, y sale corriendo sin mirar atrás.

— Maldito imbécil — gruño en voz baja.

— ¿Estás bien? — me pregunta en voz baja, y maldita sea si esa amable preocupación no me produce un escalofrío.

— Sí — le aseguro apretando los dientes mientras vuelvo a sentarme frente a ella.

Su presencia, su olor, el simple hecho de que esté aquí conmigo, todo ello apacigua mi agitado corazón. No tiene ni idea de lo importante que es para mí.

Le tiendo la mano y le paso el pulgar por los nudillos. — Ignora a ese bastardo — le digo con voz firme.

Pero no es solo para ella, también es una promesa para mí mismo. Porque cualquiera que se atreva a tocar lo que es mío descubrirá exactamente la clase de monstruo que puedo llegar a ser.

Hago un leve gesto con la cabeza a mis hombres, que comprenden al instante. Agarran a Geno y se lo llevan a rastras para infligirle el castigo que se ha ganado.

Mientras Sofía y yo volvemos a sentarnos, intentando recuperar algo de normalidad, los gritos continúan de fondo. Es un sonido al que estoy acostumbrado, pero miro a Sofía, preguntándome cómo se estará tomando todo esto.

El dueño del restaurante, un amigo íntimo y un aliado, se acercarse apresuradamente, con el rostro marcado por la preocupación y la vergüenza. — Señor, lamento profundamente su comportamiento. Es totalmente inaceptable — balbucea, claramente preocupado por mi reacción.

Le hago un gesto con la mano, manteniendo la calma. — Ya está solucionado. Solo asegúrate de que no vuelva a suceder.

El dueño asiente enérgicamente, prometiendo enmendarlo, antes de retirarse para que tengamos espacio. Volteo hacia Sofía, cuyo rostro aún muestra rastros de conmoción.

— ¿Era realmente necesario? — me pregunta.

— Nadie puede faltarte al respeto de esa manera, y menos en mi presencia — respondo, con un tono sombrío e inquebrantable.

En mi mundo, el respeto lo es todo, y el miedo es una moneda más valiosa que el oro.

La sola idea de que alguien más que nosotros le ponga los ojos encima, y que le falte al respeto, me hace hervir la sangre.

Echo un vistazo alrededor del restaurante, asegurándome de que nadie más se atreva siquiera a mirar en su dirección. — Estás conmigo, Sofía. Eso significa que estás bajo mi protección, siempre.

Me mira, sus ojos buscan los míos y, por un momento, me pregunto qué ve. ¿Al asesino, al jefe de la Bratva, al hombre que mataría sin dudarlo para mantenerla a salvo? ¿O algo más, algo más profundo que ha conseguido descubrir en mí?

Extiendo la mano por encima de la mesa y rodeo la suya. Su piel es suave contra mis dedos ásperos y callosos. Quiero tocarla por todas partes, abrazarla de todas las formas imaginables.

— No tienes nada que temer cuando estás conmigo — le aseguro, con una mirada intensa.

Asiente con la cabeza, con una sonrisa en los labios. — Empiezo a darme cuenta.

Mientras disfrutamos de nuestra comida, un viaje culinario de seis platos, no puedo evitar echarle un vistazo a Sofía al otro lado de la mesa. Cada plato es una obra maestra, pero ella es lo más cautivador de la sala.

— Nunca había probado algo así — me dice.

— Solo lo mejor para ti — respondo, observando su reacción.

Su aprecio por las cosas buenas de la vida solo hace que me resulte más atractiva.

Quiero saber más sobre ella. Quiero saberlo todo sobre ella.

— Dime, Sofía — me inclino, mi voz baja a un susurro ronco. — ¿Con qué sueñas por las noches?

Se muerde el labio, con una pizca de picardía en los ojos. — Te gustaría saberlo.

Me río entre dientes, con un sonido oscuro y prometedor. — Oh, tengo mis suposiciones. Pero prefiero que me lo digas tú.

Sus mejillas se sonrojan y, por un momento, aparta la mirada, que vuelve a posarse en la mía con una audacia que me toma desprevenido. — Quizá sueño con cierto jefe Bratva que no es tan duro como parece.

— ¿Y cuál de nosotros sería?

— Tú. Ivan. Viktor. ¿Realmente importa?

Sus palabras me sacuden. Claro que estamos en un acuerdo de poligamia, pero una parte de mí, una gran parte, quiere que me elija a mí, que me prefiera por encima de los demás. Pero si no lo hace, tengo que aceptarlo. Es el trato que hicimos, después de todo.

— Supongo que no — respondo, con voz firme a pesar de la agitación interior. — Mientras sea uno de nosotros el que te dé calor por las noches.

Se ríe, un sonido que cada vez me resulta más adictivo. — Entonces, supongo que tengo suerte, teniendo a tres de los hombres más peligrosos de la ciudad compitiendo por mi atención.

— Peligrosos, sí. Pero tenemos nuestros encantos.

— ¿Y tú? — se atreve a preguntar, su voz apenas un susurro. — ¿Qué sueñas por las noches?

No puedo reprimir mi risita oscura; que retumba en mi pecho como una advertencia. Que tenga la osadía de preguntarme es descarado y provoca algo primario en mí.

— ¿Mis sueños, Sofía? — mis labios se curvan en una sonrisa perversa. — No son tan puros como los tuyos.

Ella entrecierra los ojos juguetonamente, sus labios se separan un poco. — ¿Quién dijo que mis sueños son puros?

Eso me hace soltar una sonora carcajada antes de que pueda contenerme. El sonido resuena en la habitación iluminada por las velas y hace que las cabezas volteen hacia nosotros.

— Tengo curiosidad, Sofía — murmuro, mientras mis dedos recorren el dorso de su mano. — ¿Sueñas con los jefes Bratva? ¿O es más...?

Se sonroja y mira su plato. — ¿Quién sabe?

— Pequeña engreída — me burlo. — Pero no respondiste a mi pregunta.

— Y tú no respondiste a la mía — replica.

Dios, cómo me gustaría poseerla ahora mismo.

— Bien — ronroneo, apoyando la mano en su muslo bajo el mantel.

Su respiración se entrecorta y me complace su reacción, el poder que tengo sobre esta mujer. — Puede que estos sueños míos giren en torno a cierta mujer que ha captado mi interés.

Sus ojos se oscurecen ante la insinuación y una sonrisa se dibuja en sus labios. — ¿Estos sueños son, digamos, sucios?

— Cariño — me acerco más a su oído, mi voz baja un tono al sentir el calor que irradia su piel. — Son más sucios de lo que puedas imaginar.

— Cuéntame.

Me río suavemente, disfrutando de este juego del gato y el ratón.

— Ten paciencia. — Mis dedos se hunden más en su suave muslo mientras las campanas de alarma resuenan en el fondo de mi mente.

Me está afectando más que nadie.

— Todo lo bueno se hace esperar.

— ¿Y eso te incluye a ti?

— Maldita sea, Sofía. — Maldigo en voz baja antes de beberme el resto de mi vodka.

Su risa resuena, vibrante y llena de vida. El sonido resuena en mi interior, avivando un fuego que amenaza con consumirme por completo.

— Supongo que lo averiguaremos — dice finalmente.

— Quizá lo hagamos, Sofía. — Pronuncio su nombre como una promesa, y mi agarre en su muslo se vuelve casi posesivo. — Quizá lo hagamos.

Capítulo 17

Sofía

Ver a alguien recibir su merecido, sobre todo si es por faltarme al respeto, me produce un escalofrío, una emoción peligrosa que no puedo explicar. No se parece en nada a la niña indefensa que solía ser en el instituto, atormentada por gente como Brittany y su pandilla.

Recuerdo sus burlas, sus humillaciones. — Sofía, la solitaria — me llamaban.

Cada día era una batalla, y yo siempre estaba en el bando perdedor. Impotente, sin voz, invisible.

Pero ahora, viendo la rápida reacción de Maxym, es como si estuviera viviendo una fantasía vengativa. La chica impotente ha desaparecido, sustituida por alguien que impone respeto, aunque sea a través del miedo.

Terminamos de comer y nos preparamos para irnos. Mientras salimos, veo al camarero, al que siguen maltratando. Dios, qué brutalidad. Es aterrador y estimulante al mismo tiempo.

Una vez en el coche, con la imagen del camarero golpeado aún fresca en mi mente, me doy la vuelta hacia Maxym. — ¿Era realmente necesario? — pregunto, aunque una parte de mí ya sabe la respuesta.

No me mira, sus ojos se centran en la carretera. — Ya te dije que sí.

Recorro con los dedos el brazo de Maxym, notando los músculos definidos bajo su camisa.

Se me acelera el corazón cuando me inclino hacia él, con la voz apenas por encima de un susurro. — Quiero darte algo a cambio.

Voltea hacia mí con una sonrisa picarona en los labios. — ¿Oh? ¿Qué cosa?

— Lo que tú quieras. — Paso los dedos por su brazo, sintiendo el calor que irradia su piel.

Quiero complacerlo, hacer que se olvide de todo menos de mí.

Maxym aprieta con fuerza el volante, sus ojos me miran un instante antes de volver a la carretera. — Creía que el doctor había dicho que nada de sexo durante al menos unas semanas — me recuerda, con tono burlón pero serio.

— Pero no dijo nada sobre el sexo oral.

— ¿Ah, sí?

Asiento con la cabeza, con los labios aún pegados a su oreja. — Mhm. — Noto que el calor aumenta entre nosotros y necesito todo mi autocontrol para no subirme a su regazo aquí y ahora.

Me reclino en mi asiento, sin apartar los ojos de la cara de Maxym. La tensión entre nosotros es palpable, y noto cómo me mojo cada vez más. Lo quiero, todo de él, y no pararé hasta tenerlo.

La forma en que me mira me hace sentir como si fuera la única mujer del mundo. Es embriagador, y estoy indefensa ante él.

— Estás jodidamente hermosa — me dice con voz baja y áspera.

Alarga la mano para pasarme un mechón de cabello suelto por detrás de la oreja y me recorre el cuello con los dedos, provocándome escalofríos.

Mientras conduce, empiezo a desabrocharle el cinturón, con los dedos temblorosos por la anticipación. Arquea una ceja al ver lo que hago, pero no dice nada. En lugar de eso, sonríe y se echa hacia atrás en su asiento, observando cómo libero su polla de los pantalones. No pierdo el tiempo y me la meto en la boca, saboreando la sensación de que se ponga cada vez más dura contra mi lengua.

— Mierda, Sofía. — Maxym suelta un gemido bajo, su agarre al volante se tensa aún más. — Vas a hacer que nos estrellemos — jadea, sin apartar los ojos de la carretera.

Pero no me detengo. Lo peligroso de nuestra situación no hace sino excitarme más. La polla de Maxym sabe bien, y disfruto del calor que llena mi boca mientras subo y bajo lentamente la cabeza por su miembro. Mi lengua se arremolina en la cabeza y suelto un gemido alrededor de su polla por el placer que me inunda.

Noto que su muslo tiembla ligeramente y no tarda en sujetarme la cabeza con más fuerza y empujar las caderas hacia delante.

— Serás mi muerte.

Agarro con fuerza su cintura y recorro con las yemas de los dedos la suave piel de su vientre. Sus abdominales se flexionan bajo mi contacto y gimo aún más al verlos.

Muevo la cabeza enérgicamente y vuelvo a darle vueltas con la lengua. Su polla palpita en respuesta y me la meto hasta el fondo de la garganta.

— Eres una maldita provocadora — gruñe, con una mano agarrando con fuerza el volante.

No le respondo, estoy demasiado ocupada concentrándome en su polla mientras palpita en mi boca.

Le rodeo con los labios mientras sigue introduciéndome la polla en la boca, cada vez más dura y

gruesa. Sus caderas se mueven contra mi cara, presionándome la nariz, y siento que mi rostro se sonroja de excitación.

— Más deprisa — me pide, y yo lo complazco, introduciéndomela más profundamente en la boca con cada movimiento de mi lengua.

Su cuerpo se estremece y sé que está a punto. Empiezo a chupar con más fuerza, metiéndomela más en la boca, y él suelta un gemido largo y grave que más bien parece un gruñido.

— Eso es — me dice, su voz mucho más áspera ahora. — Pequeña zorra.

Gimo alrededor de su polla, me encanta cómo me habla. Quiero complacerlo, hacerlo sentir bien, y sé que eso es todo lo que quiere de mí.

Sus caderas se estremecen de nuevo y siento su semilla caliente en el fondo de mi garganta. Trago con avidez, absorbiendo cada gota, y él gruñe en señal de aprobación.

Pierde la concentración y el coche se acerca peligrosamente al borde de la carretera. Los neumáticos chirrían y siento la adrenalina cuando Maxym hace una maniobra para recuperar el control.

Justo cuando parece que hemos evitado el desastre por muy poco, las luces intermitentes de un coche de policía atraviesan el coche.

Siento una mezcla de adrenalina y miedo corriendo por mis venas mientras miro las luces intermitentes en el retrovisor. Mierda, esto no es lo que necesitaba ahora.

Maxym se sube rápidamente la cremallera de los pantalones y clava sus ojos en los míos. — Tranquila, Sofía — me dice.

Me enderezo rápidamente, tratando de arreglar mi aspecto lo mejor posible.

Cuando el coche de policía se detiene detrás de nosotros, con la sirena a todo volumen, Maxym se detiene tranquilamente a un lado de la carretera.

Mete la mano bajo el asiento, toma un fajo de billetes y me lo pone en las manos. — Toma esto y escóndelo — me ordena con voz severa. — No respondas a ninguna pregunta que te hagan.

Asiento con la cabeza y me meto el dinero en el sujetador, sintiendo los billetes contra mi piel. Los agentes de policía se acercan cautelosamente a nuestro vehículo, con las manos apoyadas en sus fundas. Me doy cuenta de que desconfían, pero mantengo la mirada fija hacia delante, evitando el contacto visual.

Un agente se acerca a la ventanilla de Maxym y se inclina para mirar dentro. — Licencia de conducir y documentos — le pide bruscamente.

Maxym saca su billetera y entrega su carné de conducir con voz tranquila y serena. — ¿Hay algún problema, oficial?

El policía escanea el carné antes de devolvérselo a Maxym. — Hemos recibido una denuncia por conducción imprudente en esta zona — dice, mirando a Maxym con desconfianza.

Maxym sonríe con confianza. — Debe de haber sido un malentendido — responde con suavidad. — Le aseguro, agente, que conducíamos con precaución.

El agente entrecierra los ojos, pero decide dejarlo pasar por el momento. — Tenga más cuidado — le advierte, alejándose del coche.

Con una última mirada de desconfianza, los policías se retiran a su vehículo y se marchan.

Suelto un suspiro que no sabía que estaba conteniendo, el alivio me inunda. El policía debe de haber reconocido a Maxym. Observo cómo el coche de policía desaparece en la distancia, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho.

Maxym me mira con ojos llenos de una emoción ilegible. — Eso estuvo demasiado cerca — refunfuña en voz baja.

Asiento con la cabeza, apretándome el labio entre los dientes con nerviosismo. Siento en la lengua el sabor metálico del miedo mezclado con el persistente sabor de Maxym. El subidón de adrenalina que me produjo el encontronazo con la ley aún persiste en mis venas y me hace sentir nerviosa e imprudente.

La mano de Maxym se alarga, y toma una de mis inquietas manos para darle un apretón tranquilizador. Su contacto me hace un nudo en el estómago. Es retorcido que me excite el peligro, pero hay algo en este hombre que saca mi lado salvaje.

Me suelta la mano y vuelve a poner el coche en marcha, retomando la carretera y manteniendo esta vez una velocidad prudencial. Por un momento, todo queda en silencio, salvo el rugido del motor del Rolls Royce y nuestras respiraciones erráticas.

Maldición. Esto es absurdo. Ahora veo cómo las personas pueden convertirse en adictos a la adrenalina, y definitivamente puedo verme siendo una de ellas.

No me importa en lo más mínimo.

Capítulo 18

Ivan

Recuerdo mi infancia perfectamente. Viktor y Maxym no, pero yo sí.

Un recuerdo aparece en mi mente, de manera inesperada. Una fría noche de invierno, los tres estábamos acurrucados en un viejo edificio abandonado, el único refugio que habíamos podido encontrar. Nuestras respiraciones se convertían en niebla en el aire helado. Viktor, el más joven, temblaba incontrolablemente, con los dientes rechinando como la cola de una serpiente de cascabel. Los brazos de Maxym rodeándolo, intentando compartir su calor corporal, pero no era suficiente. Y yo, vigilante, siempre alerta. Cada ruido, cada sombra hacía que mi corazón se acelerara. Pero no podía mostrar miedo, no delante de ellos. Era el mayor, el protector, el que tenía que ser fuerte cuando lo único que sentía era un frío profundo y adormecedor que me recorría los huesos.

Recuerdo el hambre, royendo nuestras entrañas como una bestia rabiosa. Estómagos vacíos, pero ojos aún más vacíos. En una ocasión había encontrado un bocadillo a medio comer en la basura. Mi corazón había saltado de alegría. Pero la alegría murió rápidamente cuando me había dado cuenta de que no había suficiente para todos. Entonces lo partí en tres trozos, los más pequeños que puedas imaginar. Y nos lo comimos en silencio, cada bocado era un recordatorio de nuestra patética situación.

En aquellos días no teníamos nada. Ni abrigo, ni comida, ni esperanza. Pero nos teníamos los unos a los otros. Éramos como una manada, nuestra supervivencia dependía unos de otros. Allí, en la oscuridad, con el estómago adolorido y el cuerpo helado, hicimos un voto silencioso. Nos sobrepondríamos. Saldríamos de este infierno, costara lo que costara. Y que nos convertiríamos en aquellos a los que la gente les teme, y no en los que tiemblan de miedo.

Ahora, parado en esta lujosa mansión, rodeado de riqueza y poder, no puedo evitar sentir una punzada de tristeza. Hemos conseguido todo lo que queríamos y, sin embargo, hay un vacío, un agujero que ni todo el dinero ni todo el poder del mundo pueden llenar. Miro a Sofía, con la mano apoyada en su vientre abultado, cargando nuestro futuro, nuestro legado. Tal vez, solo tal vez, ella sea la pieza faltante. Quizá ella pueda llenar el vacío que nos persigue desde aquellas noches frías y desesperadas de nuestra infancia.

La mañana avanza y me encuentro en la cocina, el corazón de la isla. Me asalta la idea de que

nunca habríamos hecho todo esto por una mujer, pero Sofía... nos domina a todos. La idea de «luchar» por ella, es casi divertida.

Entonces la veo. Sofía, con el cabello revuelto por el sueño, como si acabara de salir de la cama. Está tumbada en el sofá, absorta en una de esas novelas románticas. Verla tan relajada, tan a gusto, me produce algo. Es como si ella se hubiera integrado en la trama de nuestras vidas, sin inconvenientes y de manera irrevocable.

Me apoyo en el marco de la puerta, observándola un momento. — ¿Qué tal estuvo tu cita? — pregunto con voz despreocupada, pero no con el corazón.

Levanta la vista, con una sonrisa en los labios. — Fue... una locura.

Me acerco más. — ¿En serio? ¿Mejor que el sitio al que te llevaré esta noche?

Ladea la cabeza. — ¿Y adónde me llevarás esta noche?

Sonrío, me encanta este juego nuestro. — No sería una sorpresa si te lo dijera ahora, ¿cierto?

Su risa es suave, musical. — Supongo que no.

— ¿Estabas leyendo eso? — señalo su novela romántica y no puedo evitar sonreír.

Parece un poco desprevenida, un rubor sube por sus mejillas. — Sí, por aburrimiento, ya sabes.

Pero, por la forma en que su sonrisa se curva, es como si guardara un secreto. Y la idea de que nos deje dentro de nueve meses me atenaza con un miedo tan intenso que casi me paraliza. Lo alejo, concentrándome en el ahora, en ella.

— ¿Qué sucede en el libro?

Ella duda, mordiéndose el labio. — Ya sabes, solo cosas románticas aburridas.

Me acerco y miro la página en la que está. Está claro que no se trata de «cosas románticas aburridas».

Señalo la página, donde las palabras son más que sugerentes. — ¿En serio? A mí no me parece tan aburrido.

Intenta cubrir el libro con la mano, pero es demasiado tarde. Ya lo he visto, y ahora la imagen está grabada en mi mente. Sofía, leyendo algo tan explícito, tan crudo. Es tremendamente intrigante e innegablemente excitante.

Me llama la atención su collar de perlas. Alargo la mano y jugueteo con él, con una sonrisa en los labios mientras imagino las perlas esparcidas por las sábanas de nuestra cama más tarde.

Traga saliva con dificultad y veo cómo se le hace un nudo en la garganta. — Estas perlas te

quedan bien — le murmuro al oído.

Mi voz es baja y ronca, llena de oscuras promesas.

— Gracias… — balbucea, con las mejillas sonrojadas.

— ¿Regalo de Maxym?

— No, eran de mi abuela.

¿Cómo no me había dado cuenta antes? Pero, de nuevo, sabemos muy poco sobre su pasado, sobre quién es Sofía realmente bajo las capas que presenta al mundo.

Dejo que las perlas se deslicen entre mis dedos, un símbolo de su historia, de su identidad. — Tu abuela debió de ser una mujer extraordinaria — le digo, con auténtica curiosidad por esa parte de su vida.

Sofía asiente, con una pequeña sonrisa en la comisura de sus labios. — Lo fue — dice en voz baja, con los ojos distantes por los recuerdos. — Ella era fuerte y amable. Sobrevivió a muchas cosas, ¿sabes? Estas perlas fueron una de las pocas cosas a las que se aferró a pesar de todo.

Nunca me había interesado, pero al mencionar a su abuela, tomo la iniciativa. Le arrebato el libro de las manos y me siento a su lado, lo bastante cerca como para sentir el calor que irradia su cuerpo.

— Cuéntame más — le insto.

— ¿Más de qué?

— De tu pasado — le digo mirándola a los ojos.

Suelta una carcajada casi incrédula. — ¿De verdad? ¿También me vas a preguntar cuál es mi color favorito?

— Eso ya lo sé. Es el azul. Lo llevas a menudo. — Aunque la prefiero desnuda.

Ella sonríe y mira hacia abajo. Es evidente que está algo sorprendida, tal vez incluso impresionada, por mi atención a los detalles. Sé más de ella de lo que cree, y eso me llena de satisfacción.

— Me pregunto qué más podría decirte de lo que tú ya sabes — reflexiona.

— Pruébame — le digo, con un tono firme pero abierto.

Estoy realmente interesado, ansioso por saber más sobre la mujer que ha conseguido meterse tan profundamente en nuestras vidas.

Sofía se echa hacia atrás en el sofá, con la mirada pensativa. — Bueno — empieza, con voz un

poco vacilante al principio. — Mi vida no ha sido tan agitada como la tuya. Pero he tenido mis luchas, ¿sabes?

— Tengo tiempo. — La animo a continuar.

— Está bien, empecemos desde mi nacimiento. Uhm. Mi padre, nos dejó cuando yo era muy pequeña. Fui hija única. Nunca vi a mi padre, no tengo idea de dónde está o qué está haciendo. Pero mi madre se alegró de que se fuera. Al parecer, era borracho y violento.

— ¿Quieres que lo encuentre? — la pregunta se me escapa antes de que pueda detenerla.

En mi mundo, encontrar a alguien, a cualquiera, es solo cuestión de recursos y voluntad. Probablemente pueda encontrarlo en cuestión de horas.

Me mira con la boca ligeramente abierta, como si intentara procesar la oferta.

Después de un momento, responde. — No, no creo que quiera volver a verlo. Aunque, me hubiera gustado, hasta los quince años.

— ¿Y qué cambió a los quince años?

Sofía respira hondo, sus dedos juegan distraídamente con el collar de perlas. — Cuando cumplí los quince años, me di cuenta de que el hecho de no tenerlo en mi vida, bueno, quizás haya sido lo mejor. Veía a mis amigas con sus padres y me daba envidia, ¿sabes? Pero luego, empecé a ver el otro lado. Las discusiones, las decepciones. Y veía a mi madre, en cómo se había hecho más fuerte, más independiente sin él. Entonces pensé que quizás era lo mejor. Tal vez su ausencia fue una bendición disfrazada.

— ¿Quieres que lo encuentre y lo mate? — las palabras se deslizan, afiladas y mortales, revelando un lado de mí que siempre está al acecho bajo la superficie.

— No hablas en serio, Ivan, ¿cierto?

— Él te ha hecho daño, ¿no es así? Merece morir, ese hijo de puta. — Mi voz es fría, un reflejo de la rabia que empieza a agitarse en mi interior.

La idea de que alguien le haga daño, aunque haya sido en el pasado, enciende en mí una furia oscura y protectora.

— Yo… yo no creo que eso sea lo que quiero, Ivan.

Respiro hondo, intentando controlar mis emociones. — De acuerdo, Sofía. ¿Realmente estás totalmente segura? — El deseo de protegerla, de garantizar su seguridad y su felicidad, es casi irresistible.

Me dedica una sonrisa tranquilizadora. — Lo estoy. Ya es cosa del pasado.

— Háblame de tu madre. ¿Cómo era? ¿Era feliz?

Los ojos de Sofía se suavizan, una tristeza se cuela en ellos. — Ella era fuerte. Muy trabajadora. Ella habría hecho cualquier cosa por mí. No estaría aquí sino fuera por ella, eso es seguro.

— Pero ella no está aquí ahora, ¿verdad? — digo en voz baja, con una voz llena de comprensión y tristeza.

Yo también perdí a mis padres hace tiempo, pero el dolor de su pérdida nunca ha desaparecido del todo.

Decido cambiar el tema. — Tienes que decirme adónde te llevó Maxym — insisto, con un tono travieso en la voz.

— ¿Ahora compites con él?

Me río secamente, con un sonido áspero. — Él no tendría ninguna oportunidad.

Sofía se ríe, el sonido es ligero y airoso, un contraste con la pesadez habitual que nos rodea. — ¿Ah, sí? Suenas demasiado confiado.

Con una sonrisa de satisfacción, me inclino hacia ella y nuestros cuerpos casi se tocan. — La confianza es algo natural en mí, Sofía. Pronto lo verás. — Noto cómo se le acelera el pulso ante la proximidad; incluso para una chica dura como ella, el efecto que tengo no pasa desapercibido.

— Lo estoy deseando — responde con una sonrisa pícara.

Apoyando un brazo a un lado y acercándome a su espacio, murmuro en voz baja y llena de oscuras promesas. — Ten cuidado con lo que deseas, cariño. Puede acabar siendo demasiado para ti.

Su respuesta es descarada. — Sin duda. — Ella extiende la mano para agarrar el libro. — Ahora, ¿puedes devolverme mi libro?

Sostengo el libro fuera de su alcance, con un brillo provocador en los ojos. — Sí, con una condición.

Sus cejas se levantan con curiosidad. — ¿Qué condición?

— Que me dejes hacerte lo que esté escrito en ese libro más tarde.

Asiente sin decir palabra, con la respiración entrecortada mientras se somete ante mí. El color sube a sus mejillas, un hermoso rubor que se extiende por su rostro. Está claro que mis palabras tienen un efecto en ella; que despiertan algo en su interior.

Sin decir nada más, le devuelvo el libro y me voy.

La noche aún no ha llegado, pero ya puedo decir que será jodidamente inolvidable.

Capítulo 19

Sofía

Nerviosa. Estoy muy nerviosa.

¿Adónde me llevará Ivan? Dios, ¿por qué estoy tan nerviosa? No es solo porque vamos a salir. Estoy nerviosa porque quiero estar perfecta para él; igual de perfecto que él.

Aquí estoy, literalmente viviendo un sueño y, sin embargo, soy un manojo de nervios. Me está esperando abajo, y solo espero que no lleguemos tarde. Maldita sea.

— ¿Sofía? ¿Ya estás lista? — la voz de Ivan llega desde abajo, grave y ligeramente impaciente.

Me apresuro a alisarme el cabello.

— ¡En un minuto! — le respondo, sabiendo perfectamente que no es solo un minuto.

Me paso la plancha por el cabello, intentando darme prisa.

De repente, toco accidentalmente la parte caliente y grito de dolor. — ¡Mierda!

— ¿Sofía? ¿Estás bien? — su voz de preocupación hace eco en las escaleras.

— Sí, estoy bien — le grito, haciendo una mueca de dolor mientras me examino los dedos.

Están rojos, pero no demasiado. Continúo rápidamente, respirando hondo para calmar mi acelerado corazón. ¿Por qué todo es más intenso con Ivan, incluso prepararme?

Entonces oigo pasos. Genial.

— ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? — Es Ivan.

— Sí, es que me quemé con la plancha. — Admito, sintiéndome un poco tonta por el pequeño incidente.

Sin mediar palabra, se acerca a grandes zancadas y me toma suavemente la mano.

Su tacto es sorprendentemente tierno. — Déjame ver.

Inspecciona la piel enrojecida, con el ceño fruncido. — Tienes que ponerle hielo — afirma, su tono no deja lugar a discusiones.

Intento restarle importancia. — No, pero en serio, estoy bien, Ivan. — La quemadura me escuece, pero no es nada que no pueda soportar.

Me mira con firmeza. — He dicho que tienes que ponerle hielo. Siento haberte apurado.

Sus palabras me conmueven y no puedo evitar sentirme conmovida por su sincera preocupación. A pesar de mi resistencia inicial, sé que tiene razón. Tengo que ocuparme adecuadamente de esta quemadura.

Cediendo, asiento con la cabeza. — De acuerdo, Ivan. Tú ganas. Vamos a buscar hielo para esto.

Ivan sonríe suavemente, con los ojos llenos de calidez, mientras me guía hacia la cocina. El simple hecho de curar mi pequeña herida me hace sentir querida y protegida como no me había sentido nunca.

Mientras saca una bolsa de hielo del congelador, no puedo evitar maravillarme ante la complexión de este hombre. Exuda poder y oscuridad, pero bajo ese exterior intimidante se esconde un alma bondadosa.

Me coloca suavemente la bolsa de hielo en los dedos quemados y un frío calmante se extiende por mi mano. El alivio es inmediato y suelto un suspiro de satisfacción.

Los ojos de Ivan se encuentran con los míos, su voz llena de sinceridad. — Eres muy importante para mí, Sofía. Quiero cuidar de ti.

Su mano acaricia suavemente mi mejilla. Sus palabras me hacen estremecer. ¿Que un hombre como él cuide de mí? Me pregunto si ese sueño podría hacerse realidad algún día.

La voz de Ivan atraviesa mis pensamientos, decidida y firme. — Bien, ya tenemos que irnos.

Lo miro, sobresaltada. — ¿Qué? ¡Pero si no estoy lista! — El pánico revolotea en mi pecho.

Mi cabello no está perfecto, la quemadura de mi mano...

Se acerca y su presencia inunda la habitación. — Así estás preciosa. Entonces, vamos.

Por un momento, me quedo muda, sorprendida por su improvisada decisión y su cumplido. Su mirada me recorre sin detenerse, y siento cómo surge un calor en mi interior. No son solo sus palabras, sino la forma en que las dice, con una seguridad que me hace sentir vista, valorada.

A pesar del apuro, del pequeño caos, hay una emoción que bulle en mi interior. La espontaneidad de Ivan y su carácter asertivo, son estimulantes.

Asiento con la cabeza, una sonrisa se dibuja en mis labios. — De acuerdo, vamos.

Salimos, un corto paseo hasta la costa, y allí nos espera; un coche que nunca había visto antes. Elegante, caro e inconfundiblemente lujoso. ¿Se les acaba el dinero en algún momento? Se me pasa por la cabeza mientras contemplo el extravagante despliegue de riqueza.

Ivan abre la puerta del asiento trasero, un gesto caballeroso que me toma desprevenida. Se sienta

a mi lado y cierra la puerta con un suave golpe. La intimidad de sentarme tan cerca de él en el asiento trasero de este lujoso coche me estremece.

— ¿Adónde vamos? Tienes que decírmelo ya — le exijo, el suspenso me corroe.

Sonríe, disfrutando de mi impaciencia. — Tienes que esperar otros veinte minutos. Ya esperaste bastante.

— Uff — suspiro, poniendo los ojos en blanco y cruzo los brazos sobre el pecho.

El misterio es tan exasperante como excitante.

— Vamos, no te enfades — me susurra al oído, con su aliento cálido sobre mi piel.

Luego me besa justo debajo de la oreja, provocándome un escalofrío.

— No estoy enfadada — suelto una risita, incapaz de contener la risa que bulle en mi interior.

— Tienes cosquillas, ¿eh? — bromea, con un tono travieso en la voz.

— No, no es así — miento, pero mis risitas me traicionan.

Entonces, vuelve a hacerlo, y no puedo evitar reírme a carcajadas. — ¡Ivan, basta! — protesto, pero no se detiene, sino que bombardea mi cuello con más besos, cada uno de los cuales me arranca una carcajada. — ¡Ivan!

— Bien, bien, ya me detendré. — Se retira, con una sonrisa triunfante en la cara. — Qué bueno que descubrí esto. Porque he estado pensando en todas las formas de hacerte gritar esta noche — susurra, su voz baja y seductora.

Se me acelera el pulso cuando sus palabras encienden un fuego en mi interior.

Una sonrisa diabólica se dibuja en la comisura de mis labios, igualando la provocación de sus ojos. — ¿Ah, sí? — ronroneo, con la voz cargada de deseo. — Bien, Ivan, entonces no me hagas esperar.

Suelta una risita sombría, un sonido que me hace sentir oleadas de expectación. Sin decir nada más, me toma de la mano y me saca del coche.

Cuando salimos, la vista que me recibe es impresionante. Un helicóptero, elegante e imponente, esperándonos.

— No puede ser — le digo. — ¡Un helicóptero! ¿Tienes un helicóptero? — mi voz es una mezcla de incredulidad y emoción.

Ivan me mira, con una pizca de orgullo en los ojos. — Tengo un par de ellos.

— Debes estar bromeando, Ivan. — Apenas puedo asimilar la extravagancia de todo esto.

— No estoy bromeando. — Ivan sube primero al helicóptero y me tiende la mano para ayudarme a subir.

Su agarre es fuerte y seguro, y me sube sin esfuerzo. Una vez dentro, mi corazón se acelera por la expectación. Estoy nerviosa, cada nervio de mi cuerpo hormiguea de excitación.

Me da un par de auriculares mientras las aspas del helicóptero empiezan giran sobre mí, con un sonido ensordecedor. — Póntelos. Son para tus oídos.

Me pongo rápidamente los auriculares, sintiéndome como una niña pequeña llena de emoción y asombro.

Cuando el helicóptero empieza a ascender, me invade una oleada de adrenalina. — Dios mío — susurro, mientras el mundo bajo nosotros se aleja lentamente.

A pesar de mi ligero miedo a las alturas, estar junto a Ivan me hace sentir segura. La emoción del momento y el subidón de estar tan alto, son excitantes. Me encanta.

No puedo creer que esté en un maldito helicóptero con Ivan, ascendiendo hacia el cielo. La adrenalina corre por mis venas, haciendo que mi corazón se acelere más que nunca. La extravagancia de este momento es alucinante.

A medida que nos elevamos, el mundo se aleja poco a poco y no puedo evitar un grito de asombro. La vista desde aquí arriba es impresionante, con la ciudad extendiéndose frente a mí como un laberinto resplandeciente. Es como si estuviera en un mundo completamente distinto, alejada del caos y del peligro que suelen rodear a Ivan y a su estilo de vida en la Bratva.

Le echo un vistazo y me fijo en sus rasgos robustos y su porte seguro. Irradia poder y control, y eso me intimida y me excita a la vez. Me vienen a la mente imágenes de todas las formas en que podría hacerme gritar esta noche, encendiendo un fuego en lo más profundo de mí.

Mis pensamientos se interrumpen cuando Ivan se inclina hacia mí, con una voz baja y seductora. — Prepárate, cariño — gruñe suavemente. — Esta noche, vas a descubrir un mundo completamente nuevo.

Mientras el helicóptero sobrevuela el horizonte de la ciudad, la mano de Ivan encuentra la mía y entrelaza nuestros dedos. Nos elevamos sobre el paisaje resplandeciente y no puedo evitar aferrarme un poco a mi asiento, con el corazón acelerado por una mezcla de miedo y excitación. La altura es abrumadora y estimulante al mismo tiempo.

Ivan se da cuenta de que me aferro al asiento y sonríe. — Tranquila. Todo está bien. Suéltate y grita.

— ¿Que me suelte y grite? — repito, con una mezcla de incredulidad y diversión en la voz. —

¿Ese es tu consejo?

— Por supuesto. — Sus ojos brillan con picardía. — Créeme, eso ayuda.

Respirando hondo, decido tirar la cautela al viento. — ¡Muy bien, aquí va! — Y con eso, suelto un grito fuerte y estimulante. — ¡Wooohooo! — El sonido de mi propia risa llena la cabina, un sonido liberador y alegre.

Ivan también se ríe, claramente encantado por mi reacción. — ¿Ves? No está tan mal.

Todavía riendo, volteo hacia él, la adrenalina me vuelve atrevida. Me inclino hacia él y le planto un beso en los labios, una expresión espontánea de mi euforia y alegría.

Su lengua explora mi boca con un hambre que solo él puede satisfacer. Me pierdo en su sabor, entregada al placer que recorre cada centímetro de mi ser. Este momento es como una evasión de la realidad, un paraíso prohibido donde las inhibiciones se desvanecen y los deseos se liberan.

El helicóptero sigue surcando el cielo nocturno, alejándonos de las limitaciones y expectativas del mundo que nos rodea. El roce del viento contra mi piel se suma a la energía cruda y primaria que late entre nosotros.

Las manos de Ivan recorren mi cuerpo, dejando un rastro de calor a su paso. Me agarra la cintura posesivamente, sus dedos se clavan en mi piel mientras me acerca. Hay un fervor en su tacto que coincide con la pasión de sus ojos, y eso enciende un infierno en mi interior.

Cuando empezamos a descender, mi estómago se sacude con esa familiar e incómoda sensación de náuseas. Oh no, ahora no.

— Este sería el peor momento para vomitar, maldición — murmuro en voz baja, tratando de mantener la compostura.

La sola idea basta para hacerme sentir aún *más náuseas.*

Mierda. Odio esta sensación.

Pero, por fortuna, cuando aterrizamos y el helicóptero se detiene suavemente, respiro hondo para calmarme y las náuseas desaparecen. No vomito. Gracias a Dios.

— ¿Estás bien? — me pregunta Ivan, con evidente preocupación en la voz.

Asiento con la cabeza y sonrío. — Sí, más que bien.

— Entonces supongo que debes tener hambre — me dice, con una mirada cómplice en los ojos.

— ¡Sí! Me muero de hambre. — La emoción y la adrenalina del vuelo me han dejado con un gran apetito.

— ¿Qué quieres comer? — pregunta Ivan cuando salimos del helicóptero.

Pienso por un momento, mi mente pasa por un torbellino de antojos. — De acuerdo, esto va a sonar extraño, pero tengo antojo de pepinillos bañados en salsa de chocolate, ¿y quizá un batido de fresa para acompañarlo? — digo, esperando que se eche a reír.

Pero, para mi sorpresa, Ivan se ríe y me dice. — Eres increíble. — Sus ojos brillan con picardía mientras me conduce hacia un elegante Mercedes negro que nos espera.

— Te advertí de mis antojos — digo con una risita.

Ivan sonríe y me abre la puerta. Su mano me acaricia la espalda cuando entro en el lujoso vehículo. Me acomodo en uno de los lujosos asientos, él rodea la parte delantera y se coloca a mi lado, cerrando la puerta con un suave golpe.

— ¿Quieres algo más? — pregunta con voz grave y seductora.

Respiro hondo y suelto un suspiro de satisfacción. — Solo a ti.

Sus ojos se encuentran con los míos, llenos de calidez y deseo. — Ya me tienes.

Mientras el vehículo se aleja del helipuerto, miro por la ventanilla el resplandor de las luces de la ciudad.

Ivan pregunta. — Entonces, ¿esto va mejor que la cita con Maxym hasta ahora?

No puedo evitar reír, con un sonido ligero y despreocupado. — Tal vez, si la comida es lo suficientemente buena — bromeo.

Su respuesta es inmediata, con una sonrisa confiada en los labios. — Tendremos chefs privados listos para cocinarnos todo lo que queramos, y delante de nosotros.

Lo miro fijamente, con la boca abierta. — ¡Increíble! No puede ser. — Siento la emoción burbujeando en mi interior, una mezcla de incredulidad y pura alegría.

Es como si todos los sueños de mi infancia se hicieran realidad. — ¿Estoy soñando? — susurro, entre dientes.

Ivan se ríe y me aprieta la mano para tranquilizarme. — No es un sueño, te lo juro. Pero si lo fuera, me aseguraría de que no despiertes nunca.

El espectáculo que nos recibe es un sueño culinario. Los cocineros se alinean, cada uno en su puesto, dispuestos a satisfacer todos nuestros caprichos. Es como entrar en el país de las maravillas gastronómicas, y mis antojos están a punto de ser satisfechos de la manera más extravagante.

Cuando les hablo a los cocineros de mis gustos inusuales, ni se inmutan. Pepinillos y salsa de

chocolate, nachos picantes y un batido de fresa. Todo empieza a encajar, cada plato preparado con gran esmero. Los sabores explotan en mi boca, cada bocado es mejor que el anterior.

Estoy tan absorta en la exquisitez de todo que no me doy cuenta de lo rápido que estoy comiendo.

La risa de Ivan rompe mi trance inducido por la comida. — Más despacio, es todo tuyo.

— Por eso no puedo ir más despacio — respondo riendo, con el ánimo por las nubes.

Ivan me observa con una sonrisa afectuosa, disfrutando claramente de mi entusiasmo.

Se echa hacia atrás y me mira con verdadero interés. — Entonces, cuéntame más — me pide.

Hago una pausa, con el tenedor en el aire. — ¿Que te cuente más de qué?

— De tu abuela, la que te dio las perlas.

— ¿Mi abuela? — dejo el tenedor en la mesa y me invaden sus recuerdos.

Era mi gran apoyo, la única constante en una vida que a menudo me parecía demasiado caótica, demasiado incierta. — Lo era todo para mí. Me ayudó en los momentos más difíciles. Cuando las cosas se ponían feas en casa, ella era mi refugio.

Sonrío, perdida en mis recuerdos. — Ella siempre creyó en la educación, pensaba que era la manera de salir de la vida en la que habíamos nacido. Se sentaba conmigo todas las noches, repasaba mis deberes y se aseguraba de que lo entendiera todo. Fue ella quien me animó a matricularme en la universidad.

— ¿Fuiste a la universidad? ¿Qué estudiaste? — Ivan parece intrigado.

— Sí, estudié en una universidad. Estudié... — vacilo, preguntándome cuánto revelar. — Psicología.

— Qué extraño. Eso no apareció en la revisión de tus antecedentes.

Me encojo de hombros, con una pequeña sonrisa en los labios. — No conté todo sobre mí en mis antecedentes.

Quizá sea el momento de contarle. Merece saberlo.

Capítulo 20

Ivan

Hay un pequeño silencio mientras espero a que continúe. Cuando no lo hace, le pregunto, decidiendo empezar por sus estudios universitarios y no por su formación.

— ¿Psicología? — repito, con verdadero interés.

Es una pieza del rompecabezas que no encaja con la imagen que me he hecho de Sofía. Mis fuentes son minuciosas; omitir algo tan importante como un título universitario no es un error que cometerían.

— Es una interesante elección. ¿Por qué no encontramos eso en tus antecedentes?

Me mira con una mezcla de rebeldía y picardía. — Tal vez porque no les he contado todo sobre mí — dice con voz firme, pero percibo algo más en su mirada.

¿Es aprensión? O tal vez sea la emoción de revelar secretos guardados por demasiado tiempo en las sombras.

— ¿Y por qué? — pregunto con un tono uniforme que no revela nada de mi creciente curiosidad.

Me inclino hacia atrás, dándole espacio para que cuente su historia, pero mi mirada permanece fija en la suya, inflexible.

— Sé que no les he contado todo y, en cierto modo, hice esto para escapar de mi antigua vida. Para empezar de nuevo.

— ¿Qué había de malo en tu antigua vida? — le pregunto, sin estar seguro de estar preparado para la respuesta.

Sofía vuelve a hablar de su pasado. — Ya te había mencionado que viví con mi madre hasta los quince años. Y que mi padre era un maltratador...

— Y yo te propuse matarlo — interrumpo.

Se ríe, un sonido triste y dulce a la vez. — Sí, lo recuerdo.

— ¿Qué pasó después? — indago, con auténtica curiosidad.

Su historia, su dolor, me importan más de lo que esperaba.

— Estudié Psicología porque quería entenderlo y entenderme. Pero no pude encontrar las

respuestas que quería. — Hace una pausa, su mirada se desvía hacia algo invisible. — Entonces, mi madre, murió. Y me quedé realmente sola.

El peso de su confesión se cierne sobre nosotros. Su historia, marcada por la pérdida y la búsqueda de la comprensión, la hace de repente más real, más cercana.

— Buscabas respuestas en la Psicología — le digo suavemente, animándola a continuar.

— Sí, y en cierto modo, encontré algunas. No sobre él, sino sobre el comportamiento humano, sobre la resistencia y la supervivencia. Eso me ayudó a entender que algunas personas están… bueno, rotas. Y que ninguna clase de esfuerzo o estudio puede arreglarlas.

La curiosidad se abre paso en mis pensamientos, empujando contra los límites que ella ha establecido sobre su historia. — ¿Cómo te las arreglaste para empezar de nuevo? ¿Para borrar tu pasado?

— No fue fácil — empieza, y sus ojos se cruzan con los míos con una franqueza que me desarma y me cautiva. — Después de la muerte de mi madre, me di cuenta de que, si quería escapar de la sombra de los errores de mi familia, tenía que desaparecer. Por completo. Porque mi padre estaba en la ciudad y estaba buscándome.

Me inclino hacia ella, intrigado muy a mi pesar. Desaparecer es un concepto con el que estoy familiarizado, pero es un paso drástico, lleno de complejidades y riesgos.

— Ahorré hasta el último céntimo, hice pequeños trabajos y aprendí a cubrir mis huellas. Cambié de nombre y de ciudad. Me convertí en un fantasma, sin dejar rastro de mi vida anterior.

— ¿Y nadie sospechó nunca?

— La gente solo ve lo que quiere ver. Si eres lo suficientemente cautelosa, puedes esconderte a plena vista. Y la Psicología me ayudó, a entender cómo manipular las percepciones, a cómo pasar desapercibida.

La examino. Cómo tiemblan sus labios, cómo sus bonitos ojos rebosan lágrimas sin derramar y cómo parece encogerse bajo sus propias palabras. Mierda. Es como una muñeca rota intentando volver a pegarse.

— Maldición — murmuro en voz baja.

De repente me invade el impulso de protegerla, de hacerla mía. No soy vulnerable, pero aquí estoy, obsesionado con una mujer que claramente ha pasado por un infierno.

Ahora me mira fijamente, esperando mi reacción. No le digo gran cosa, solo un gesto seco y un «sigue».

— Empecé de cero — dice suavemente, tirando de un hilo suelto de la manga de su camisa, mostrando su nerviosismo. — Cada mañana, cuando me despertaba, era como si tuviera la cabeza bajo el agua, pero con el tiempo, se me hizo más fácil.

Mis dedos se cierran instintivamente en puños junto a mí; la idea de que otra persona la toque, o le haga daño, me hace querer hacerle el doble de daño.

— Resulta que puedes huir de tu pasado — dice ella suavemente.

— ¿Y ahora? — No puedo evitar enarcar una ceja.

La idea de huir del pasado me resulta extraño. En la Bratva, tu pasado es tu identidad; está en la sangre que derramas y en las cicatrices grabadas en tu piel.

Ella sacude la cabeza con delicadeza. — Por ahora no.

La idea de que se vaya, que se lleve al bebé y se aleje de esta vida en la que la hemos metido, me carcome. No puedo soportarlo. La sola idea me produce una punzada aguda en el pecho.

Pero luego está la dura e inflexible verdad que susurra en el fondo de mi mente: puede que sea la opción más segura para ella. Este mundo, mi mundo, no es lugar para la inocencia, para algo tan puro como la nueva vida que lleva dentro. Cada día es una apuesta con la muerte, cada decisión una danza con el peligro. ¿Podría atarla a esta existencia con la conciencia tranquila?

Alargo la mano y la agarro, asegurándome de que me preste atención. — Nadie volverá a hacerte daño. No mientras yo siga respirando.

Sus ojos vidriosos se dirigen hacia los míos, sorprendidos por la intensidad de mi declaración. Pero tiene que entenderlo. Tiene que saber hasta dónde llegaría por ella.

— Puede que tenga las manos manchadas de sangre, cariño, pero derramaría mares para mantenerte a salvo.

La suelto y me reclino. Saco un cigarrillo y enciendo el mechero. Inspiro una profunda bocanada de humo. La nicotina no hace una mierda por calmar la tormenta que llevo dentro. Ahora es ella y solo ella quien puede hacerlo.

Una sonrisa se dibuja en mis labios mientras ella se debate visiblemente entre el miedo y la fascinación. Dios, su inocencia es embriagadora. Un subidón que me sumerge en la oscuridad y la luz al mismo tiempo.

Sé que no me ha dicho todo, pero se suponía que era una noche de diversión y ha derivado en algo mucho más serio. Hago un esfuerzo por subir el tono y soltar una broma. Su risa es todo lo que necesito para saber que estamos bien, que ella está bien. Nos entretenemos un poco más con un whisky para mí y una limonada para ella, hasta que ya es hora de irnos.

El aire fuera del restaurante nos golpea, frío y cortante, un marcado contraste con la calidez que estamos dejando atrás. Sofía está a mi lado, con su risa aún persistente, cuando de repente, tropieza.

— Mierda, Sofía, ¿qué sucede? — la preocupación de mi voz es aguda y atraviesa la noche.

— Estoy bien — jadea, pero su voz es todo menos convincente.

Sus pasos vacilan de nuevo, esta vez más marcados, y al instante me pongo a su lado, con el brazo alrededor de su cintura.

Pero es inútil. Se desploma, su cuerpo cede, y apenas consigo sujetarla antes de que caiga al suelo.

— No, no, no — murmuro, el pánico se apodera de mi voz mientras la bajo suavemente al suelo.

Su piel está pálida, demasiado pálida, y en su frente hay una capa de sudor que antes no estaba.

— ¿Esto te parece «estar bien»? — no puedo evitar que la frustración se apodere de mi voz, pero nace del miedo, no de la ira.

Intenta responder, un débil intento de tranquilizarme que se desvanece en una mueca de dolor.

— Maldita sea, Sofía — maldigo en voz baja, tomándola en brazos.

Es ligera, demasiado ligera, su cuerpo tiembla contra el mío. Mis instintos me gritan que esto está mal, muy mal. Mientras la llevo de vuelta al coche, mi mente se acelera. ¿Y si es el bebé? ¿Y si los pierdo a ambos? Ese pensamiento es como un puñetazo en el estómago que me deja sin aliento por el terror.

Con Sofía en brazos, cruzo la calle hacia el coche que tengo aparcado: un elegante Mercedes negro que es tan silencioso al igual que veloz. Rápidamente, la dejo en el asiento trasero antes de colocarme en el asiento del conductor, con los nudillos blancos sobre el volante.

— Mierda — gruño en voz baja.

El corazón me golpea la caja torácica como un animal enjaulado; desesperado, rabioso. Verla sufriendo ha provocado una terrible conmoción en mi mundo, perforando el control que siempre me esfuerzo por mantener.

Atravieso el tráfico con una precisión implacable, en dirección al hospital más cercano. Cada tictac del reloj parece una eternidad, cada semáforo un instrumento de tortura. Aprieto los dientes con tanta fuerza que parece que fueran a romperse.

Que se joda cualquiera que se atreva a interponerse en mi camino en este momento.

La miro por el retrovisor: está pálida y hace muecas con cada sacudida del coche. Un nudo de ira

y miedo se aprieta en mis entrañas ante su vulnerabilidad. Nadie debería tener ese poder sobre mí, sobre nosotros.

Respiro hondo y me recuerdo a mí mismo que debo mantener la calma por su bien. — Ya casi llegamos — digo en ruso.

Mi mirada se cruza brevemente con la suya antes de volver a centrarse en la carretera. Maldita sea, tengo que mantener la calma.

Cuando por fin llego al hospital, estaciono a medias el coche en un sitio antes de abrir de un tirón la puerta trasera y volver a tomar a Sofía en brazos.

— Fuera de nuestro maldito camino — le gruño a todo aquel que intente retrasarnos mientras atravesamos las puertas del hospital.

Dentro, tras una tensa espera en la que se me pasan por la cabeza los peores escenarios, el médico finalmente nos da la noticia.

— Es una intoxicación alimentaria — dice, y apenas puedo creer lo que oigo.

El alivio me invade con tanta fuerza que tengo que apoyarme en la pared. Todo este pánico por una intoxicación alimentaria. Yo pensaba... no, ni siquiera quiero pensar en lo que creía que podía haber pasado.

Sofía, que ahora descansa en la cama del hospital, me mira, con una leve sonrisa en los labios a pesar de todo el suplicio. — Ves, te dije que no había nada de qué preocuparse.

Llamé a Maxym y a Viktor. Ahora, cuando entran en la habitación, con una expresión de preocupación, Sofía levanta la vista, sorprendida.

— ¿Qué hacen todos aquí? — pregunta, con una leve sonrisa en los labios a pesar de su evidente malestar.

Finalmente hablo. — Se intoxicó.

Viktor, que nunca pierde la oportunidad de bromear, interviene con una sonrisa burlona. — La llevaste a un restaurante malo, ¿no es así?

Pongo los ojos en blanco, incapaz de reunir la energía necesaria para replicar. — Sí, sí, ríete. Me preocupaba que fuera algo con el bebé — admito, pasándome una mano por el cabello, el alivio me hace sentir ligeramente mareado.

La mirada de Sofía se suaviza al mirarme y luego se dirige a Ivan y a Viktor. — ¿De verdad lo dejaron todo por mí?

Maxym, normalmente estoico, esboza una pequeña sonrisa. — Por supuesto. Además, no

podíamos dejar que Ivan se encargara solo de todo el papeleo del hospital. Probablemente acabaría declarándole la guerra a las enfermeras.

La sala se llena de risas y la tensión por fin se disipa. El estado de Sofía, aunque algo incómodo, no es grave, y saber que se va a poner bien me quita un peso de encima que no sabía que tenía.

— Gracias a todos — dice Sofía, con la voz cargada de emoción. — Pero la próxima vez, quizás solo una buena comida casera, ¿de acuerdo?

— Trato hecho — prometo, tomando su mano y apretándola suavemente. — No más restaurantes lujosos por un tiempo.

— Están exagerando. Estoy bien. — Intenta disipar nuestra preocupación, pero ninguno de nosotros le cree.

No después del susto que nos dio.

— Sí, porque doblarte de dolor es tu versión de «estar bien» — replico, manteniendo la voz ligera, pero sin poder disimular la preocupación subyacente.

Viktor se apoya en la pared, cruzado de brazos, con una sonrisa en los labios. — La próxima vez yo cocino. Al menos mi comida no lleva a la gente al hospital.

Y yo añado. — En ese caso, necesitaremos un catador de comida. Por si acaso. — Sofía se ríe y Maxym esboza una sonrisa.

— ¿Ven? Por eso los quiero. Convierten una visita al hospital en un espectáculo cómico — dice Sofía, y su risa llena la habitación, aliviando la tensión que me atenazaba por dentro.

Me acerco y tomo su mano entre las mías.

Su piel es cálida, su agarre firme. — No más sustos así, ¿de acuerdo? Eres demasiado importante para nosotros.

Sus ojos se encuentran con los míos, con esa chispa familiar de rebeldía. — Yo no planeo este tipo de sustos, Ivan. Pero intentaré reducirlos al mínimo.

Viktor interviene de nuevo. — Bien, porque mi corazón no puede soportar este tipo de drama. Soy demasiado viejo.

— No eres viejo, solo estás mal conservado — responde Sofía.

Nos reímos y luego se hace de nuevo el silencio.

— ¿Me pueden hacer una promesa? — la voz de Sofía rompe el silencio, con una mezcla de broma y seriedad.

En la sala, la atmósfera cambia a medida que todos sintonizan, percibiendo el cambio.

— Nada de comida de hospital. Estoy convencida de que es un peligro para la salud.

Me acomodo, con una media sonrisa en los labios mientras la miro. — Considéralo hecho. La próxima vez, yo seré el chef. Pero... mantén tus expectativas moderadas, ¿de acuerdo? La gastronomía no es exactamente lo mío.

— ¿Es una promesa? — Su pregunta persiste en el aire, teñida de una duda juguetona que oculta su genuina preocupación por mis notorias habilidades culinarias.

Riendo suavemente, me inclino hacia ella y el momento se siente más ligero, más íntimo. — ¿Estás poniendo en duda mis habilidades culinarias? — bromeo, esperando ver el brillo en sus ojos, esa mirada que he llegado a apreciar.

Me mira, una sonrisa baila en sus labios, un reconocimiento silencioso de nuestros momentos compartidos, nuestras bromas internas y el consuelo que encontramos en ellas.

— Supongo que tendré que confiar en ti — me dice, con un suave susurro en la voz que, de algún modo, lo dice todo y me hace prometer que siempre mantendré intacta esa confianza.

— Quizás debería alimentarte yo mismo — sugiero, con un tono peligrosamente dulce, mientras suelto su barbilla y vuelvo a sentarme.

Maxym resopla cerca de mí, su mirada revolotea hacia Sofía antes de posarse de nuevo en mí. — Cuando estés cocinando, podríamos contratar una ambulancia de antemano.

— No soy tan malo — replico con suavidad, aunque por dentro sonrío como un loco.

— Solo sabes usar el cuchillo para una cosa — se burla Viktor desde el otro lado de la habitación.

— Bueno, eso no es del todo cierto — me encojo de hombros con indiferencia. — Puedo hacer más cosas con un cuchillo... pero ustedes no querrían verlo ni probarlo.

Me levanto de la silla y doy dos pasos hacia la cama de Sofía, con la mente llena de oscuros pensamientos sobre ella en otras circunstancias: atada e indefensa debajo de mí; mientras le muestro cuánto poder puede tener un cuchillo.

Pero eso es para otro momento. Por ahora, necesito asegurarle que no va a morir bajo mi protección.

— Muy bien, muchachos— finalmente rompo el silencio, mi tono lleva una advertencia mortal. — Ya basta de esta mierda. — Los miro fijamente y luego vuelvo a mirar a Sofía. — Es hora de irse a casa.

Asiento, decidido. — Vamos a darte el alta. — Me acerco al borde de la cama, dispuesto a ayudarla a levantarse.

Acepta mi mano y la levanto con cuidado. Cada movimiento que hago es cuidadoso, protector. Siento los ojos de Maxym y Viktor clavados en nosotros, sus bromas acalladas por respeto al momento.

El camino hasta el coche es lento. Sofía se apoya en mí, recuperando fuerzas, pero aún no está del todo recuperada. Es frágil de una forma que me recuerda lo mucho que significa para mí.

El aire fresco de la noche nos recibe al salir del hospital. Es tarde; el mundo a nuestro alrededor está tranquilo, en calma. Ayudo a Sofía a subir al coche, me aseguro de que esté cómoda y cierro la puerta con suavidad.

Me siento en el asiento del conductor y la miro. Las luces de la calle proyectan sombras sobre su rostro, pero aún puedo ver los rastros de dolor que persisten.

— Abróchate el cinturón — le digo en voz baja.

Me mira y una media sonrisa se abre paso entre la incomodidad. — Siempre cuidando de mí, ¿eh?

No puedo evitar devolverle la sonrisa. — Siempre — le afirmo, con el peso de mi promesa flotando entre nosotros.

El camino de vuelta a casa es tranquilo, la quietud de la noche nos envuelve en una cápsula que parece alejarnos del resto del mundo.

Capítulo 21

Viktor

Hoy tengo una cita con Sofía. Una cita. No he tenido una maldita cita desde que era un adolescente. En aquel entonces, todo era conversaciones incómodas y besos torpes, muy distinto al mundo en el que ahora vivo. Un mundo donde la intimidad es a menudo solo otra forma de negociación, donde cada interacción es un juego de poder. Pero Sofía ha cambiado todo eso.

Mientras me preparo, no puedo evitar reírme de lo absurdo de la situación. Yo, Viktor, el tipo que se siente más cómodo con una pistola en la mano que tomando a alguien de la mano, a punto de tener una cita. Nada menos que con Sofía. La mujer que ha conseguido abrirse paso en nuestras vidas, en mis pensamientos, con su resistencia y su fuego.

Sigo riéndome conmigo mismo mientras me anudo la corbata frente al espejo, mirando mi reflejo con la incredulidad grabada en el rostro. Un capo de la mafia, todo arreglado para una estupidez como una cita. Divertidísimo.

La risa desaparece de mis labios cuando pienso en Sofía. La dulce y testaruda Sofía, que me mira con esos ojos seductores como si fuera algo más que solo un monstruo, como si valiera más que la sangre de mis manos. Eso me inquieta, despierta cosas en mi interior que me hacen desear reclamarla y poseerla.

Cuando el sol aún no ha llegado a su cenit, me encuentro en la puerta de Sofía, vestido con una corbata que repentinamente me aprieta demasiado el cuello. Nuestra cita no es la típica velada nocturna; es una sorpresa, algo fuera de lo común que no implica cenas estereotipadas ni escenarios predecibles.

Sin embargo, aquí estoy, vestido como si estuviera a punto de cerrar un trato; en lugar de pasar el día con una mujer que ha estado en mi mente más de lo que me gustaría admitir.

En el momento en que Sofía abre la puerta, parece que el mundo se vuelca y su presencia domina el espacio con una gracia discreta. Es la encarnación del verano, con un vestido blanco que le llega justo por encima de las rodillas y cuyo tejido atrapa la tenue luz del atardecer. Sus pies descalzos parecen susurrar historias de libertad y caminos salvajes e indómitos. Unas ondas en el cabello enmarcan su rostro en una cascada suave y acogedora, resaltando la delicada curva de sus pómulos. En su mirada, parpadea una chispa de curiosidad, mezclada con una calidez que hace que una oleada de expectación recorra mis venas. Deja caer al suelo sus relucientes sandalias y

los calza con una elegancia que me oprime el pecho.

— Pareces más bien vestido para una ocasión triste que para nuestra cita — ella bromea, con una voz entre divertida y provocadora.

Levanto la comisura de los labios, incapaz de resistirme a su mordacidad. — Oh, ya me conoces: estoy preparado para cualquier eventualidad. Sin embargo, tú —me detengo un instante, dejando que mis ojos se deleiten con su aspecto— estás sencillamente impresionante.

Su risa resuena, clara y vibrante, atravesando la quietud de la noche. — Encantador como siempre, Viktor. Pero tengo curiosidad, ¿a dónde nos llevará este enigmático viaje de hoy?

Extiendo mi brazo hacia ella, una oferta de camaradería más que de mera cortesía, y sonrío. — Una aventura hacia lo inesperado. Créeme, es una experiencia mucho más allá de lo ordinario.

Sus ojos se abren un poco. La reacción es inmediata y gratificante. Siempre sienta bien darle un poco de emoción. Tampoco me extraña el ligero temblor de sus manos al abrocharse el cinturón.

Durante el trayecto, Sofía intenta adivinar nuestro destino, y lanza cada disparatada. — ¿Vamos a hacer paracaidismo? ¿Vamos a subir a un globo aerostático?

Me río entre dientes, negando con la cabeza. — Tu imaginación es alocada, Sofía. Pero esto es aún más extraordinario.

El viaje es un torbellino de tensión y expectación. Sofía no deja de hacer conjeturas sobre nuestro destino, tan disparatadas que resultan cómicas. El juego de adivinanzas no hace sino aumentar aún más la emoción. Sus bromas son como un bálsamo para mi atormentada mente, manteniendo a raya la oscuridad, aunque solo sea por un momento.

Salgo del coche y me paro delante de la señal de buceo con tiburones. Una sonrisa ladina se dibuja en mi rostro. Hoy he decidido traer aquí a Sofía. Una decisión audaz, pero soy un hombre audaz.

— ¿Dónde estamos? — me pregunta.

— Daremos un paseo por el mar, Sofía — le digo, y me hago a un lado para mostrarle el cartel.

Mi voz es ronca por la expectación.

Se queda boquiabierta, con la sorpresa reflejada en los ojos. — Estás bromeando, ¿cierto?

— No — confieso con una risita gutural, mientras mis ojos bailan con perverso placer ante su sorpresa. — Pensé que podría ser... estimulante.

— Pero... ¿tiburones? — su voz vacila.

En respuesta, le rodeo la cintura con el brazo y tiro de ella. Su aroma inunda mis sentidos. Dulce

e inocente, todo lo opuesto a mí. Sin embargo, es esa misma pureza la que me atrae como una polilla a la llama.

— Sofía — le murmuro al oído. — ¿Tienes miedo?

— No tengo miedo — replica desafiante, poniéndose en pie. — Es que… bueno, no me esperaba esto.

Suelto una risita oscura y aprieto los labios contra su sien. — Bien. — Suelto su cintura y la conduzco hacia el muelle, donde nos espera nuestro barco privado.

Durante el trayecto hasta el punto de inmersión, hay una tensión latente entre nosotros. Intercambiamos las bromas de siempre, las suyas desenfadadas y las mías llenas de insinuaciones que la hacen sonrojarse y reírse con nerviosismo.

Una vez en el lugar, ayudo a Sophia a ponerse la escafandra. Mis dedos se detienen en la curva de su cintura, en la parte baja de su espalda. Su respiración se entrecorta ligeramente ante mi contacto, mientras se muerde el labio inferior para reprimir una sonrisa. Me encanta ponerla nerviosa, me excita muchísimo.

— Nunca he hecho esto antes — admite, mordiéndose el labio.

— Relájate — le digo, con la voz más áspera de la que pretendía. — Cuidaré de ti.

Una vez que los dos nos hemos puesto el traje, la conduzco al borde del barco. Hay dos instructores.

— ¿Los ves? — pregunto señalando a los instructores. — Son los mejores — le aseguro.

Mira a los hombres con aprensión. — ¿Y si no son lo suficientemente buenos?

Resoplo, cruzando los brazos sobre el pecho. — Créeme, cariño, si no fueran lo suficientemente buenos, ya estarían muertos — respondo, mirándola con una sonrisa burlona.

La visión de los tiburones arremolinándose bajo nosotros me produce una emoción que rivaliza con cualquier persecución a alta velocidad o misión mortal a la que haya sobrevivido antes. Será solo un momento porque está embarazada.

— Te cubriré la espalda, Sofía — murmuro, mis palabras apenas audibles por encima del sonido de las olas rompiendo contra el barco. — Solo bucearemos un rato. No tienes que preocuparte por nada. Quédate conmigo.

Su rostro se vuelve serio y se relame los labios. Me fuerzo a contener un gemido. Maldición, esta mujer sabe cómo sacarme de quicio sin siquiera intentarlo.

Sin poder contenerme, me inclino hacia ella y recorro con la mirada sus labios rosados. —

¿Segura que quieres hacerlo? — le pregunto, las palabras salen de mis labios antes de que pueda filtrarlas.

Asiente con firmeza, sin apartar los ojos de los míos. — Sí — dice, con la voz más fuerte que antes.

— Bien — le digo, conteniendo una sonrisa de satisfacción al ver cómo se remueve bajo mi mirada.

Sofía respira hondo y se ajusta las gafas de bucear bajo mi atenta mirada. Su valentía me enciende.

Mientras nos acercamos juntos al borde del barco, apoyo mi mano en su espalda. Me escuecen los dedos por seguir explorando, pero me contengo. Tengo planes para esta chica y no implican una satisfacción prematura.

— ¿Lista? — le pregunto, con una sonrisa en la cara mientras me mira.

Traga saliva y asiente con la cabeza. Con un destello de miedo en sus ojos, enmascarado rápidamente por pura determinación. Es más fuerte de lo que dice ser.

La adrenalina es embriagadora, y el miedo de Sofía mezclado con la excitación es un maldito afrodisíaco como ningún otro.

— Es hora de zambullirse — anuncio, acercándome al borde del barco con Sofía.

No puedo evitar admirar su valentía: mi preciosa y valiente chica se enfrenta a sus miedos conmigo. Eso despierta algo oscuro y posesivo en mí y aprieto con más fuerza su mano.

— La pasaremos genial — le prometo, mi voz apenas audible por encima del sonido de nuestra propia respiración.

— Estoy segura de ello — responde Sofía, su voz contiene un toque de miedo, pero también de excitación.

Es emocionante y embriagador. Y que me jodan si esto no me excita más que cualquier otra cosa. Se mete el regulador en la boca y me la imagino haciendo lo mismo con mi polla.

Doy un paso adelante y aprieto mi cuerpo contra el de Sofía, para que pueda sentir la fuerza bruta que me recorre. Noto que se le acelera el pulso, un testimonio del peligroso encanto que se aferra a mí como una segunda piel.

— Escucha, дорогая, cariño. — Bajo la voz, el término ruso de cariño sale de mis labios. — Te tengo.

A pesar de la máscara y el regulador, su rostro dice mucho de su confianza en mí, una confianza

que estoy decidido a no traicionar.

Agarrando firmemente su mano, nos conduzco al interior del océano, al oscuro abismo que nos engulle. A medida que descendemos, el mundo de arriba se desvanece, sustituido por la silenciosa y apremiante profundidad del mar. Los únicos sonidos son nuestras respiraciones regulares y las burbujas de aire que suben a la superficie y nos conectan con el mundo que hemos dejado atrás.

El frío del agua se filtra a través de nuestros trajes, pero la mano de Sofía en la mía se siente cálida, una conexión tangible en la oscuridad envolvente. La estrecho con firmeza, guiándonos hacia el fondo del océano, un paisaje sombrío iluminado por el tenue resplandor de nuestras linternas de buceo.

Las sombras se mueven en la periferia, las elegantes formas de los tiburones se deslizan por el agua con una elegancia que contradice su poder. Sofía me sujeta con fuerza, su fascinación es evidente incluso a través de la máscara. Me inclino hacia ella y le señalo una sombra especialmente grande que ha venido a investigar, con una curiosidad hacia nosotros tan clara como la nuestra hacia ella.

Un tiburón, una criatura magnífica, nos rodea y sus ojos reflejan un mundo tan diferente al nuestro.

Cuando comenzamos a ascender, dejando a los tiburones en sus dominios, puedo sentir la euforia de Sofía, su cuerpo prácticamente vibra con ella. Cuando salimos a la superficie, el mundo parece más brillante, más vivo.

De vuelta en el barco, es todo alegría y risas, la emoción de la inmersión enciende una luz en sus ojos que no había visto antes. — Estuvo increíble — exclama, y sus palabras salen precipitadamente. — No puedo creer que lo hayamos hecho.

No puedo evitar reírme, su felicidad es contagiosa. — Te dije que sería una aventura, дорогая.

Volver a ponernos la ropa después de la inmersión es como salir de un mundo y entrar en otro. La adrenalina sigue corriendo por mis venas, un recuerdo de la experiencia surrealista que acabamos de compartir.

— ¡Increíble! — dice Sofía, recogiéndose el cabello en una coleta suelta.

Sus ojos están iluminados, la emoción de la inmersión tiñe sus rasgos eufóricos. — Nunca pensé que nadaría con tiburones.

No puedo evitar sonreír ante su entusiasmo. — Te prometí que te haría pasar un buen rato. ¿Crees que dejaría que te aburrieras conmigo?

Se ríe, un sonido que se está convirtiendo rápidamente en mi melodía favorita. — ¿Aburrirme? ¿Contigo? Jamás. Aunque esperaba que lucharas con un tiburón ahí abajo.

— Dame algo de crédito, дорогая. Sé cómo impresionar a una dama sin recurrir a la fuerza bruta — replico, acortando la distancia que nos separa.

Ella está ahí, en su simplicidad, más imponente que cualquier arma que haya empuñado.

— Sí, bueno, definitivamente hiciste que el día de hoy fuera memorable — admite, su mirada se suaviza al mirarme.

Mientras regresamos a la orilla, el silencio que nos rodea es confortable, lleno de palabras no dichas y secretos compartidos. El tipo de silencio que solo se consigue cuando uno está completamente a gusto con alguien.

— Sabes, no hice esto solo por la emoción — me encuentro diciendo, las palabras se me escapan antes de que pueda detenerlas. — Quería compartir algo diferente contigo. Algo fuera de lo común.

Se detiene y voltea para mirarme, con expresión pensativa. — Lo diferente es algo bueno, Viktor.

Me doy cuenta de que esto es lo que quiero: más días como éste, con Sofía, con nuestra creciente familia. Es un futuro que antes no me atrevía a imaginar, pero ahora es lo único en lo que puedo pensar.

Capítulo 22

Sofía

Despertar en la cama de Maxym no formaba parte de ningún plan. Pero anoche, con la casa colmada de un silencio estremecedor y con mis pensamientos desbordados, buscar consuelo parecía la única opción. Y Maxym, bueno, era el único que estaba cerca.

La luz de la mañana se filtra a través de las cortinas, dibujando suaves patrones en la habitación. Soy muy consciente de su cuerpo cálido junto al mío, de su respiración tranquila, y de la expresión pacífica en su rostro. Es raro verlo tan desprevenido, sus rasgos ensombrecidos suavizados por el sueño.

Me remuevo un poco y su brazo me rodea instintivamente, acercándome. — Buenos días — dice con voz ronca.

— ¿Te desperté? — le pregunto, aunque no lamento haberlo hecho.

Entreabre un ojo y se le dibuja una sonrisa en los labios. — Esperaba que no fuera un sueño — murmura, y vaya si mi corazón no da un vuelco.

— ¿Yo, en tu cama? Suena más bien a pesadilla — me burlo, tratando de aligerar el momento, de ignorar lo bien que se siente estar aquí con él.

Se ríe, con un sonido profundo y genuino. — Entonces es la mejor pesadilla que he tenido.

Nos quedamos tumbados un momento, cómodos en el silencio que nos envuelve.

Pero es inevitable la inquietud que empieza a invadirme, la necesidad de traspasar los límites de esta intimidad inesperada. — ¿Cuál es el plan para hoy? ¿Más cavilaciones y mirar a todo el mundo con el ceño fruncido?

Maxym se incorpora y se pasa una mano por el cabello. — Pensé en empezar el día preparando el desayuno. ¿Te apuntas?

La oferta me sorprende. ¿Maxym, en la cocina, cocinando?

— Lo creeré cuando lo vea. Y quiero que sepas que soy una crítica bastante exigente.

Se levanta, estirándose, las líneas de sus músculos visibles bajo la camisa. — Reto aceptado.

Seguir a Maxym hasta la cocina es como entrar en un nuevo campo de batalla, en el que las armas son herramientas culinarias y lo que está en juego es, por extraño que parezca, algo mucho

más personal.

Ya está allí, rebuscando en la nevera, sacando ingredientes con una confianza que me impresiona y me asusta al mismo tiempo. — Espero que te gusten los huevos — dice, mirándome por encima del hombro con una sonrisa burlona.

— Tengo más curiosidad por saber si puedes cocinarlos sin incendiar la cocina — respondo, apoyada en la encimera, con los brazos cruzados, disfrutando al máximo de esta versión doméstica de Maxym.

El desafío parece divertirlo.

Rompe los huevos en un cuenco con una floritura y los bate enérgicamente. — Prepárate para asombrarte — declara, concentrado en la tarea que tiene entre manos.

Lo observo, la tensión de nuestro despertar matutino se funde en una charla fácil y juguetona. Es una faceta de él de la que solo he visto algunos destellos, pero que nunca había mostrado del todo. El hombre que puede reír, que puede participar en bromas desenfadadas sin que el peso de sus responsabilidades ensombrezca cada uno de sus movimientos.

Mientras cocina, me acerco, atraída por el calor de su presencia y el tentador aroma que inunda la cocina. — ¿Necesitas ayuda?

— Creo que obtendrás más de lo que deseas si me ofreces tu ayuda.

Voltea hacia mí, deja la batidora y acorta la distancia que nos separa en cuestión de segundos. Sus ojos se oscurecen de deseo y coloca las manos a ambos lados de mí, aprisionándome contra la encimera.

Sonríe con una mezcla de arrogancia y lujuria en los ojos. — Tú te lo buscaste — gruñe antes de pegar sus labios a los míos, en un feroz apretón que no deja lugar a dudas.

Nuestras lenguas se enredan en una acalorada danza, un beso lleno de una embriagadora mezcla de dominio y sumisión.

Mi cuerpo responde con avidez a sus caricias, mis manos lo alcanzan instintivamente mientras nos exploramos mutuamente con creciente urgencia. Noto cómo el calor aumenta entre nosotros, cómo el deseo y la necesidad se entrelazan en una sinfonía desesperada.

Las manos de Maxym me sujetan con fuerza por la cintura y me acercan a él. Su contacto es eléctrico, me produce escalofríos y me hace respirar agitadamente. Baja la cabeza hasta mi cuello y me recorre la piel con besos ardientes, cada uno de los cuales deja una marca abrasadora a su paso.

Intento recuperar el aliento mientras él me pellizca la piel sensible justo debajo del lóbulo de la

oreja, sus dientes rozándome con una pizca de dolor que aumenta mi placer. Mis dedos se clavan en sus hombros mientras me entrego por completo al momento, dejando que tome el control.

Es entonces cuando se retira. — No debemos dejar que los huevos se quemen.

Me separo de Maxym, con los labios hinchados y la respiración agitada por el deseo. La intensidad de su contacto me deja con ganas de más, pero su recordatorio sobre los huevos me devuelve a la realidad.

Le lanzo una sonrisa sensual y mi voz rebosa expectación. — Claro, no nos gustaría que el desayuno ardiera en llamas, ¿verdad?

Se ríe entre dientes, con los ojos llenos de una mezcla de lujuria y diversión. — No, no nos gustaría — murmura, pasándose una mano por el cabello despeinado. — Pero no te preocupes, me aseguraré de que te sacies con algo igual de caliente y delicioso.

Incapaz de resistirme por más tiempo, me acerco a él y aprieto mi cuerpo contra su espalda. El calor que emana de su piel me hace sentir oleadas de excitación.

— Sabes —le susurro al oído, con voz seductora— cocinar no es lo único que se te da bien.

Voltea ligeramente para mirarme, con un brillo travieso en los ojos. — ¿Ah, sí? ¿Y en qué más soy bueno? — me desafía.

Sonrío y le recorro el pecho con un dedo, sintiendo la dureza de sus músculos bajo mi contacto. — En tentarme a todo tipo de actos pecaminosos — ronroneo.

Se le escapa un gruñido mientras me agarra por la cintura y me estrecha contra él.

Es entonces cuando detectamos el olor a comida quemada. — Maldición.

Me río suavemente, sintiendo que me invade una mezcla de decepción y diversión. — Bueno — digo con una sonrisa traviesa— supongo que tendremos que encontrar otra forma de saciar nuestro apetito.

Maxym esboza una sonrisa de satisfacción al mirarme. — Créeme —dice roncamente— tengo muchas más ideas deliciosas en mente.

Es entonces cuando Viktor entra en la habitación y ambos nos separamos, tosiendo.

— ¿Están listos? — pregunta Viktor, mirándonos expectante como si fuera completamente ajeno al cargado ambiente en el que acaba de entrar. — ¿Para la cita con el médico?

Asiento con la cabeza, aún aturdida por la intensidad del momento con Maxym. — Sí, estamos listos, o lo estaremos cuando nos hayamos cambiado el pijama — respondo, con la voz un poco entrecortada.

Maxym se aclara la garganta, sus ojos se fijan en los míos durante un breve segundo antes de volver su atención a Viktor. — Vamos detrás de ti — dice.

Cuando Viktor sale de la habitación, no puedo evitar sentir una punzada de decepción. La interrupción llegó en el momento más inoportuno posible. Había estado a punto de entregarme por completo a los deseos de Maxym, dejando que tomara el control de un modo que me excitaba y me aterrorizaba a la vez.

Maxym voltea hacia mí con una sonrisa que me produce escalofríos. — Parece que vamos a tener que posponer nuestro pequeño juego por el momento — me dice con voz ronca.

Le dirijo una sonrisa sensual y me acerco a él hasta que nuestros cuerpos casi se tocan. — No te preocupes — ronroneo. — Tengo muchas ideas para más tarde.

Sonríe, con la comisura de los labios crispada por la promesa. — Cuento con ello.

Dejamos atrás las ruinas de nuestro desayuno y, poco después, seguimos a Viktor hasta el coche, donde nos espera Ivan. La energía entre nosotros es palpable, cada mirada lo dice todo.

Maxym se acerca para susurrarme. — ¿Pensando en lo de más tarde?

Mi cara debe de decirlo todo porque suelta una risita, un sonido profundo que resuena en mi interior.

En el coche, Ivan rompe el silencio primero. — Así que estamos a punto de saber si vamos a tener una princesita Bratva o un mini jefe de la mafia — dice, con una inusual pizca de humor en la voz.

Viktor se ríe, mirando hacia atrás desde el asiento del copiloto. — Apuesto que será una niña. Está claro que estamos destinados a ser superados en fuerza.

Me inclino hacia delante, uniéndome a la broma. — Siempre que herede mi aspecto y no tu indiscutible encanto, Viktor — bromeo, mirándolo por el retrovisor.

Maxym, siempre atento al volante, añade. — Será perfecta, independientemente de lo que suceda. Yo también deseo que sea una niña. — Su mano encuentra la mía y la aprieta para tranquilizarme.

El consultorio de la doctora es totalmente distinto de nuestros lugares habituales, un lugar con luces estériles y con suaves murmullos en voz baja. Cuando nos llaman, siento una mezcla de nervios y emoción. Ha llegado el momento de la verdad.

La ecografía es un torbellino de emociones, la voz de la doctora es una presencia tranquilizadora mientras miramos la pantalla, intentando darle sentido a las formas y sombras que representan nuestro futuro.

— ¿Les gustaría saber el sexo? — pregunta la doctora, con una sonrisa.

— Sí — decimos casi al unísono, conteniendo la respiración colectivamente.

— Es una niña — anuncia, y la sala explota.

— ¡Una niña! — Viktor exclama, confirmada su predicción anterior.

Ivan silba, un sonido de auténtico placer. — Una princesa de hecho. Ahora estamos en problemas.

Maxym me agarra la mano con fuerza, su alegría es palpable. — Una hija — susurra.

No puedo evitar las lágrimas que brotan de mis ojos, la realidad de nuestra situación me golpea. Vamos a tener una hija. Una niña que será amada y protegida por el grupo de tutores más insólito.

— Siempre y cuando no empiece a salir con nadie hasta los treinta — bromea Maxym, pero sus palabras tienen un toque de seriedad.

— ¿Treinta? Que sean cuarenta — dice Viktor, e incluso Ivan asiente.

Me río entre lágrimas, abrumada por el amor que ya rodea a nuestra hija. — ¿Oíste eso, pequeña? Vas a tener la familia más sobreprotectora de la historia.

Capítulo 23

Maxym

Siete meses después, el abultado vientre de Sofía es inconfundible, un testimonio rotundo de la vida que estamos a punto de acoger. Estamos en el viejo muelle, un lugar al que solía ir para pasar momentos de soledad, ahora compartidos con ella. La inmensidad del mar refleja mis pensamientos, interminables y turbulentos.

— ¿Crees que le gustará pescar? — pregunto, señalando el mar con la cabeza, tratando de imaginar salidas familiares que no impliquen esquivar balas o negociar la paz entre grupos rivales.

Sofía se ríe, con la mano apoyada en el vientre. — ¿Contigo como padre? A los cinco años ella ya estará pescando tiburones.

Gruño, divertido a mi pesar. — Tiburones, ¿eh? Mientras no los traiga a casa.

Se acerca, su presencia es un calor reconfortante a mi lado. — Sabes, da muchas patadas cuando estamos cerca del agua. Creo que tenemos una sirenita en camino.

La miro, nuestro futuro envuelto en la curva de su vientre. — Sirenita o no, envolveré todo el muelle en redes de seguridad.

Pone los ojos en blanco, pero sonríe. — ¡Qué sobreprotector!

— Por supuesto — digo, mi tono no admite discusión. — Nadie se meterá con mi niña.

En ese momento, una ola salpica el muelle y nos rocía con agua fría. Sofía chilla, un sonido tan lleno de vida que atraviesa mi malhumor habitual como la luz del sol atraviesa las nubes.

— ¡Maxym! — exclama, medio molesta, medio riendo. — ¡Lo hiciste a propósito!

No puedo evitar la sonrisa que se dibuja en mis labios. — Jamás, дорогая.

Ella sacude la cabeza, las gotas de agua sobre su cabello como diamantes. — Eres increíble.

— Y a ti te encanta — respondo, con la naturalidad de nuestras bromas, un raro tesoro que he llegado a valorar más que nada en mi reservado mundo.

Antes de que Sofía pueda replicar, suena mi teléfono y, cuando contesto, lo pongo en videollamada.

— ¿Interrumpimos un momento íntimo? — la voz de Ivan es seca, con un atisbo de satisfacción

en los labios mientras nos mira.

Viktor da unas palmadas, con un brillo travieso en los ojos. — No dejen que esto los detenga. Nos encanta el espectáculo.

Sofía pone los ojos en blanco, pero sonríe con indulgencia. — Maxym necesitaba un momento de paz y tranquilidad. Estábamos a punto de ir a la piscina. ¿Les apetece acompañarnos?

La idea de pasar el día juntos, lejos del peso de nuestras responsabilidades, resulta atractiva. La zona de la piscina, aislada y segura, ofrece una extraña oportunidad de relajación, un breve respiro de nuestra vida cotidiana.

— Entonces, hoy será día de piscina — digo levantándome y tendiéndole la mano para ayudar a Sofía a ponerse en pie.

Su embarazo no la ha frenado mucho, pero estoy siempre alerta, con mis instintos protectores al máximo.

De camino a la piscina, el ambiente es distendido, las risas y las bromas llenan la atmósfera. Sofía, radiante y animada, se convierte en el centro de atención, con su ingenio lo bastante agudo como para mantener en vilo incluso a Ivan.

Viktor se zambulle en la piscina con un chapoteo rimbombante, retándonos a unirnos a él. Ivan lo sigue, más moderado, pero con una precisión que habla de su naturaleza disciplinada.

Sofía se sienta en la orilla, sumerge los pies en el agua y suelta una carcajada mientras salpica a Viktor cuando se acerca demasiado. — Pórtate bien o me aseguraré de que te arrepientas — le advierte, pero no hay verdadera seriedad en sus palabras.

Me deslizo en el agua, colocándome cerca de ella, un centinela silencioso incluso en los momentos de ocio. — Deberías meterte — le sugiero. — El agua está perfecta.

Vacila, con un destello de incertidumbre en los ojos, pero luego asiente. Cuidadosamente, se sumerge en el agua.

— Tenemos que hacer esto más seguido — comenta Iván, flotando de espaldas, con una tranquilidad que no había visto en meses.

— Sí, antes de que estemos hundidos hasta las rodillas de pañales y leche maternizada — añade Viktor, nadando hacia donde estamos Sofía y yo.

Sofía lo salpica ligeramente. — Serás un gran padre, Viktor. Pero no le enseñes ninguno de tus malos hábitos.

— ¿Quién, yo? — Viktor finge inocencia, pero todos sabemos que no es así. — ¿Malos hábitos?

Te aseguro que mis hábitos son ejemplares — protesta Viktor, con un tono burlón y ofendido.

Ivan, flotando cerca, interviene. — Ejemplares a la hora de meternos en líos, tal vez.

No puedo evitar reírme, viendo cómo se desarrollan las bromas. — No asustemos a Sofía. Seremos unos padres ejemplares, ¿cierto? — digo, dirigiendo mi pregunta hacia Viktor e Ivan, ofreciendo a Sofía una mirada tranquilizadora.

— Por supuesto — asiente Ivan, enderezándose en el agua. — Le enseñaremos todo lo importante. Por ejemplo, cómo lanzar un puñetazo y cómo reconocer si alguien le está siguiendo.

Viktor asiente, nadando más cerca. — Y el arte de huir a tiempo. Habilidades esenciales para cualquier descendiente nuestro.

Sofía sacude la cabeza, con expresión divertida. — ¿Qué tal si empezamos con algo más sencillo? Por ejemplo, no sé, ¿rimas infantiles en vez de planes de fuga?

— Los planes de fuga pueden ser canciones infantiles — bromea Viktor, ganándose una mirada de reojo de Sofía.

La rodeo con un brazo y la atraigo suavemente hacia mí. — No te preocupes, el material didáctico será adecuado para cada edad. Al menos los primeros años.

Su risa se mezcla con el sonido del agua, una melodía que alivia la tensión constante que atraviesa mi vida.

— Te tomo la palabra — me dice, con una voz ligera pero llena de sinceridad.

— Prométanme algo — dice de repente Sofía, volteándose para mirarnos a cada uno por turno. — Prométanme que, pase lo que pase, ella conocerá una vida más allá de esto. Más allá de la Bratva.

— Te lo prometemos — respondo por todos nosotros, el peso de nuestro compromiso asentándose en mi pecho. — Conocerá el amor, la alegría y a una familia que estará a su lado, siempre.

Sofía sonríe, una sonrisa suave y radiante que ilumina el crepúsculo. — Gracias.

Mientras nos secamos y recogemos nuestras cosas, Sofía deja en el aire una pregunta, meditabunda y un poco aprensiva.

— ¿Qué creen que pensará de tener tres padres? — nos pregunta, envolviéndose en una toalla.

Ivan, siempre estratega, lo considera seriamente. — Pensará que es la chica más afortunada del mundo — afirma con seguridad. — Recibirá el triple de consejos, el triple de protección y el triple de amor.

Sofía sonríe ante las palabras de Ivan, un toque de diversión ilumina sus ojos. — El triple de consejos, ¿eh? Esperemos que eso no la confunda demasiado.

Ivan se ríe, un sonido poco frecuente que llena la habitación de calidez. — La confusión es solo el primer paso hacia la sabiduría. Será sabia más allá de su edad.

Viktor interviene, incapaz de resistirse. — Siempre y cuando no herede tu sentido del humor, Ivan. Queremos que la niña sea capaz de hacer amigos.

No puedo evitar reírme, la tensión de la conversación se aligera. — ¿Y qué hay de tus habilidades al volante, Viktor? Nuestro objetivo es garantizar su seguridad, ¿recuerdas?

La risa de Sofía se une a la nuestra, y su anterior aprensión desaparece ante nuestras bromas. — Bueno, con la habilidad culinaria de Maxym, la mente estratega de Ivan y el entusiasmo de Viktor, está destinada a ser una persona completa.

Asiento con la cabeza, sintiendo una oleada de orgullo al pensarlo. — Y contigo como madre, será imbatible. Amable, inteligente y fuerte.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros, un testimonio de nuestras esperanzas colectivas en la pequeña vida que estamos a punto de recibir.

Pero entonces, la voz de Sofía atraviesa la calidez y nos recuerda la fría realidad que todos hemos intentado ignorar.

— Pero no estaré allí, ¿cierto? — sus palabras son suaves, apenas un susurro, pero caen con el peso de mil ladrillos, silenciando la habitación.

La risa se desvanece, sustituida por un pesado silencio. Sofía mira hacia abajo, la sombra de la tristeza cruza sus rasgos, un marcado contraste con la ligereza de hace un momento.

Siento un nudo en el estómago. Hemos eludido este tema, nos hemos permitido olvidar, aunque solo fuera por un momento, los términos que habíamos acordado. La presencia de Sofía se ha convertido en una constante, su risa es una melodía en la banda sonora, normalmente sombría, de nuestras vidas. La idea de que se vaya, de que se lleve con ella una parte de nosotros, es una realidad a la que me resisto enfrentarme.

Ivan se aclara la garganta, rompiendo el silencio, pero su habitual confianza parece flaquear. — Sofía, nosotros... — empieza, luchando por encontrar las palabras que podrían cerrar la brecha que ha creado su declaración.

Viktor se remueve incómodo, con la mirada fija en el suelo. El hombre que siempre está listo para hacer una broma o un comentario desenfadado no sabe qué decir, la gravedad de la situación lo deja sin palabras.

Miro a Sofía, su vulnerabilidad al descubierto, y me doy cuenta de la profundidad de la decisión que hemos tomado. No se trata solo de protegerla, de darle libertad o de garantizar la seguridad del bebé. Se trata de nosotros, de mí, lidiando con la inminente pérdida de su presencia, de su influencia en nuestras vidas.

— Sofía —empiezo, con la voz más firme de lo que realmente siento— hicimos un acuerdo, sí. Pero eso no significa que no pueda cambiar. Te has convertido... eres importante para nosotros. Para mí.

Sus ojos se levantan para encontrarse con los míos, buscando, tal vez, la seguridad de que esto no es el final, de que los lazos que hemos formado no se romperán por la distancia o por el acuerdo que hemos hecho en otro tiempo, en otras circunstancias.

— Podemos hablarlo, reevaluarlo — sugiero, la idea se va formando mientras hablo. — Las cosas han cambiado. Nosotros hemos cambiado.

Ivan asiente, sumando su apoyo. — Maxym tiene razón. No previmos... esto —hace un gesto vago, abarcando el espacio entre todos nosotros— cuando hicimos esos planes.

Ella se marchará. Ese pensamiento resuena en mi mente como un disparo en un callejón vacío, agudo y devastador. Me hierve la sangre. Esto no está bien, no es justo. Ella debe estar aquí, con nosotros.

Vuelvo a mirar a Sofía, su fragilidad atraviesa mi endurecido exterior como una bala bien dirigida. No soy un hombre de muchas palabras, pero al diablo con todo si dejo que se vaya sin luchar.

— Sofía — retumba mi voz desde lo más profundo de mi pecho, cada sílaba goteando desesperación y un innegable anhelo. — No tenemos por qué limitarnos a lo que acordamos previamente. — Hago una pausa para calmarme, para alejarme del umbral de vulnerabilidad que he pisado sin querer.

Sus ojos parpadean para encontrarse con los míos, buscando consuelo. Es una mirada que afecta de mi duro corazón con una ternura sorprendente.

Ivan interviene después de una eternidad. — Él tiene razón, no nos esperábamos esta mierda. — Sus brazos se extienden, abarcando la tensión, a Sofía, a mí... a todos.

El silencio se rompe cuando Viktor encuentra finalmente la voz. No necesita decir nada, el acero de su mirada lo dice todo.

Nos sumergimos en nuestros miedos y esperanzas, y cada palabra se abre camino hacia la comprensión, una revelación a la vez. No es fácil, para nada, pero es necesario, un maldito

reconocimiento de dónde estamos y hacia dónde nos dirigimos.

Y, a pesar de todo, un pensamiento permanece clavado en mi mente como una espina. Maldita sea, la quiero. Quiero reclamarla, marcarla como mía. Ese pensamiento me consume, se convierte en mi salvavidas en esta tempestad de emociones que amenaza con ahogarme.

Capítulo 24

Sofía

Nunca imaginé que mi despedida sería en una habitación de hospital, empapada en sudor, estrujando las manos de Maxym y Viktor mientras traigo al mundo a nuestra hija. No se me escapa la ironía. Decir adiós mientras doy la bienvenida al saludo más significativo de mi vida.

— Maldición, Sofía, sí que sabes apretar… — bromea Viktor, tratando de aligerar el ambiente; su humor habitual es una grata distracción del dolor.

— Te voy a dar un buen apretón — consigo jadear entre contracciones, sin saber si quiero reír o llorar, o tal vez darle un puñetazo... cariñoso, por supuesto.

Maxym, siempre estoico, mantiene sus ojos clavados en los míos, su voz es un ancla firme. — Lo estás haciendo muy bien, дорогая. Solo un poco más.

E Ivan, bendito sea, está parado a los pies de la cama, con un aspecto un poco más pálido que de costumbre. — He visto hombres heridos de bala y no parecían tan fieros como tú, Sofía.

— Qué curioso — le contesto, la contracción alcanza su punto máximo. — Ahora mismo estoy a punto de pegarle un tiro a alguien.

El parto no se parece en nada a lo que había imaginado. Es más largo, más duro; un maratón que pone a prueba cada gramo de fuerza que no sabía que tenía. Cada contracción es como una ola, abrumadora e implacable, y la sobrellevo lo mejor que puedo, aferrándome a las manos de Maxym y Viktor como si fueran mis salvavidas.

La habitación es un hervidero de actividad, enfermeras que van y vienen, el pitido constante del monitor que registra los latidos del corazón de nuestra hija, un recordatorio constante de la razón de todo este dolor. La cara de Maxym es una máscara de preocupación, sus palabras de aliento susurradas entre contracciones son como un bálsamo incluso cuando mi cuerpo grita pidiendo alivio.

Viktor intenta hacerme reír, sus intentos de humor son una distracción bienvenida, pero hay una opresión alrededor de sus ojos que no estaba allí antes. Está asustado, todos lo estamos, la gravedad de la situación apremia con cada minuto que pasa.

Ivan, siempre calmado en medio de la tormenta, se aparta un poco, dejándome espacio y ofreciéndome su fuerza con la silenciosa solidez de su presencia. — Lo estás haciendo muy bien,

Sofía — me dice, y yo le creo, aunque siento que me estoy desmoronando.

La voz del doctor es firme, una guía en medio de la tempestad. — Ya casi, Sofía. Solo unos empujones más. — Pero el «casi» se alarga, el tiempo se distorsiona en la encrucijada del parto, y me pregunto si realmente puedo hacerlo, si soy lo bastante fuerte para lograrlo.

Me golpea otra contracción, un maremoto de dolor, y aprieto con todas mis fuerzas, con un grito primitivo y gutural que me desgarra la garganta. Maxym me sujeta la mano con más fuerza y me aparta el cabello de la frente con la otra, como un voto silencioso de apoyo.

— Puedes hacerlo, Sofía. Ya casi está aquí — murmura, y su voz es a lo que me aferro mientras reúno fuerzas, superando el dolor, buscando la promesa del final de este viaje y el comienzo de uno nuevo.

Y entonces, de repente, la presión cede y la habitación se llena con el sonido de un nuevo grito, claro y fuerte. Atraviesa la niebla del dolor, un faro de esperanza, el heraldo de una nueva vida.

Al poner a nuestra hija en mis brazos, todo el dolor se vuelve insignificante ante el peso de este pequeño y perfecto ser humano que hemos creado. Está aquí, es real y es nuestra. El viaje para traerla al mundo no era algo para lo que pudiera haberme preparado, pero cuando la miro a los ojos por primera vez, sé que cada momento ha valido la pena.

Después de la intensidad del parto y de los primeros momentos mágicos con nuestra hija, la habitación adquiere un nuevo ritmo, lleno de suaves arrullos y de los silenciosos sonidos de una familia asombrada. Cuando Maxym toma con cuidado a nuestra bebé en brazos, su rostro se suaviza de una forma que pocas veces había visto, un tierno gigante acunando al tesoro más preciado.

Los observo, con una sonrisa en los labios, cuando Viktor se inclina hacia mí con una voz susurrada juguetona. — Apuesto a que heredará tu testarudez. En ese caso, ya nos podemos ir preparando.

Me río entre dientes, a pesar del cansancio que pesa sobre mis miembros. — ¿Y qué hay de tu encanto, Viktor? Que Dios nos ayude a todos.

Ivan se une, con una sonrisa visible bajo su exterior normalmente estoico. — Al menos tendrá mi sentido táctico. Entonces podría tener una oportunidad.

Las bromas son amenas, reconfortantes, pero al ver a Maxym con nuestra hija, una repentina oleada de emoción me oprime el pecho. Las lágrimas se agolpan en mis ojos, de forma inesperada e imprevista, y un sollozo me aprisiona la garganta.

La habitación se queda en silencio, la ligereza sustituida por la preocupación. — ¿Sofía? ¿Qué te

pasa?

Intento hablar, pero las palabras se enredan en una telaraña de amor y miedo.

Finalmente, consigo susurrar entre lágrimas. — No quiero despedirme de ella.

Es la pura verdad, el origen de mi miedo desde el momento en que supe de su existencia. El acuerdo que antes parecía tan claro, ahora se siente como una barrera infranqueable, una despedida inminente a la que no estoy preparada a enfrentarme.

La expresión de Maxym cambia, una tormenta de emociones recorre su rostro antes de acomodarse a mi lado, con nuestra hija entre nosotros. — Sofía, no tienes que despedirte de ella. Nosotros... yo no quiero que te vayas. Somos una familia.

Viktor se acerca, su humor habitual sustituido por la sinceridad. — Tiene razón. Hemos sido unos idiotas al pensar que podíamos dejarte ir.

Ivan, callado hasta ahora, asiente. — Las necesitamos. A ambas. Al diablo el acuerdo.

Sus palabras, tan llenas de convicción y deseo de un futuro juntos, atraviesan la niebla de mis temores. Miro a uno y a otro, viendo la verdad en sus ojos, sintiéndola en el peso de nuestra hija en mis brazos.

— ¿De verdad? — la palabra es un suspiro, una esperanza revoloteando en mi pecho.

— De verdad — confirma Maxym, su mano encuentra la mía, una promesa tangible. — Lo resolveremos, juntos.

Viktor da un paso adelante, con la misma intensidad que Maxym. — Todos hemos hecho sacrificios y soportado penurias en esta vida. Pero tú... nos mostraste un camino diferente. Una oportunidad para algo más que el derramamiento de sangre y el poder. No podemos dejarte ir.

La expresión habitualmente estoica de Ivan se suaviza, sus ojos reflejan una mezcla de vulnerabilidad y anhelo. — No eres solo una madre sustituta para nosotros, Sofía. Eres mucho más que eso.

Sus palabras despiertan algo en lo más profundo de mi ser, resonando en zonas de mí misma que había enterrado durante mucho tiempo bajo capas de fuerza y resistencia. La atracción entre nosotros es innegable, magnética, cuando me doy cuenta de que este momento no es solo sobre nuestra hija; es también sobre nosotros.

El momento de la revelación, rodeado de los tres hombres que se han convertido en mi mundo y sosteniendo en brazos a la niña que lo ha cambiado todo, está cargado de emoción.

Pero es Viktor quien rompe la tensión con su impecable sincronización.

— Entonces, ¿eso significa que estoy oficialmente liberado del cambio de pañales? — pregunta Viktor, moviendo las cejas como si acabara de esquivar la bala más grande del mundo.

No puedo evitar soltar un bufido, lo absurdo de su preocupación en medio de nuestro momento de sinceridad me corta las últimas lágrimas. — En tus sueños, Viktor. Tú serás el primero en cambiarle los pañales.

Maxym se ríe, moviendo a nuestra hija en sus brazos con una facilidad natural que hace que mi corazón se hinche aún más. — Pensaba más bien en una rotación de tareas. Después de todo, es lo justo.

Ivan, que ha sido la fuerza silenciosa en todo esto, asiente solemnemente. — Prepararé los horarios. Viktor tendrá que levantarse en las madrugadas, en mi opinión.

Viktor levanta las manos en señal de rendición. — Ya entiendo. Todos se unen contra el más guapo.

La risa que brota de mi pecho es ligera, liberadora, una descarga de toda la tensión y el miedo acumulados. Aquí, en esta habitación, con estos hombres y nuestra hija, encuentro una felicidad tan profunda que es casi abrumadora.

— No puedo creer que vaya a decir esto —digo entre risas— pero no me gustaría que fuera de otra manera. Los pañales, tener que madrugar, todo eso.

Maxym se inclina y me besa la cabeza con una ternura que hace que una nueva oleada de lágrimas se derrame por mis mejillas, esta vez lágrimas de pura alegría. — Estamos juntos en esto. Cada cambio de pañal, cada noche sin dormir, cada momento.

— Nuestra pequeña tiene al mejor equipo — añade Ivan, el orgullo en su voz es inconfundible.

— Y la madre más sexy — añade Viktor, ganándose una mirada juguetona de mi parte.

— Y no te olvides de los padres más sobreprotectores — replico, aún con la risa a flor de piel. — No podrá tener citas hasta que tenga, ¿qué, treinta años?

Maxym asiente solemnemente, pero tiene un brillo en los ojos. — Cómo mínimo. Y solo después de una exhaustiva comprobación de antecedentes.

Viktor se inclina, de manera conspiradora. — Tendremos que empezar a entrenarla pronto. Enseñarle a tratar con los personajes más dudosos.

— ¿Te refieres a enseñarle a tratar con personajes como tú? — le respondo, incapaz de resistirme.

Viktor finge sujetarse el corazón. — Me heriste, Sofía. Me heriste profundamente.

Ivan, siempre la voz de la razón, o eso le gusta pensar, añade. — También tendremos que asegurarnos de que sepa defenderse. Y tal vez algo de hacking. Por seguridad.

— Genial, nuestra hija va a ser una hacker-espía con padres autoritarios. Justo con lo que sueñan todas las niñas — digo con un deje sarcástico en la voz, aunque en el fondo me encanta la idea de que nuestra hija sea tan ferozmente querida y protegida.

La expresión de Maxym se suaviza cuando mira a nuestra hija y luego vuelve a mirarme a mí. — Será lo que quiera ser. Y la apoyaremos en todo momento.

La habitación se queda en silencio por un momento, el peso de sus palabras se hunde. Es una promesa, un juramento de todos nosotros, a nuestra hija, y unos a otros.

— Hablando de etapas — dice de repente Viktor, rompiendo el silencio. — ¿Cuándo empezaremos a enseñarle sobre el negocio familiar? Creo que cinco años es una buena edad para empezar el entrenamiento para las negociaciones.

Ivan resopla, sacudiendo la cabeza. — Al menos, deberíamos llevarla primero al Jardín de Niños, Viktor.

El ambiente vuelve a relajarse y, al mirar a estos hombres, sus padres, siento una oleada de afecto por ellos, por esta vida que estamos construyendo. Es desordenada, poco convencional, pero es nuestra. Y está llena de amor.

— Siempre que una de esas lecciones incluya enseñarle a dar un buen puñetazo — añado, solo medio en broma. — Ya sabes, para cuando por fin empiece a salir con alguien.

Maxym ríe, un sonido profundo y genuino que llena la habitación. — Lo tenemos todo cubierto. Desde puñetazos hasta los horarios, estará preparada para todo.

— Hemos estado tan ocupados que ni siquiera hemos hablado de su nombre — digo, dándome cuenta.

Maxym, sosteniendo a nuestra hija con suavidad, parece pensativo. — Deberíamos elegir un nombre fuerte, significativo.

Ivan asiente. — Debe representar su herencia, nuestra fuerza como familia.

Viktor, siempre bromista, sugiere. — ¿Qué tal «Victoria»? ¿En honor al más encantador de sus padres?

Todos nos reímos, pero la sugerencia desencadena una serie de ideas, cada nombre lleva su propio peso, su propia historia.

Finalmente, es como si la respuesta nos llegara a todos a la vez, un nombre que parece haber

estado esperando que lo encontráramos.

— Elena — digo, el nombre sale de mi lengua como una promesa susurrada. — Significa «luz brillante y resplandeciente». Perfecto para la niña que ha traído tanta luz a nuestras vidas.

Los ojos de Maxym se cruzan con los míos, y veo que están de acuerdo, la misma calidez que siento cada vez que pienso en nuestro futuro juntos.

— Elena — repite, con voz firme pero tierna. — Un nombre precioso para una niña preciosa.

Ivan y Viktor asienten con la cabeza, y el primero añade. — Elena, la luz de nuestras vidas.

Mientras nuestras risas llenan la habitación, mezclándose con los suaves arrullos de nuestra hija, me sorprende la armonía de nuestra familia. Es poco convencional, inesperada y un poco caótica. Pero es nuestra, llena de amor, risas y un vínculo que nadie podrá romper.

En este momento, con lágrimas de risa en mis mejillas y rodeada de los tres hombres que amo, sé que estoy exactamente donde debo estar. Sin despedidas, solo un futuro lleno de todo el amor y las risas que podamos tolerar... y un poco más.

EL FIN

Si buscas más historias tórridas de harén inverso mafioso, pide ahora mismo: Los Caballeros de la Reina Bratva (El Club de los Millonarios Bratva - Libro 3).

Otros libros de Celeste Riley

Deseos Oscuros:

(Libros sobre dominantes multimillonarios de la mafia)

Devoción Siniestra (Libro 1)

Pasión Despiadada (Libro 2)

Atracción Implacable (Libro 3)

El Club de los Millonarios Bratva:

(Romance de harén inverso)

La Niñera de los Jefes Bratva (Libro 1)

La Madre Sustituta del Jefe Bratva (Libro 2)

Los Caballeros de la Reina Bratva (Libro 3)

La Familia Mafiosa Romano:

El Jefe Mafioso y su Heredero Secreto (Libro 1)

Engrilletada por el Jefe de la Mafia (Libro 2)

Traicionando al Jefe de la Mafia (Libro 3)

Serie secuela: New York Bratva

La Novia del Diablo (Libro 1)

Reznek Bratva:

Amante Bratva (Libro 1)

Amante Salvaje (Libro 2)

Amante Tóxico (Libro 3)

El Club Secreto de Los Reyes:

El Protector Oscuro (Libro 1)

El Mentiroso Malvado (Libro 2)

El Jefe Despiadado (Libro 3)

SOBRE LA AUTORA

Celeste Riley escribe novelas románticas de diversos géneros, pero tiene una especial predilección por las historias de amor oscuro con un toque especial. El antihéroe es siempre su personaje favorito, y cree que incluso los villanos merecen amor.

Cuando no está sentada en oficina hablando con gente que se ha inventado, Celeste está leyendo su libro favorito o pasando tiempo con su familia y su colección de mascotas, a veces hilarante y a veces agotadora. En la vida real, es veterinaria.

También puedes visitar mi página de autor en Amazon para ver los libros que ya están disponibles.